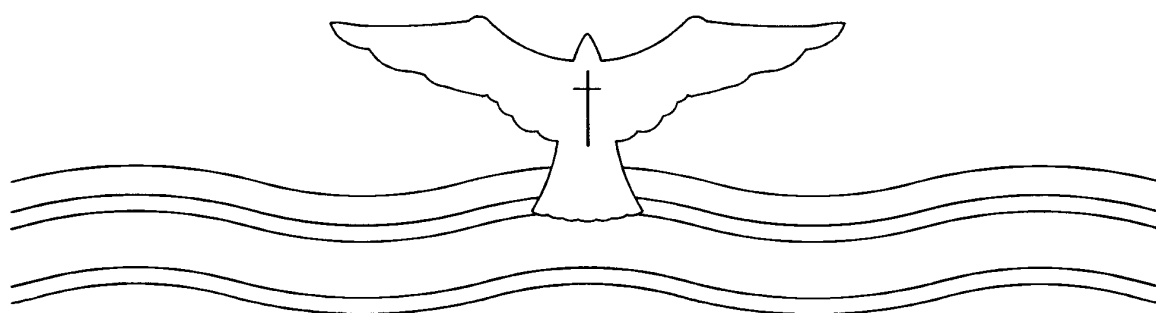


JOSE MARIA IRABURU

Gracia y libertad

Del blog **Reforma o apostasía** (56-75)
en *www.infocatolica.com* (2010)



Fundación GRATIS DATE

Apartado 2154 – 31080 Pamplona

ISBN 84-87903-82-7, **Depósito legal** NA 2301-2011

Gráficas Lizarra, S. L., Ctra. de Tafalla, km. 1 – 31132 Villatuerta, Navarra

Introducción

El tema de este escrito es muy importante, pues como toda la vida cristiana se realiza por gracia y libertad, según éstas se entiendan, se entenderá y se desarrollará la vida cristiana al modo católico, luterano, quietista, pelagiano, semipelagiano, etc.

Les adelanto que actualmente casi todos los católicos no practicantes, si es que son algo, son en realidad *pelagianos*, y que del pequeño resto de católicos practicantes los más son *semipelagianos*. Esto significa que hoy somos católicos *católicos*, con la gracia de Dios, una pequeña minoría de los bautizados. Pueden parecer excesivas estas apreciaciones, pero en las páginas que siguen creo que llegarán a hacerse creíbles.

Pongo un ejemplo mínimo para avivar el interés de los lectores. Las fotografías que se conservan de Santa Faustina Kowalska —en la que he puesto ya su fisonomía está bastante mejorada— nos muestran un rostro femenino noble y sereno, pero un poco tosco. Pues bien, algunos de los promotores de su devoción estimaron conveniente ocultar el rostro verdadero, el elegido por Dios, y sustituirlo en las estampas por una faz muy femenina y linda: cejas altas y arqueadas,



ojos grandes, nariz fina, pómulos y óvalo de la barbilla delicados. Se pretende así mejorar, dar más valor a *la parte humana* que colabora con *la gracia* divina, para hacer de este modo a la santa más atractiva. Esto, ya lo entienden ustedes, es puro semipelagianismo. Y si no lo entienden, será que están afectados por el virus semipelagiano. En tal caso, Dios quiera librarles de él cuando lean el presente estudio.



*Procedamus in pace.
In nomine Christi. Amen.*

—I—

Grandes rebajas del cristianismo

1. Arrianismo y pelagianismo antiguos

(56)

—No sé yo si voy a ser capaz de entender algo.

—Entenderá bastante menos que la mayoría; pero algo, algo, con el favor de Dios, sí entenderá.

La Iglesia logra en el siglo IV la libertad civil. El emperador Galerio (311, edicto de Nicomedia) y los emperadores Constantino I y Licinio, en occidente y en oriente (313, edicto de Milán), no solamente ponen fin a las persecuciones de la Iglesia, sino que van creando una si-



tuación en la que *ser cristiano trae consigo una condición muy ventajosa para la vida social en el Imperio*. Se bautizan los emperadores —Constantino, antes de morir—, y con ellos todos los altos magistrados. Teodosio prohíbe ya los cultos paganos supervivientes y establece el cristianismo como religión oficial del Imperio (391). Se inicia en ese siglo para la Iglesia un tiempo nuevo, en el que

florece la liturgia, la catequesis, la construcción de los templos y basílicas, la celebración de los primeros grandes Concilios ecuménicos, la institución del domingo, de la monogamia, una época en la que no pocas normas cristianas se hacen leyes civiles, al mismo tiempo que la Iglesia hace suyas muchas instituciones y leyes romanas.

Pero es a la vez un tiempo de grandes rebajas del cristianismo. La Iglesia, por decirlo así, *se ve invadida por la conversión de innumerables paganos*. Y sucede lo previsible, aquello que testifica San Jerónimo (347-420): «después de convertidos los emperadores, la Iglesia ha crecido en poder y riquezas, pero ha disminuido en virtud» (*Vita Malchi* 1). Efectivamente, el heroísmo del pueblo cristiano, generalizado en los tres primeros siglos de persecuciones, va dando paso con frecuencia a una mundanización creciente. La Providencia divina suscita justamente en ese *siglo IV el monacato, cuyo crecimiento es sorprendentemente rápido*. En la cristiandad de Egipto, por ejemplo, había unos cien mil monjes y unas doscientas mil monjas.

Precisamente entonces, cesadas las persecuciones, es cuando una relativa mundanización de las comunidades cristianas ocasiona negativamente el movimiento positivo de una muchedumbre de fieles que, buscando vivir plenamente el Evangelio, sale del mundo secular y se va a los desiertos. Esta opción tan radical tuvo no pocos impugnadores en un principio. Y San Juan Crisóstomo (349-407) la justifica y explica en su obra *Contra los impugnadores de la vida monástica*. Sin embargo, los enormes conflictos internos de la Iglesia en ese tiempo, aún más que en el campo de la vida moral, se dan en el campo doctrinal. *Es un tiempo de grandes herejías. Y también de grandes Concilios*, que van definiendo la fe católica en Cristo, la Trinidad y la gracia.

Arrianismo y pelagianismo surgen entonces como una versión naturalista del cristianismo. Muchos nuevos cristianos «necesitaban» *un cristianismo no sobrenatural, el propio del arrianismo y del pelagianismo*: un cristianismo mucho más conciliable con la mentalidad helénica-romana; una versión del Evangelio que no sobrevolase tanto por encima del nivel de la naturaleza. Tengamos en cuenta que gran parte del pueblo cristiano de la época seguía viviendo según «los pensamientos y los caminos» de los hombres, tan distantes todavía de los pensamientos y caminos divinos (Is 54,8-9).

El arrianismo. Nace Arrio en Libia (246-336), y es ordenado presbítero en Alejandría. En la cristología que él difunde el Logos no existe desde toda la eternidad, es una criatura sacada por el Padre de la nada. Por tanto *Cristo no es propiamente Dios, sino un hombre, una criatura*. No explicaré aquí la doctrina del arrianismo, conceptualmente complicada, y ya anticipada de algún modo por el monarquismo adopcionista de Pablo de Samosata (+272), patriarca de Antioquía: en Dios hay solo *una persona*. Retengo simplemente lo que pasará a la historia como *arrianismo*, prescindiendo de las especulaciones conceptuales usadas por el presbítero libio-alejandrino Arrio. Simplemente, el arrianismo es una herejía cristológica, que presenta a Jesucristo como una criatura, como un hombre, aunque perfectamente unido a Dios, y que rebaja así infinitamente la fe católica en el Verbo encarnado, haciéndola, por decirlo así, más asequible al racionalismo natural mundano.

Como escribe José Antonio Sayés, «el arrianismo es el fruto del racionalismo frente a la originalidad cristiana». «No es el Verbo el que se hace hombre, sino el hombre el que, por gracia divina, queda divinizado» (*Señor y Cris-*

to. *Curso de cristología*, Palabra, Madrid 2005, 218-219). Por tanto, no hay *encarnación* del Hijo divino eterno; no es el Verbo encarnado quien muere en la cruz, en un sacrificio de expiación infinita. Cristo es sin duda para los hombres el *ejemplo* perfecto de unión con Dios, pero no es propiamente *causa*, «fuente de salvación eterna para cuantos creen en él» (pref. I común).

El arrianismo tuvo una difusión inmensa. Algunos emperadores lo favorecieron y combatieron a los Obispos defensores de la fe católica, como San Atanasio y San Hilario, que hubieron de sufrir exilios. Gran parte de los Obispos orientales lo admitieron activa o al menos pasivamente. De ahí el lamento de San Jerónimo: «ingemuit totus orbis et arianum se esse miratus est» (gimió el orbe entero, al comprobar con asombro que era arriano: *Dial. adv. Lucif.* 19). Si esta cristología herética hubiera prevalecido, la Iglesia Católica se habría reducido a una secta insignificante. Posteriormente se formularon también herejías que negaban la encarnación de un Hijo divino eterno, como el adopcionismo de Elipando de Toledo (+802).

La Iglesia, pronto y repetidamente, afirmó la fe católica en Cristo contra el arrianismo, aunque no sin grandes polémicas y prolongadas resistencias. El concilio de Nicea (325); el Papa Liberio (352-366), a instancias de San Atanasio; el concilio I de Constantinopla (381); el Sínodo de Roma (430); el concilio de Éfeso (431), presidido por San Cirilo; San León Magno, en el formidable *Tomus Leonis* (449); el concilio de Calcedonia (451); el II de Constantinopla (553), aseguraron en la Iglesia la verdad de Cristo, la fe católica que confesamos a lo largo de los siglos:

Creemos «en un solo Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, consustancial con el Padre, por quien fueron hechas todas las cosas; que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió de los cielos y se encarnó por obra del Espíritu Santo y de María Virgen, y se hizo hombre»... (*Conc. I Constantinopla*, Denzinger 150).

El arrianismo, sin embargo, a pesar de tan numerosas y solemnes definiciones de la Iglesia, pervivió largamente, sobre todo entre los godos y otros pueblos germánicos. En España, concretamente, perduró hasta el III Concilio de Toledo (587), cuando Recaredo I, rey de los visigodos, y su pueblo profesaron la fe católica. En todo caso, como lo comprobaremos, *los esquemas arrianos en cristología tienen hoy amplia vigencia*, también entre los católicos, aunque estén concebidos en claves mentales y verbales muy diversas.

Pero vayamos con la otra gran rebaja del cristianismo católico:

El pelagianismo. En el siglo IV, cuando la Iglesia se ve invadida por multitudes de neófitos, surge en Roma un monje de origen británico, Pelagio (354-427), riguroso y ascético, que ante la mediocridad espiritual imperante, predica un moralismo muy optimista sobre las posibilidades naturales éticas del hombre. Los planteamientos de Pelagio resultan muy aceptables para el ingenuo optimismo greco-romano respecto a la naturaleza: «Cuando tengo que exhortar a la reforma de costumbres y a la santidad de vida, empiezo por demostrar *la fuerza y el valor de la naturaleza humana*, precisando la capacidad de la misma, para incitar así el ánimo del oyente a realizar toda clase de virtud. Pues no podemos iniciar el camino de la virtud si no tenemos la esperanza de poder practicarla» (*Epist. I Pelagii ad Demetriadem* 30,16). Somos libres, no necesitamos gracia.

San Agustín resume así la doctrina pelagiana: «Opinan que el hombre puede cumplir todos los mandamientos de Dios, sin su gracia. Dice [Pelagio] que a los hombres se les da la gracia para que con su libre albedrío puedan cumplir *más fácilmente* cuanto Dios les ha mandado. Y cuando dice “más fácilmente” quiere significar que los hombres, sin la gracia, pueden cumplir los mandamientos divinos, aunque les sea más difícil. La gracia de Dios, sin la que no podemos realizar ningún bien, es el libre albedrío que nuestra naturaleza recibió sin mérito alguno precedente. Dios, además, nos ayuda dándonos su ley y su enseñanza, para que sepamos qué debemos hacer y esperar. Pero no necesitamos el don de su Espíritu para realizar lo que sabemos que debemos hacer. Así mismo, los pelagianos *desvirtúan las oraciones* [de súplica] de la Iglesia [¿Para qué pedir a Dios lo que la voluntad del hombre puede conseguir por sí misma?]. Y pretenden que los niños nacen *sin el vínculo del pecado original*» (*De hæresibus*, lib. I, 42,47-48).

No hay, pues, un *pecado original* que deteriore profundamente la misma naturaleza del ser humano. La naturaleza del hombre está sana, y es capaz por sí misma de hacer el bien y de perseverar en él. Cristo, por tanto, ha de verse más en cuanto Maestro, como *causa ejemplar*, que en cuanto Salvador, como *causa eficiente* de salvación. La oración de súplica, la virtualidad santificante de los sacramentos, que confieren gracia sobre-natural, confortadora de la naturaleza humana,... todo eso carece de necesidad y sentido.

La Iglesia afirma la verdad católica de la gracia muy pronto. Aunque las doctrinas de Pelagio fueron en principio aprobadas por varios obispos y Sínodos, debido a informaciones insuficientes y malentendidas, pronto la Iglesia rechaza el pelagianismo con gran fuerza en cuanto sus doctrinas fueron mejor conocidas, sobre todo a través de las enseñanzas de los pelagianos Celestio y Julián de Eclana (*Indiculus* 431, *Orange II* 529, *Trento* 1547, *Errores Pistoya* 1794: Denz 238-249, 371, 1520ss, 2616). Gran fuerza tuvieron en la lucha contra el pelagianismo varios santos Padres, como San Jerónimo, el presbítero hispano Orosio, San Próspero de Aquitania y sobre todo San Agustín de Hipona. Se atrevieron a combatir los errores de su propio tiempo.

La Iglesia sabe bien que «es Dios el que obra en vosotros *el querer y el obrar* según su beneplácito» (Flp 2,13). «Dios obra de tal modo sobre el libre albedrío en los corazones de los hombres que *el santo pensamiento, el buen consejo y todo movimiento de buena voluntad procede de Dios*, pues por Él podemos algún bien, y “sin Él no podemos nada” (Jn 15,5)» (*Indiculus* cp. 6). Y por la gracia, «por este auxilio y don de Dios, *no se quita el libre albedrío, sino que se libera*» (ib. cp. 9). «Cuántas veces obramos bien, Dios, para que obremos, *obra en nosotros y con nosotros*» (*Orange II*, can. 9).

Lex orandi, lex credendi. Mucho hemos de agradecer a Dios que por su providencia los principales sacramentarios litúrgicos proceden precisamente de estos siglos. Las oraciones de la sagrada liturgia eran así y siguen siendo la principal expresión devota y lírica de la fe católica. Oraciones como la que sigue, y que hoy rezamos en Laudes de la I semana, muy difícilmente hubieran podido ser compuestas en nuestro tiempo, tan pelagiano:

«Señor, que tu gracia inspire, sostenga y acompañe [*todas*] nuestras obras, para que nuestro trabajo comience en ti como en su fuente, y tienda siempre a ti, como a su fin. Por nuestro Señor». La mala traducción omite ese *todas*; ahí está el punto: «Acciones nostras, quæsumus, Domine, aspirando præveni et adiuvando prosequere, ut *cuncta* nostra [oratio et] operatio a te semper incipiat, et per te coepta finiatur. Per Dominum».

Arrianismo y pelagianismo van juntos, aunque sean diferentes herejías. Los dos rebajan cualitativamente la condición sobre-natural del mundo católico de la gracia. Los dos son una versión del cristianismo mucho más aceptable para quienes mantienen una mentalidad mundana racionalista. Cristo es un hombre, no es Dios. Cristo es un *modelo* perfecto de humanidad, un Maestro excepcional; pero no es un Salvador único y universal, no *causa* nuestra salvación, nuestra filiación divina, introduciendo por su encarnación y su cruz en la raza humana unas fuerzas de gracia sobre-naturales, sobre-humanas, divinas, celestiales, absolutamente necesarias para la salvación temporal y eterna del hombre.

No tiene, pues, nada de extraño que, históricamente, cuando los pelagianos se veían perseguidos en una Iglesia local católica, buscaban refugio al amparo de Obispos arrianos. Dios los cría y ellos se juntan. *Lo vemos hoy también, dentro de la Iglesia católica: aquellos que tienen de Cristo una visión arriana, son todos rematadamente pelagianos.*

Pero éste es, con el favor de Dios, el tema del próximo artículo.

[Ocasionalmente, publiqué un artículo sobre Schillebeeckx, que había muerto en esos días y del que la prensa religiosa estaba tratando mucho. En el orden de artículos de esta serie le hubiera correspondido estar entre el (58) y el (59)].

(57)

2. Schillebeeckx

—¿No murió hace poco?

—El 23 de diciembre de 2009, a sus 95 años. *Requiescat in pace.*

Las síntesis históricas, por muy sintéticas que sean, exigen desarrollos largos, que no caben en un lugar como éste. «Grandes rebajas del cristianismo», enormes rebajas, fueron las realizadas por Lutero, del que ya traté en otro artículo. Grandes rebajas y falsificaciones del cristianismo fueron producidas también por tantos otros herejes anteriores y posteriores a él. Yo en el artículo actual me limitaré a considerar el *modernismo*, y más concretamente el *modernismo actual*, llamado a veces progresismo, personificándolo en el profesor Schillebeeckx y su entorno holandés.

El modernismo. En la segunda mitad del siglo XIX se configura ya plenamente el modernismo, una síntesis de protestantismo liberal, Ilustración, positivismo, naturalismo, liberalismo, exégesis crítica, historicismo, evolucionismo (Tyrrel +1909, Loisy +1940, etc.). En el *Syllabus* (1864), el Beato Pío IX condena 65 proposiciones claramente modernistas. Y San Pío X en la encíclica *Pascendi* (1907, n. 38) afirma que el modernismo es «el conjunto de todas las herejías». Y lo enfrenta con el mayor empeño, como puede verse en el motu proprio *Sacrorum Antistitum*, conocido como *Juramento antimodernista* (1910).

Una imagen del libro *Christian Cartoons* (1922) muestra en caricatura la gran rebaja de la escalera modernista descendente, que conduce derechamente a la apostasia (Cristianismo – Biblia no infalible – hombre no imagen de Dios – no milagros – no nacimiento virginal de Jesús – no divinidad de Jesús – no expiación – no resurrección – agnosticismo – ateísmo).



El padre Edward Schillebeeckx, O. P. La brevedad propia de un blog me obliga a concentrar este breve estudio en la figura significativa del profesor Schillebeeckx (Amberes 1914-2009). Ingresó en los dominicos (1931) y se doctoró en teología (1951). Ejerció la docencia en Lovaina y desde 1956 en la Universidad Católica de Nimega. Aunque era belga, fue asesor del Episcopado holandés durante el *concilio Vaticano II*, y también se le puede considerar como el inspirador principal tanto del *Catecismo holandés* como del *Concilio pastoral de Holanda*. En 1965 fundó, con otros teólogos progresistas, la revista *Concilium*. Es quizá el teólogo neo-modernista de mayor influjo en la segunda mitad del siglo XX.

Recuerdo algunas de sus obras en sus ediciones españolas: *Jesús, la historia de un viviente*, Cristiandad 1981; *En torno al problema de Jesús*, ib. 1983; *Cristo y los cristianos*, ib. 1983; *El ministerio eclesial*, ib. 1983; *Jesús en nuestra cultura*, ib. 1987; *Los hombres, relato de Dios*, Sígueme 1994; *Soy un teólogo feliz*, Sociedad de Educación Atenas 1994.

El Catecismo holandés. Al terminar el concilio Vaticano II, el Instituto Superior de Catequética de Nimega, bajo la inspiración principal de Schillebeeckx y con el *imprimatur* del Cardenal Bernard Alfrink, publica el *Nuevo Catecismo de Adultos* (1966). En él se replantean, más o menos abiertamente, casi todos los errores y ambigüedades del anterior modernismo, aunque a veces, para llegar a las mismas conclusiones, se empleen argumentaciones diversas, más sofisticadas. Por eso puede considerarse que el Catecismo holandés es *el manual neo-modernista* que más ha influido en el pensamiento católico desviado de los decenios siguientes. Casi todos los errores actuales en el campo católico ya fueron expresados o sugeridos en aquel Catecismo y concretamente en la obra del profesor Schillebeeckx. El Catecismo contenía tantos errores y ambigüedades, que fueron denunciados a Roma por católicos holandeses, y Pablo VI estableció para examinarlo una Comisión de Cardenales, que emitió una

Declaración (15-X-1968), en la que se indicaba un gran número de correcciones y adiciones necesarias.

Los errores y ambigüedades señalados por la Comisión versaban sobre: existencia de ángeles y demonios, creación inmediata del alma, pecado original, Adán y Eva, poligenismo, concepción virginal de Jesús, virginidad perpetua de María, satisfacción expiatoria ofrecida por Cristo en el sacrificio de la cruz, perpetuación del sacrificio en la Eucaristía, real Presencia eucarística, transubstanciación, infalibilidad de la Iglesia, sacerdocio ministerial y sacerdocio común, autoridad en la Iglesia, Primado romano, conocimiento de la Trinidad, conciencia divina de Jesús, bautismo, sacramento de la penitencia, milagros, muerte y resurrección, juicio y purgatorio, universalidad de las leyes morales, indisolubilidad del matrimonio, regulación de los nacimientos, pecados graves y leves, estado matrimonial (*Nuevo Catecismo de Adultos*, Herder, Barcelona 1969, 511 pgs.; el libro lleva encartado un *Suplemento* de 54 pgs. con las *Enmiendas y adiciones al Catecismo holandés, redactadas según las indicaciones de la Comisión Cardenalicia*). Estos mismos errores y ambigüedades continuaron afirmándose en el *Concilio pastoral de Holanda* (1967-1969).

Pronto la Iglesia, la Santa Sede principalmente, reafirmó la fe católica ante agresión tan fuerte, que por otra parte de ningún modo era única, sino que coincidía más o menos en los diversos países del Occidente rico con otros muchos sínodos y asambleas, publicaciones y movimientos. Ante esa oleada heterodoxa, la Iglesia reafirma la fe católica no solo en el citado dictamen de la Comisión cardenalicia, sino en varios documentos doctrinales importantes, el más valioso sin duda el *Credo del Pueblo de Dios* (30-VI-1968), en el que Pablo VI reafirma prácticamente todas las verdades de fe negadas o puestas en dudas por el neo-modernismo del momento. Ya que estoy señalando con especial atención las grandes rebajas del cristianismo referidas a la fe en Cristo (*arrianismo*) y a la necesidad de la gracia (*pelagianismo*), recordaré aquí únicamente la

Declaración *Mysterium Filii Dei*, publicada por la Congregación para la Doctrina de la Fe (21-II-1972: *Acta Apostolicæ Sedis* 64, 1972, 237-241). En ella la Iglesia describe y condena el neo-arrianismo que en ese tiempo va invadiendo más y más el campo católico progresista, y que se afirma como si fuera una idea nueva y vanguardista, cuando en realidad viene a repetir, aunque con fundamentaciones y formulaciones diversas, errores del siglo IV. La Declaración señala los

«*Recientes errores acerca de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre. —A esta fe en el Hijo de Dios hecho hombre [reafirmada en los nn. 1-2 de la declaración] se oponen frontalmente las opiniones de quienes afirman que no se nos ha revelado ni enseñado que el Hijo de Dios subsistía desde toda la eternidad en el misterio de la Divinidad, distinto del Padre y del Espíritu Santo. Igualmente se han de rechazar aquellas opiniones según las cuales ha de suprimirse la noción de la unidad de persona en Jesucristo, engendrado por el Padre según la naturaleza divina desde toda la eternidad, y en el tiempo, según la naturaleza humana, de María Virgen. Y finalmente ha de rechazarse la afirmación según la cual la humanidad de Jesús existiría no asumida en la persona eterna del Hijo*

de Dios, sino más bien en sí misma como *persona humana*; por lo que el misterio de Jesucristo consistiría en que Dios se revela haciéndose presente de un modo supremo en la persona humana de Jesús.

«*Quienes así piensan, permanecen lejos de la verdadera fe en Cristo*, aunque afirmen que en Jesús tiene lugar una *presencia singular de Dios*, de modo que sea él mismo la cumbre suprema y última de la Revelación divina; y tampoco permanecen en la fe verdadera cuando añaden que Jesús puede decirse Dios, porque en su persona humana, como ellos dicen, Dios esté presente de modo sumo».

«*Quienes así piensan*» eran y son muchísimos entre los católicos, pues los difusores de esos graves errores han ocupado durante decenios, en la Iglesia de los países más ricos de Occidente, las cátedras más importantes en los Seminarios y Facultades de Teología. Todos ellos, por supuesto, han sido promovidos o mantenidos en su docencia por sus Obispos respectivos. El *cherchez la femme* podría traducirse aquí por el *cherchez l'Évêque ou le Cardinal*. El profesor Schillebeeckx no hubiera sido nada sin la protección sucesiva de los Cardenales Alfrink y Willebrands. Y así ha sido siempre: nada hubiera sido Arrio sin el apoyo activo o pasivo de los Obispos arrianos. Y así continúa siendo ahora.

La Congregación de la Doctrina de la Fe intervino en cuatro ocasiones acerca de la producción teológica del profesor Schillebeeckx.

1ª.—Coloquio de la Congregación con el P. Schillebeeckx (13-14-XII-1979: *Documentation catholique* 7, 1980, 16). Convocado el profesor a Roma, mantuvo un coloquio clarificador con tres teólogos (Descamps, Patfoort, O. P. y Galot, S. J.). El diario *La Croix* (18-XII-1979) informó que las mayores dificultades se produjeron en referencia a las definiciones cristológicas del Concilio de Calcedonia. Según el P. Schillebeeckx: «las palabras están hoy cargadas de unas significaciones diferentes de las que tenían en el siglo V. Para ser fiel, hace falta encontrar otra formulación». «El P. Galot, en el coloquio, mantuvo que en el último libro del P. Schillebeeckx no había encontrado la afirmación de la divinidad de Cristo». Un pequeño olvido.

2ª.—Carta al P. Schillebeeckx, en relación con alguno de sus escritos en materia de Cristología (20-XI-1980: *Doc. Cath.* 78, 1981, 667-670). En una larga carta del Prefecto de la Congregación, Card. Franjo Seper, y en *Nota anexa*, informa de las *Clarificaciones, precisiones y rectificaciones* hechas por el P. Schillebeeckx:

Él ha «concedido» que «el teólogo cuando se dedica a una investigación exegética o histórica, no puede pretender sinceramente que haya que abandonar las afirmaciones de la fe de la Iglesia». «*A diferencia de cuanto había hecho en sus obras...* no ha eludido el reconocimiento explícito de la divinidad de Jesús... ha reconocido la preexistencia de la Persona divina del Hijo y una «identificación hipostática» del Hijo de Dios con «el modo de ser personalmente humano» de Jesús». «Ha declarado que en la relación de Jesús con el Padre está implicada para Él la conciencia de



ser el Hijo único». «Ha declarado que él “cree, en virtud del Magisterio de la Iglesia que se ha expresado sobre este punto”, en el nacimiento virginal de Jesús». «Ha reconocido que “el sacrificio de Jesús es expiación por nuestros pecados”». «Ha declarado que “para él está claro que Jesús quiso fundar la Iglesia”».

También se añaden en la Carta algunas *rectificaciones y puntualizaciones* del P. Schillebeeckx sobre el título «Hijo de Dios», sobre la institución de la Eucaristía, y sobre la relación entre la tumba vacía y la resurrección. Y se señalan *los límites de los resultados obtenidos y ambigüedades que subsisten*, concretamente en cuanto a la concepción virginal de María, la relación entre resurrección y apariciones, y las reticencias en cuanto al uso del término «unión hipostática». «El lector se encontrará traído y llevado entre estos dos sentidos: persona humana, no persona humana».

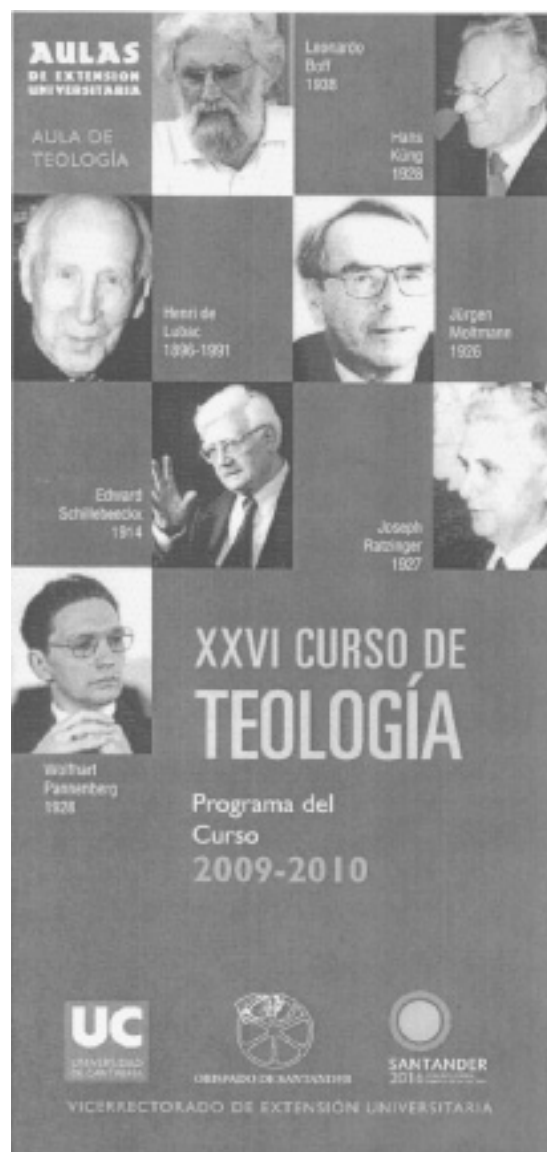
3ª. –Carta al P. Schillebeeckx (AAS 77, 1985, 994-997). En ella el Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Congregación, trata del libro *El ministerio en la Iglesia*. En este libro señalaba su Autor que para recibir el poder de celebrar la Eucaristía válida y lícitamente había una vía «ordinaria», la del sacramento del orden, y otra «extraordinaria», la transmitida por la comunidad local cristiana. Esta posibilidad es excluida por el Card. Prefecto:

«Estos “ministros extraordinarios” reciben, según Ud. dice, por el simple hecho de “su llamada por la comunidad y de su institución en y por la comunidad”, una real “competencia” que les permite hacer “en suma, según las circunstancias, todo lo que es necesario a la vida comunitaria de una Iglesia de Dios”, y esa competencia no es puramente un “permiso” (de orden canónico), sino un “poder sacramental”. Reciben ellos el “sacramentum ordinis”, que les es transmitido entonces “de una manera extraordinaria”, sin inserción en la sucesión apostólica en el sentido técnico de esta expresión...» El Cardenal Ratzinger, por el contrario, le recuerda que sobre esta cuestión «la Congregación para la Doctrina de la Fe se ha pronunciado de forma autorizada en su Carta *Sacerdotium Ministeriale* (6-VIII-1983)», y ha declarado que excluye «la vía extraordinaria que piensa Ud. que es posible proponer. De ahí resulta que no estamos ante una “cuestión libre”, y que la “última palabra” ya ha sido dicha».

El Cardenal Prefecto termina su carta indicando al P. Schillebeeckx que, dado su prestigio y el hecho de que la obra ha tenido gran difusión en diversas lenguas, «se ha hecho indispensable que Ud. mismo reconozca públicamente la enseñanza de la Iglesia, y la necesidad de recurrir a otras vías que aquellas que Ud. preconiza para resolver los problemas» de las comunidades cristianas sin sacerdote. «En consecuencia, la Congregación le pide que haga conocer en el tiempo acordado (30 días útiles después de la recepción de esta carta) que Ud. se adhiere a la enseñanza de la Carta *Sacerdotium Ministeriale*, reconociendo así que la última responsabilidad en materia de fe y práctica sacramental recae en el magisterio». La petición cayó en el vacío, al menos que yo sepa.

4ª. –Notificación al P. Schillebeeckx (15-IX-1986: AAS 79, 1987, 221-223). Comienza el documento, firmado por el Cardenal Ratzinger, recordando que en dos obras sobre el ministerio en la Iglesia el P. Schillebeeckx, en 1979 y 1980, «estimaba haber establecido la “posibilidad dogmática” de un “ministro extraordinario” de la Eucaristía», enfrentándose así abiertamente con la doctrina de la Iglesia ya expresada.

«Es preciso comprobar con pena que el Autor continúa concibiendo y presentando la apostolicidad de la Iglesia de tal manera que la sucesión apostólica por la ordenación sacramental representa *un don no esencial* para el ejercicio del ministerio, y consiguientemente para la colación del poder de consagrar la Eucaristía, oponiéndose así a la doctrina de la Iglesia». Conclu-



ye, pues, la Congregación que esta tesis sobre el ministerio «permanece en desacuerdo con la enseñanza de la Iglesia sobre temas importantes. Su misión en relación a los fieles le impone el deber de hacer pública la determinación» de esta *Notificación*. La petición volvió a caer en el vacío.

La «Misa» holandesa. Por el contrario, la doctrina de Schillebeeckx sobre la Eucaristía válida y lícitamente celebrada por un laico, en la ausencia inevitable del sacerdote, se ha ido aplicando más y más en Holanda y otros países afines. Cuando tenía 93 años, el *teólogo feliz* pudo comprobar la multiplicación progresiva de estas «Misas» inválidas e ilícitas. En un artículo sobre la situación de la Iglesia en Holanda informaba Sandro Magister (3-X-2007):

«Los dominicos, con el consenso de los provinciales de la orden... distribuyeron en todas las 1.300 parroquias católicas un opúsculo de 38 páginas, titulado *Kerk en Ambt*, Iglesia y ministerio», en el que se afirma que, a falta de un sacerdote, puede celebrar la Eucaristía una persona elegida por la comunidad: «sea hombre o mujer, homo o heterosexual, casado o célibe». Conviene que esta persona y la comunidad pronuncien juntos las palabras de la consagración, como también conviene que el Obispo confirme a esas personas elegidas. Pero si así no fuera, «sepan que ellas de todos modos están habilitadas para celebrar una real y genuina eucaristía cada vez que se reúnen en oración y comparten el pan y el vino».

En Holanda, la Iglesia local florecía notablemente antes del Concilio Vaticano II, y era la que tenía mayor nú-

mero proporcional de misioneros. Hoy, guardando en sí algunos admirables *restos de Yavé*, se ve humillada en la más profunda desolación. «Por los frutos los conoceréis» (Mt 7,20). No es una sospecha, no es una observación opinable; es un dato cierto: aquellas Iglesias locales que se han abierto más a ese neo-modernismo, que pretende acercar mejor el Evangelio al hombre moderno, en cuarenta años se han quedado desiertas. No hay en ellas ni noticia del hombre moderno. Están al borde de la desaparición.

«El mejor teólogo católico sin duda del siglo XX». Así es calificado el P. Schillebeeckx en la enciclopedia *Wikipedia*, la más leída y consultada en el mundo. Es verdad que en ella escriben personas de filiación mental incierta. Pero otras instancias que son explícitamente católicas vienen a expresar esa misma estima suprema por Schillebeeckx.

Pueden comprobarlo, por ejemplo, en el *XXVI Curso de Teología* que se celebra en Santander en enero y febrero de 2010, patrocinado por la Universidad de Cantabria, *el Obispado de Santander* y Santander 2016. El ciclo *Grandes teólogos del siglo XX* está dedicado a de Lubac, Schillebeeckx, Moltmann, Pannenberg, Küng, Boff y Ratzinger. El director del Curso es el P. José Luis R. Capiellas, S. J.

Reforma o apostasía.

que van cayendo en la *apostasía* —eso que más suavemente suele hoy decirse *secularización*—. Muchos de aquellos católicos que no se han hundido en una apostasía total, y que más o menos se mantienen dentro de la Iglesia, vienen ahora a adherirse a un cristianismo profundamente rebajado, que se expresa en nuevas claves de arrianismo y pelagianismo. Y por supuesto, surgen para ellos, dentro mismo de la Iglesia católica, innumerables teólogos del error, que, acomodándose a sus inclinaciones, dan de Cristo una nueva versión arriana y que presentan la vida cristiana en versión pelagiana.

Las nuevas versiones del arrianismo no se fundamentan, por supuesto, en las explicaciones especulativas semiplatónicas de Arrio, aquel presbítero libio-alejandrino. Pero es lo mismo, porque van a dar en la misma conclusión: Cristo es hombre, no es Dios. En la declaración *Mysterium Filii Dei* (1972), que ya cité (57), se describen perfectamente los rasgos comunes a los «recientes errores acerca de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre». Todos los errores que señala esa *Declaración* de 1972 van por la línea arriana, y hoy se mantienen idénticos.

La persona de Cristo no existe desde toda la eternidad, igual al Padre y al Espíritu Santo. Ha de eliminarse la idea de una persona única en Cristo, de condición divina, que asume la naturaleza humana. La divinidad se manifiesta plenamente en la persona humana de Jesús; pero no por eso Jesús es propiamente Dios, ni su persona única está engendrada por el Padre antes de los siglos. Concluye la Declaración diciendo que «*quienes así piensan, permanecen lejos de la verdadera fe en Cristo*» —eufemismo para decir que son *herejes*—, aunque afirmen que Jesús en cierto modo puede decirse que es Dios, en cuanto que lo revela en plenitud.

Pues bien, entre los teólogos católicos actuales son numerosos los neo-arrianos, que «permanecen lejos de la verdadera fe en Cristo». Señalaremos solo algunos, porque la Congregación de la Fe los ha señalado, pero hay muchísimos más.

1980.—El P. Edward Schillebeeckx, O. P. (1914-2009). La Congregación de la Fe, según ya vimos (57), advierte en la *Carta* a él dirigida en 1980 que,

a pesar de ciertas aclaraciones y rectificaciones logradas en diálogo con la Congregación, permanecían aún límites y ambigüedades en su enseñanza cristológica, concretamente en cuanto a la concepción virginal de María, la relación entre resurrección y apariciones, el origen histórico de la fe pascual, el rechazo de la *anhypostasis*: «queda el lector vacilante entre los dos sentidos: persona humana, no persona humana».

1998.—El P. Anthony De Mello, S. J. (1931-1987). Ya recordamos (47) la *Notificación* de la Congregación de la Fe sobre este autor (1998). Arrio se habría espantado oyendo sus afirmaciones: «La filiación divina de Jesús se diluye en la filiación divina de los hombres... Jesús es mencionado como un maestro entre tantos... “¿Es Jesús mi salvador o me remite a una realidad misteriosa que le ha salvado a él?”... “Jesús se encontraba a gusto con los pecadores, porque entendía que no era en nada mejor que ellos”»...

2004.—El P. Roger Haigh, S. J. (1936-). La Congregación para la Doctrina de la Fe, presidida por el Cardinal Ratzinger, habiendo examinado el libro *Jesus Symbol of God* (Maryknoll, Orbis Books 1999; *Jesús, símbolo de Dios*, Ed. Trotta 2007, 592 pgs.), dirigió al P. Haight una *Notificación* (13-XII-2004) en la que afirmaba que la obra «contiene afirmaciones contrarias a las verdades de fe divina y católica referentes a la preexistencia del Verbo, la

3. El arrianismo actual

—Ahora va a resultar que hoy no pocos teólogos católicos son arrianos.

—Más aún: Arrio se escandalizaría mucho de la enseñanza de algunos, ciertamente.

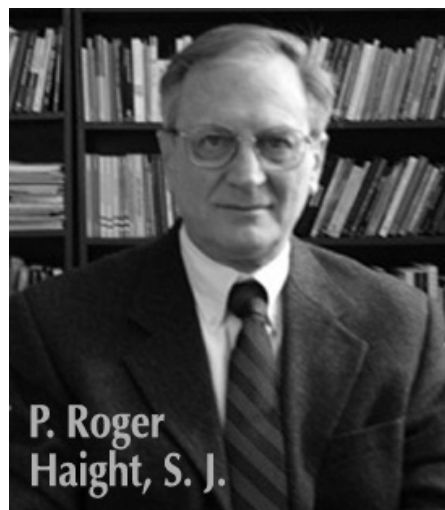
Siglo IV. «Decíamos ayer», en (56), que en el siglo IV, cuando los paganos neo-conversos invaden la Iglesia, muchos de ellos «necesitan» un cristianismo no-sobrenatural, el propio del *arrianismo* (Cristo es un gran Maestro, pero no es Dios, ni causa la salvación) y del *pelagianismo* (la naturaleza del hombre está sana, y no necesita de auxilios sobrenaturales para hacer el bien). Surgen, pues, Arrio (246-336) y Pelagio (354-427), como respuesta a la exigencia de estos pseudo-cristianos. Así han surgido casi siempre los herejes. Y en tal situación, unos, los *católicos*, «perseveran en escuchar la enseñanza de los apóstoles» (Hch 2,42), mientras que otros, los *arrianos* y *pelagianos*, «llevados por sus inclinaciones, se procuran maestros que les halaguen los oídos, y se apartan de la verdad para dar crédito a las fábulas» (2Tim 4,3-4).

Siglos XX-XXI. Un fenómeno bastante semejante se produce en las naciones más ricas, de antigua filiación cristiana, a partir sobre todo de la Ilustración, a medida

(58)

divinidad de Jesús, la Trinidad, el valor salvífico de la muerte de Jesús, la unicidad y universalidad de la mediación salvífica de Jesús y de la Iglesia, y la resurrección de Jesús».

«El Autor propone “una cristología de la encarnación, en la que el ser humano creado o la persona de Jesús de Nazaret es el símbolo concreto que expresa la presencia en la historia de Dios como Logos”» (439). Jesús, por tanto, sería «una persona finita» (205), «una persona humana» (296), «un ser humano y una criatura finita» (262). El término «“verdadero Dios”» significa-



P. Roger Haight, S. J.

ría que el hombre Jesús, en calidad de símbolo concreto, sería y mediaría la presencia salvífica de Dios en la historia» (262; 295). «Afirmar también que no sería necesario “que Jesús se haya considerado a sí mismo como un salvador universal”» (211), y «que la idea de la muerte de Jesús como “una muerte sacrificial, expiatoria y redentora” sería solo el

resultado de una interpretación gradual de sus seguidores a la luz del Antiguo Testamento» (85). Por otra parte, «afirma que “solo Dios obra la salvación, y la mediación universal de Jesús no es necesaria”» (405). «Según él, además, “es imposible en la cultura postmoderna pensar que... una religión pueda pretender ser el centro, al cual todas las otras han de ser reconducidas”» (333). La Congregación se ve obligada a «declarar que estas afirmaciones contenidas en el libro *Jesus Symbol of God* del Padre Roger Haight S. J. han de calificarse como graves errores doctrinales contra la fe divina y católica de la Iglesia. En consecuencia, se prohíbe al Autor enseñar teología católica en tanto no rectifique sus posiciones en plena conformidad con la doctrina de la Iglesia».

El profesor Haight pasa entonces a enseñar teología en la *Union Theological Seminary* de Nueva York, un centro no católico, y sigue publicando libros en los que persiste en sus doctrinas. Por eso en enero de 2009 la misma Congregación estima necesario prohibirle dar clases en cualquier institución académica, católica o no, y publicar escritos sobre temas religiosos, aunque no tratan de cristología.

2006.—El P. Jon Sobrino, S. J., nace en una familia vasca (Barcelona 1938-), ingresa en la Compañía de Jesús a los 18 años, y vive en El Salvador desde 1957. La *Notificación* de la Congregación de la Fe (26-XI-2006), después de examinar sus libros *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas* (1999) y *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret* (2001), concluye que «las mencionadas obras presentan, en algunos puntos, notables discrepancias con la fe de la Iglesia». No tiene especial interés que enumere aquí al detalle los errores del P. Sobrino que la *Notificación* cita, ya que vienen a ser los mismos que se describen en la declaración *Mysterium Filii Dei* (1972), siempre en la línea arriana:

«Diversas afirmaciones del Autor tienden a disminuir el alcance del Nuevo Testamento que afirman que Jesús es Dios» (4)... «En este pasaje el Autor establece una distinción entre el Hijo y Jesús, que sugiere al lector la presencia de dos sujetos en Cristo» (5)... «La comprensión de la *communicatio idiomatum*

que el Autor presenta revela una concepción errónea del misterio de la encarnación y de la unidad de la persona de Jesucristo» (6)... «El P. Sobrino afirma, citando a Boff, que “Jesús fue un extraordinario creyente y tuvo fe. La fe fue el modo de existir de Jesús”... La relación filial de Jesús con el Padre, en su singularidad irrepetible, no aparece con claridad en los pasajes citados [por el Autor]; más aún, estas afirmaciones llevan más bien a excluirla» (8)... Afirmar el P. Sobrino: «Digamos desde el principio que el Jesús histórico no interpretó su muerte de manera salvífica, según los modelos soteriológicos que, después, elaboró el Nuevo Testamento: sacrificio expiatorio, satisfacción vicaria» (9)... «Esta eficacia salvífica... no se trata pues de causalidad eficiente, sino de causalidad ejemplar» (10). Es el puro pelagianismo, que el arrianismo exige.

El neoarrianismo actual tiene no pocos apoyos dentro de la Iglesia. Aunque una doctrina teológica que afirma «graves errores contra la fe divina y católica de la Iglesia», en términos del Derecho canónico es exactamente una *herejía* (c.751), sin embargo, *las herejías cristológicas de estos autores —y la de otros muchos afines a ellos— han sido enseñadas y publicadas durante decenios con la aprobación, al menos pasiva, de no pocos Superiores religiosos y Obispos católicos.* No son, pues, simples hipótesis atrevidas, lanzadas de modo aislado por teólogos *progresistas* —que *regresan* al siglo IV—, sino que han recibido importantes apoyos, consiguiendo por eso amplia difusión.

—El P. Anthony De Mello, S. J., ya lo vimos (47), fue un *best seller* difundido en el mundo católico durante muchos años. Cuando su doctrina fue reprobada en 1998 por la Congregación de la Fe, protestaron públicamente los Provinciales jesuitas de la India, con el apoyo de los Superiores Mayores de la Iglesia en Asia Meridional. Y la editorial jesuita *Sal Terræ* publicó en 2003 su Obra completa en dos elegantes tomos.

—El P. Roger Haight, S. J., reprobado por la Santa Sede en 2004, después de muchos años de docencia, no ha sido en absoluto un teólogo marginal insignificante. Ha sido presidente de la *Catholic Theological Society of America*. Su cristología halla una acogida favorable en importantes medios de su país, como en la revista *Commonweal*, que publica en 2007 una apasionada defensa, y también ha contado con el apoyo de la revista jesuita *America*. La Catholic Press Association premia en 1999 su libro *Jesús, símbolo de Dios*, y en 2005 su obra *El futuro de la cristología*.

—El P. Jon Sobrino, S. J., al ser condenadas en 2006 por la Congregación de la Fe algunas de sus obras, recibe innumerables elogios y aprobaciones de diversas instancias, especialmente de la Compañía de Jesús.

ACI Prensa informaba (17-V-2007) que «el Presidente de la Conferencia de Provinciales Jesuitas en América, el P. Ernesto Cavassa, S. J., expresó en conferencia de prensa durante la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano [en Aparecida] la esperanza de que la teología del P. Jon Sobrino se verá reivindicada con el tiempo, y que, por tanto, la notificación de la Congregación para la Doctrina de la Fe quedará desfasada históricamente». Él aclaró públicamente que «la notificación a Jon Sobrino no es una condenación sino una notificación». También se solidarizaron públicamente con el P. Sobrino jesuitas de la Provincia de Loyola, y otros de la Provincia argentina de Córdoba. El Centro de estudios Cristianismo y Justicia, de los jesuitas de Barcelona, le elogió y apoyó en un escrito firmado por 25 estudiosos, entre los que destacaba el P. José Ignacio González Faus, S. J. (Valencia 1935-, profesor desde 1968 de la Facultad de Teología de Barcelona).

El arrianismo ha logrado, pues, una notable implantación en la Iglesia. La *Instrucción Pastoral «Teología y secularización en España»*, importante documento publicado por la Conferencia Episcopal Española (30-III-2006), reafirma la fe católica frente a los errores que, según dice, se han difundido en los últimos decenios en España, especialmente sobre el misterio de Cristo (22-35). En efecto, tratando de lo que se ha enseñado y se enseña en una buena parte de los Seminarios y Facultades de teología, Centros catequéticos, parroquias y editoriales de España, dicen los Obispos:

«Constatamos con dolor que en algunos escritos de cristología no se haya mostrado esa continuidad [entre la figura histórica de Jesucristo y la Profesión de la fe en Él], dando pie a presentaciones incompletas, cuando no deformadas, del Misterio de Cristo. En algunas cristologías se perciben los siguientes vacíos: 1) una incorrecta metodología teológica, por cuanto se pretende leer la Sagrada Escritura al margen de la Tradición eclesial y con criterios únicamente histórico-críticos, sin explicitar sus presupuestos ni advertir sus límites; 2) sospecha de que la humanidad de Jesucristo se ve amenazada si se afirma su divinidad; 3) ruptura entre el “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”, como si este último fuera el resultado de distintas experiencias de la figura de Jesús desde los Apóstoles hasta nuestros días; 4) negación del carácter real, histórico y trascendente de la Resurrección de Cristo, reduciéndola a la mera experiencia subjetiva de los apóstoles; 5) *oscurecimiento de nociones fundamentales de la Profesión de la fe en el Misterio de Cristo: entre otras, su preexistencia, filiación divina, conciencia de Sí, de su Muerte y misión redentora, Resurrección, Ascensión y Glorificación*» (n. 27).

El arrianismo está hoy quizá tan vigente como lo estuvo en el siglo IV, aunque hoy se infiltra en la Iglesia, obviamente, con formulaciones conceptuales y verbales distintas. Las mismas encuestas sociológicas lo comprueban, cuando preguntan a los que se dicen católicos acerca de la divinidad de Jesús. La gran mayoría de ellos, que no son practicantes, se manifiestan apóstatas o arrianos. Pero también no pocos de los practicantes se declaran más o menos arrianos. Esta herejía se da hoy sobre todo en los países más desarrollados, pero también, a través de la teología de la liberación y de ciertos indigenismos teológicos falsos, se ha ido difundiendo entre los países menos desarrollados, de fe más profunda, ingenua y pura.

El neo-arrianismo ofrece al hombre moderno una versión herética de Jesucristo, en la que puede ser aceptado sin necesidad de la fe teologal católica. Ésta es hoy *la más grande rebaja del Cristianismo*. Y lleva consigo la negación de la Trinidad, de la virginidad de María, de la presencia real eucarística y de todas las demás verdades de la fe.

Reforma o apostasía.

(59)

4. El pelagianismo actual. 1

—Deles duro a los pelagianos, que a mí me caen muy mal.

—Lo mismo me sucede a mí. Voy a por ellos.

Pelagianismo. Ya caractericé (56) esta herejía de Pelagio, formulada a comienzos del siglo V: la naturaleza humana está sana, no está profundamente herida por un pecado original, y no necesita estrictamente del auxilio sobre-natural de la gracia de Cristo. Nuestro Señor Jesucristo es por tanto para nosotros causa ejemplar de la salvación, pero no causa eficiente. Optimismo antropológico: querer es poder. Devaluación consecuente de la oración de petición, de la necesidad de los sacramentos, etc. Y recordé también la rápida respuesta de la Iglesia a esta herejía, afirmando la primacía de la gracia y su necesidad continua.

El pelagianismo es una herejía permanente que, al paso de los siglos, se produce en la Iglesia con formulaciones renovadas, que son siempre «los mismos perros con distintos collares». Algunos de los errores de Abelardo (1079-1142), p. ej., eran de sentido pelagiano (Denzinger 725, 728). Los pelagianos de hoy, aunque no suelen orientar su optimismo antropológico hacia un ascetismo fuerte—como al parecer lo exhortaba Pelagio, monje ascético y riguroso—, mantienen en todo caso las tesis pelagianas fundamentales.

Arrianismo-pelagianismo. También hice notar que arrianismo (Jesús es hombre, no Dios) y pelagianismo (no es necesario el auxilio sobre-natural de la gracia) van juntos. Ya vimos (58) que, según el P. Sobrino, cuando se considera la salvación que ofrece Jesucristo, «no se trata de causalidad eficiente, sino de causalidad ejemplar». Esa frase es una muestra en la que se comprueba que la cristología arriana lleva necesariamente al pelagianismo. Ambas herejías se exigen mutuamente. Y ambas son una gran rebaja naturalista del cristianismo, muy apta para los cristianos que ya cayeron en la apostasía o que están próximos a ella. Por eso, comprobada ya la vigencia del *arrianismo* dentro de la Iglesia actual (58), comprobemos ahora en ella la gran difusión del *pelagianismo*.

Pelagianismo silencioso. Una advertencia. *Los errores arrianos* cristológicos, aunque a veces también se manifiestan por silenciamientos significativos—«el P. Galot, en el coloquio [habido con el P. Schillebeeckx en la Congregación de la Fe], mantuvo que en su último libro no había encontrado la afirmación de la divinidad de Jesucristo» (57)—, suelen, sin embargo, ser manifestados por sus autores con cierta claridad, aunque a veces sea cautelosamente (niegan la preexistencia del Verbo, su igualdad con el Padre y el Espíritu Santo, ven en Jesús persona humana, etc.). Por el contrario, *los errores pelagianos*, presentes normalmente en estos mismos autores, no suelen declararse en formas explícitas, sino silenciando sistemáticamente la incapacidad radical del hombre para salvarse a sí mismo y su necesidad absoluta de la gracia de Cristo Salvador.

Indico, pues, los signos actuales del cristianismo pelagiano.

Pecado original. Hay pelagianismo cuando *apenas se predica* del pecado original, o cuando *se minimiza* el deterioro enorme que produce en la misma naturaleza del ser humano. En el ambiente pelagiano suenan muy mal las palabras de Cristo, de San Pablo, de San Agustín, de Trento, sobre los efectos del pecado original. Suenan tan mal, que no suenan: se silencian.

Jesús: «vosotros sois malos» (Mt 12,34; Lc 11,13), «tenéis por padre al diablo, queréis hacer los deseos de vuestro padre» (Jn 8,44), y «yo he venido para que tengáis vida, y vida sobreabundante» (10,10). San Pablo: «todos estabais muertos



por vuestros delitos y pecados... pero Dios, rico en misericordia, os dio vida por Cristo: de gracia habéis sido salvados» (Ef 2,1-5; cf. Rm 3, 23; Tit 3,3). Trento: caído Adán por el pecado, cae el hombre en la mortalidad, y cae así «cauti-

vo bajo el poder de aquel que tiene el imperio de la muerte [Heb 2,14], es decir, del diablo, y toda la persona de Adán [y su descendencia] fue mudada en peor, según el cuerpo y el alma» (Denz. 1511).

Los pelagianos de hoy esto no se lo creen, porque si lo creyeran lo predicarían. No se lo creen: no admiten que por el pecado original se haya producido una degradación de la misma *naturaleza humana* y una *cautividad bajo el diablo*. Explican el pecado original de modos más suaves, por condicionamientos sociales negativos. Si creyeran lo que afirma la fe católica del pecado original y de sus efectos, no pondrían tanta confianza en terapias naturales psico-somáticas, tendrían mucho más cuidado, conscientes de su propia debilidad, con las ocasiones próximas de pecado frecuentes en el mundo; de ningún modo se alejarían de la Eucaristía y de los sacramentos; se entregarían a una vida ascética según el Evangelio; practicarían la oración continua de súplica y de gratitud –Señor, te piedad; gracias, Señor–, y estarían absolutamente convencidos de que fuera del nombre de Jesús «ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvados» (Hch 4,12).

Adulación del hombre. Si tuvieran fe en el pecado original, es decir, si no fueran pelagianos, no adularían al hombre, no incurrirían en declaraciones imbéciles: «yo creo en el hombre» –o en la juventud, o en la mujer, o en el obrero, o en el pueblo de tal nación, etc.–.

Aunque parezca imposible entre cristianos, uno cree que la clave de la renovación del mundo está en «la juventud», otro en «la mujer» –el mundo sólo puede salvarse haciéndose más femenino–, otro en «los obreros»... Pero sin Cristo Salvador, *todos* los hombres estamos destrozados, débiles, enfermos de muerte, cautivos del diablo: todos, los jóvenes y los viejos, los varones y las mujeres, los ricos y los pobres, los socialistas, los conservadores y los centristas. Todos estamos obligados a confesar con San Pablo: «no sé lo que hago... pues no hago el bien

que quiero, sino el mal que no quiero... es el pecado que mora en mí» (Rm 7,14-25). Ninguno tiene remedio sin la gracia de Cristo: «por gracia hemos sido salvados» (Ef 2,5). Por el contrario, el optimismo antropológico de los pelagianos parece algo incurable. El artículo 6º de la *Constitución española de Cádiz* (1812) establece como «una de las principales obligaciones de todos los españoles el ser *justos y benéficos*»... La Carta Magna de la nación lo establece –en serio– como la máxima obligación *legal*.

Moralismo. Hay pelagianismo allí donde *la predicación apremia casi exclusivamente la conducta moral* de los hombres, pero sin aludir al mismo tiempo a la necesidad de la gracia de Cristo para afirmarse en el bien: «sin Mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Es ciertamente pelagiana la predicación que exhorta a ser laboriosos, solidarios, justos, etc., pero que da siempre por supuesto, al menos en forma implícita, que es suficiente con enseñar el bien y exhortarlo; como si después los hombres, por sí solos, pudieran ser buenos en su vida privada, y también eficaces en la transformación de la sociedad, con tal de que se empeñen en ello. Todo está en quererlo.

Hay pelagianismo cuando el cristianismo cae en el *moralismo* –y da igual que sea un moralismo del sexto mandamiento o sea de la justicia social; es lo mismo: eso depende solo de las modas ideológicas del siglo–, y *deja a un lado los grandes temas de la fe dogmática*, la Trinidad, la presencia eucarística, la necesidad de la gracia, etc. En ese planteamiento, la moral individual y social no aparecen como la *consecuencia* necesaria de vivir en Cristo, en la fe y en la gracia, sino como el *motor* decisivo de la vida cristiana. Y así, la inhabitación trinitaria, el acceso litúrgico al manantial de la gracia, la Eucaristía, la misma fe, en una palabra, el Misterio, quedan devaluados, como elementos accesorios, silenciados en la predicación y la catequesis, olvidados, no estrictamente necesarios para la salvación temporal y eterna de la humanidad.

Eticismo naturalista. Es pelagiano el cristianismo que *propone «valores» morales, pero sin vincularlos necesariamente a Cristo*, es decir, sin vincular a su gracia la posibilidad de conocerlos plenamente y vivirlos con perfección. Una ética naturalista, *en primer lugar*, no propone muchos valores morales que son preciosos en la vida del hombre, a veces los más importantes, por ejemplo, la virtud de la religión, la más grande después de las tres virtudes teologales: el deber moral de alabar a Dios, de bendecir su Nombre, de darle gracias siempre y en todo lugar. Pero es que además, *en segundo lugar*, cuando exhorta valores morales enseñados por Cristo, sólo enseña 1) aquellos que en buena parte son admitidos por el mundo, al menos teóricamente –verdad, libertad, justicia, amor al prójimo, unidad, paz, etc., 2) los enseña al modo según el cual el mundo los entiende, pero no en el sentido verdaderamente cristiano y evangélico, que a veces es muy distinto, y sobre todo 3) no vincula a Cristo Salvador la posibilidad de reconocer y vivir esos valores de verdad, justicia, fraternidad, unidad, paz, etc.:

El cristiano pelagiano no afirma que *Cristo mismo* es «la verdad», y que sin Él se pierde el hombre inevitablemente en el error (Jn 14,6); que sólo Él «nos ha hecho libres» (Gál 5,1); que sólo por la fe en Él alcanzamos «la justicia que procede de Dios» (Flp 3,9); que sólo Él ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo la fuerza del verdadero amor fraterno (Rm 5,5); que sólo Él es capaz de juntar en la unidad a todos los hombres que andan dispersos, pues para eso dio su vida (Jn 11,52); y en fin, que sólo «Él es nuestra paz» (Ef 2,14).

Devaluación de la gracia. Hay pelagianismo evidente en todo lo que ignore la necesidad absoluta de la gracia, en todo lo que no una siempre la oración y la acción:

«danos luz para conocer tu voluntad y la fuerza necesaria para cumplirla» (*Or. dom.* I, T.O.). «Que tu gracia, Señor, inspire, sostenga y acompañe todas nuestras obras» (*Ltg. Horas*, laudes I sem.).... Allí donde faltan estas convicciones primarias de la fe sobre la gracia, expresadas tan bien en la oración de la Iglesia, allí es claro que apesta a pelagianismo.

Devaluación de la oración de petición.

Éste es uno de los errores del pelagianismo que, como ya vimos, más indignaban a San Agustín. ¿Para qué *pedir* bienes a Dios –la castidad, el vencimiento de la pereza, lo que sea– si está en nuestra voluntad conseguirlos? Por el contrario, para el Doctor de la gracia la oración de petición es como la proa de un barco, que ha de ir por delante de todo empeño ascético volitivo. «Toda mi esperanza está en tu inmensa misericordia. Da lo que mandas, y manda lo que quieras» (*Confesiones* X, 29,40). *Ora et labora*, pero el *ora* siempre por delante.

Devaluación de la Eucaristía y de los sacramentos.

Hay pelagianismo cuando los sacramentos y el culto litúrgico dejan de ser la clave de la transformación en Cristo de hombres y de pueblos. *La inmensa mayoría de los católicos «alejados» o son pelagianos o son apóstatas*. Los cristianos que creen que su salvación es ante todo gracia de Cristo jamás se apartan de los manantiales litúrgicos de la gracia. Sólo se alejan crónicamente de estas fuentes los pelagianos, los que esperan salvarse por sus propias fuerzas. O los apóstatas, que ni creen en la necesidad de *salvarse* –¿salvarse de qué?–, ni creen en la vida eterna, ni en nada.

Sobrevaloración de los medios. Esto es algo muy pelagiano. Ciertamente quiere el Señor en su providencia que pongamos en cada empresa los medios proporcionados al fin pretendido, según Él nos los dé. Pero no quiere que pongamos la esperanza de nuestros esfuerzos en los medios conseguidos, sino en la fuerza salvadora de su gracia.

Ahí tienen ustedes un escritor espiritual que describe en una obra de tres volúmenes los cincuenta métodos de oración más útiles para llegar pronto a la más alta contemplación –incluye técnicas respiratorias–. Dios le ampare... Esta Madre superiora nos dice, como de paso, que dos tercios de las religiosas de la comunidad tienen carrera universitaria. ¿Y qué?... Un profesor nos enseña con visible satisfacción las excelentes instalaciones de un Colegio o de una Universidad católica –biblioteca, laboratorio, aulas, piscina climatizada, etc.–, con un orgullo –orgullo corporativo, se entiende, no necesariamente personal– que nos hace temer lo peor. No es tanto la riqueza de medios lo que nos asusta, sino la confianza que vemos puesta en ellos. ¿Qué-rrá obrar allí el Señor muchas conversiones?...

Ya lo dijo Horacio, en carta a los Pisones: *parturient montes, nascetur ridiculus mus* («parieron los montes, y nació un ridículo ratón»).... Para un encuentro juvenil interdiocesano –exagero un poco– cinco comisiones preparan durante varios meses cuatro sedes distintas, alternativas, en las que se ofrecen catorce talleres opcionales, para los cuales se compromete a dos cantautores, cinco Obispos y trece conferenciantes notables –eran quince, pero fallaron dos–, se editan carteles grandes, medianos y trípticos, y dos CDs, se instalan pantallas gigantes, se contrata publicidad en paneles públicos, radio y televisión, etc. La comisión de economía tiene notable importancia en la pre-



paración del *Evento... Parturient montes...* Se ve que no leyeron mi libro *Pobreza y pastoral*, o que no se lo creyeron (Verbo Divino, Estella 1968, 2ª ed.).

David dejó a un lado la coraza y las fuertes armas que Saúl le ofrecía, se fue contra Goliath con una honda y unas piedras, y le venció (1Sam 17). Jesús nació en un corral de animales, y los Apóstoles, sin alforja ni doble túnica, llevaron el evangelio a todo el mundo, siendo medio-iletrados... Está revelado que Dios suele elegir –no necesariamente– a los pobres y a los medios pobres para confundir la soberbia del mundo, y para que a Él solo se atribuya la gloria de las grandes obras de salvación (1Cor 1,20-31).

Sobrevalorización de las terapias naturales. Casas de Espiritualidad, comunidades religiosas, que *ofertan* en sus programas una macedonia increíble de frutas espirituales exóticas: eneagrama, reiki, sofrología, técnicas de autoayuda, etc. Dejo éste y otros temas para el próximo artículo.

Una cosa está bien clara. Que *hoy son muchos los ambientes católicos que apestan a pelagianismo*. La vigencia actual de esta herejía ha sido denunciada desde hace muchos años con especial insistencia por el cardenal Ratzinger: «el error de Pelagio tiene muchos más seguidores en la Iglesia de hoy de lo que parecería a primera vista» (30 Días I-1991).

Reforma o apostasía.

(60)

5. El pelagianismo actual. 2

—Siga dándoles duro. No se canse.

—No me cansaré, porque «son todos enemigos de la cruz de Cristo» (Flp 3,18).

El hombre a solas con el hombre. Una vez que la apostasía hizo que gran parte de las antiguas naciones cristianas abandonaran su fe en Cristo, la cultura de Occidente permanece cerrada en el *inmanentismo* del hombre solo, sin la gracia, sin el auxilio sobre-natural de Dios. Y solo le queda entonces, en la onda de la Ilustración, profesar *el mito del progreso* necesario, Fichte, Herder, Comte, Hegel, o después de los horrores del siglo XX, hundirse en *la náusea* de Sartre y compañeros. Pero miremos dentro de la misma Iglesia.

Si buscamos actualizaciones del pelagianismo, vamos a dar en algunos autores de los que ya he tratado: Teilhard de Chardin, S. J. (27), Anthony De Mello, S. J. (47), con su *Autoliberación interior*, una obra que encabeza cientos de otros títulos semejantes, o topamos con Schillebeeckx y las devaluaciones del pecado original en el *Catecismo holandés* (57)... Señalo aquí al respecto dos autores más.

Karl Rahner, S. J. (1904-1984) sugiere una rehabilitación del monje británico Pelagio. Ya desde los años 1930 afirma Rahner la vinculación necesaria de lo sobrenatural a la naturaleza humana. Rahner presenta abiertamente la teología de lo sobrenatural no gratuito. Algunas doctrinas semejantes se hallan en la obra *Surnaturel* (1946) del



P. Henry de Lubac, S. J. Pero no es éste el lugar apropiado para examinar a fondo estas tesis. Recuerdo aquí solamente al Cardenal José Siri (1906-1989), que en su obra *Getsemaní; reflexiones sobre el movimiento teológico contemporáneo* (CETE, Toledo 1981), refuta la teología de Rahner en su teología de la gracia:

«Rahner concluye que la gracia es el cumplimiento de nuestra esencia. Partiendo de una visión de las cosas que, quiérase o no, rechaza *de facto* la verdadera gratuidad del orden sobrenatural, llega él a colocar a Cristo y a Dios en las cosas: “Dios y la gracia de Cristo están en el todo, como la esencia secreta de toda realidad”» (87). Según estas tesis, entiende Rahner que «el dogma [de la Inmaculada Concepción] en ningún modo significa que el nacimiento de un ser humano esté acompañado por algo contaminante, por una mancha, y que para evitarla, un privilegio fuese necesario a María» (89-90). Esta doctrina, comenta el Card. Siri, «conduce hasta la doctrina del *cristiano anónimo*, hasta la doctrina de *la muerte de Dios*, de *la secularización*, de *la desmitización*, de *la liberación* y tantas otras» (92). La doctrina rahneriana sobre la gracia se aproxima al pensamiento de Pelagio, para el cual el mismo libre arbitrio dado por Dios al hombre es la gracia. José Antonio Sayés, coincidiendo con el análisis de Siri, en *La esencia del cristianismo; diálogo con K. Rahner y H. U. Von Balthasar* (Cristiandad, Madrid 2005, 132-140) examina con gran claridad las tesis neo-pelagianas de Rahner.

Hans Küng (1928-), ya alejado por la Iglesia de la docencia católica (Congregación de la Fe, *Declaración* 15-XII-1979), publica un best-seller, escasamente refutado por los teólogos católicos (*Projekt Weltethos*, Piper, Munich 1990; *Proyecto de una ética mundial*, Trotta, Madrid 1991; 6ª ed, 2003). Lógicamente, la obra es inmediatamente adoptada por la UNESCO como texto básico para un Congreso mundial sobre la moral. Su enseñanza se asemeja a la *Declaración de una Ética Mundial* (Parlamento de las Religiones del Mundo, Chicago, IX-1993). Küng es presidente de la Fundación por una Ética mundial (*Weltethos*), en la que caben todos, menos los católicos-católicos.

«¿Rehabilitar a Pelagio? De nuevo en auge el hereje del siglo V. Se quiere suprimir el dogma del pecado original. Cómo se vuelven pelagianos los católicos». Este es el título que aparece en una portada de la revista *30 Días* (1-1991). En ella se cita a Augusto del Noce: «el intento filosófico más importante del mundo moderno [ha sido] elaborar una religión de la que se excluyera lo sobrenatural». Es un intento que viene ya de atrás. En 1793 el señor Kant escribe *La Religión dentro de los límites de la sola razón*.

«Podemos reconocer —escribe el profesor Francisco Canals— que en nuestros días, tras siglos de pensamiento y cultura ya emancipados de la inspiración cristiana, y mientras sería muy difícil advertir en los católicos el peligro de un pesimismo jansenista o de un predestinacionismo fatalista, es bastante general la ignorancia sobre los puntos más centrales de la salvación del hombre por la gracia de Jesucristo» (*En torno al diálogo católico protestante*, Herder, Barcelona 1966, 68).

El pelagianismo, que hoy sobreabunda en la Iglesia, se da en múltiples versiones. Describiré algunas principales.

—**Pelagianismo roussoniano**, sonriente, buenista, que mantiene un optimismo a ultranza —pase lo que pase en el mundo y en la Iglesia—, positivo, creativo, eufórico, energético, activista, «too er mundo e’bueno». Ramalazos de él, al menos, afectan también a buenas personas y obras católicas. Silencio discreto sobre «el pecado del mundo»,

pero sobre todo acerca de la condición caída de la naturaleza humana. Silencio sobre la necesidad urgente y absoluta de la gracia de Cristo. Revistas católicas que apenas hablan de Dios y de la salvación: querer es poder, «diez normas para mantener unido el matrimonio» —todas puramente naturales—, noticias positivas. Postales, carteles, calendarios, a veces de obras religiosas, con imágenes de gente feliz, hermosa y de buena salud, que van acompañados de frases sublimes, casi nunca tomadas de la Escritura o de los santos: «*sonriendo transformamos el mundo*» (Anthony Morgan-Klaus). Todo ese positivismo, ya me perdonarán, nada tiene que ver con la alegría cristiana, hecha de amor a Dios y al prójimo, y de esperanza de la vida eterna. Todo eso, hoy tan frecuente, es simple pelagianismo puro y duro.

Ovidio (+17), poeta pagano contemporáneo de Cristo, estaría en condiciones de desengañar a los actuales cristianos pelagiano-roussonianos, porque él sabía lo que hoy parecen ignorar no pocos teólogos y laicos ilustrados: «video meliora proboque, deteriora sequor» (veo lo que es mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor: *Metamorfosis* VII, 20; = Rm 7,15). El hombre, afectado por el pecado original, está siempre entre el bien y el mal, y sin el auxilio sobrenatural de la gracia de Cristo está perdido.



—**Pelagianismo de terapias naturales.** Espera lograr la perfección del hombre mediante la aplicación de métodos psico-somáticos. Reuniones y libros de Autoayuda, de Autoliberación interior. (Bueno está el hombre para auto-liberarse...) No suelen faltar en estos libros y grupos frecuentes dosis orientalistas. El budismo, al no creer en un Dios personal, no puede sino pretender una salvación autónoma, en la que sea el hombre quien salva al hombre. En los últimos decenios es cada vez más frecuente que en Comunidades religiosas, Casas de Ejercicios, Centros de Espiritualidad, junto a reuniones bíblicas o ejercicios espirituales, se oferte también una serie muy variada de terapias naturales: eneagrama, meditación transcendental, reiki, técnicas individuales o comunitarias de autorrealización, yoga, zen, energía positiva, rebirthing, dinámicas de grupo, sofrología, yosoki, etc. etc. New Age. Palitos de incienso, en salas con moqueta y luz indirecta, donde a veces quedó colgado un crucifijo, una imagen de la Virgen María... «Traer ropa y calzado cómodos». Transcribo de la propaganda de algunos de estos Centros:

«Una técnica liberadora de las tensiones psíquicas y de la dispersión mental como camino que facilita el sereno acceso a la identidad personal. Una paciente y sosegada escucha del len-

guaje del cuerpo, como recuperación del silencio y de la unidad. Escuchar la experiencia, ver la realidad como es (*vispassana*)». «Los retiros [les llaman *retiros*] de yoga, reiki y sofrología caycediana son encuentros de trabajo y profundización personal, así como de iniciación en estos procesos de crecimiento, que generan una profunda paz y bienestar, así como una gran revitalización, equilibrando la energía, despertando la consciencia, serenando la mente, armonizando los chacras [esto es importante], despertando la vida del ser, elevando el alma, ayudando a crecer y dar los pasos necesarios en el momento de la vida en que cada uno se encuentra... Desomatiza lo negativo, somatiza lo positivo. Equilibra todo el sistema energético, generando un agradable estado de cálido bienestar y confianza interior. Actualiza las potencialidades dormidas o paralizadas. En un ambiente tranquilo y apacible, como es el monasterio de N. N... Comida vegetariana»... Página web, números de teléfono, e-mail de contacto. Organización perfecta. Y a veces los dichos cursillos son caros. Pero merece la pena: lo que vale, cuesta.

De todo esto nada supieron los pobres San Benito, San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz... *Y el diablo ahora lo fomenta con entusiasmo*. Lo que hunde al diablo en la miseria es la Misa, el rosario, la oración, el agua bendita, el signo de la cruz, las jaculatorias, la frecuencia de la confesión, la dirección espiritual —y más si es con obediencia—, la lectura de la Biblia y de autores espirituales, la práctica de las virtudes y de las obras de misericordia, visitar enfermos, ayudar a pobres, etc., las novenas, etc. Ésas son las cosas que lo matan. En cambio con estas otras el diablo se fortalece y está feliz. Lo suyo es el pelagianismo.

—**Pelagianismo sincretista.** Notemos que la verdad es refractaria a todos y a cada uno de los errores. Por el contrario, los errores, aunque a veces sean contradictorios entre sí, muestran una singular capacidad de amalgama y de unidad operativa. La *Ética mundial* ya aludida engloba innumerables filosofías, terapias y religiones, muchas veces inconciliables entre sí; pero que, sin embargo, se concilian amistosamente y concelebran juntos. Y si consiguen la presencia de algún monje vestido de color naranja, pongamos, *su santidad* Darwha Mira Ramchandani, tanto mejor; aunque no sea indio, que a lo mejor, por ejemplo, es un señor de Murcia, don Ernesto Paniagua; también les vale. Es lo que digo: pueden juntarse todas estas diversidades en comunes celebraciones llenas de color y falso entusiasmo. Y es que en realidad hay algo que les une profundamente: el rechazo unánime de Cristo y de su gracia. Pongo un ejemplo tomado de un diario:

«Por cuarto año consecutivo, en el Colegio [católico] de los Padres N. N., el día 29 de enero, aniversario de la muerte de Gandhi, se celebrará un *Encuentro por la Paz y la Reconciliación*». Se invita a todos, cristianos, creyentes no-cristianos, ateos. Hay que sumar, y no restar. En la fotografía del *Evento* se aprecia en el amplio patio del Colegio la palabra PAZ, configurada por unos ochocientos alumnos, debidamente ordenados por sus profesores, algunos de ellos religiosos... ¿No es conmovedor? Según dicen, «son estos pequeños gestos los que tienen fuerza para crear un mundo nuevo»... En el fondo del patio, a espaldas de todos los alumnos, se alcanza a ver una imagen de la Virgen, puesta allí hace cincuenta años. Ella es la Madre del único Príncipe de la paz, de esa paz que, ciertamente, el mundo no puede dar (Jn 14,27). Ni siquiera Gandhi, que ya está muerto.

—**Pelagianismo liberacionista.** Ceñudo y tenso, como no podría ser de otro modo. Che Guevara. Mayo de 1968. Teología de la Liberación. El *Jesús* de Pasolini, de ceja única. Cuando la Congregación de la Fe, presidida por el Cardenal Ratzinger, publica la instrucción *Libertatis nuntius*, sobre algunos aspectos de la teología de la liberación (6-VIII-1984), advierte que «solamente recurriendo a las capacidades éticas de la persona y a la perpetua necesidad de conversión interior [imposibles sin la gracia] se obtendrán los cambios sociales que estarán verdaderamente al servicio del hombre... La inversión entre mora-

les ambiguas o falsas, confiesa: «Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal, en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa... *Esta naturaleza humana, caída* de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, *herida en su mismas fuerzas naturales* y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres. Por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Mantenemos, pues, siguiendo al Concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación» (n. 16). Ya lo sabían los piadosos judíos: «pecador me concibió mi madre» (Sal 50,7).

San Jerónimo (342-420) fue, con San Agustín, quien con más fuerza combate la herejía pelagiana (*Diálogos contra los pelagianos*, libro III: 415). Cuando aún vivía Pelagio, escribe en el 414 contra su doctrina una carta durísima, en la que vence todas sus tinieblas con la luz de la Palabra divina (*PM*, Migne 21,1147-1161). Y termina rogándole al amigo destinatario de la carta, y a los que se reúnen en su santa casa,

«que no acojan a través de aquellos homúnculos [pelagianos] el *excremento* o, por decir poco, la infamia de tan graves herejías. Allí donde se alaba la virtud y la santidad, que no tenga morada la vergüenza de la presunción diabólica y de una compañía obscena. Sepan los que prestan ayuda a hombres de esa calaña, que recogen a una multitud de herejes, y que son enemigos de Cristo y alimentan a Sus adversarios».

lidad y estructuras conlleva una antropología materialista, incompatible con la verdad del hombre» (XI,8). Sin la gracia de Cristo, sin la oración de petición y los sacramentos, sin el Espíritu Santo —el único que puede «renovar la faz de la tierra»—, el intento liberacionista se hace estéril, torvo, amargo, violento: revolución, atentados, lucha de clases, infiltraciones culturales por la vía Gramsci, etc., sufrimientos y ruina del pueblo.

La Unión Soviética, con todo el poder concentrado en un partido gobernante entre 1917 y 1989, no consigue producir «el hombre nuevo». Y no lo hubiera conseguido en un par de siglos más de adoctrinamiento en escuelas y universidades estatales, reuniones obligadas de grupos, marchas, pancartas enormes, estatuas e imágenes de hombres macizos y mujeres musculosas, animales humanos pletóricos de fuerzas positivas y reivindicativas. Algo semejante es preciso decir de *la teología de la liberación*. Es cierto que se expresa en formas muy diversas, «algunas son auténticas, otras ambiguas y otras, en fin, representan un grave peligro para la fe y para la vida teológica y moral de los cristianos... La concepción totalmente politizada del cristianismo, a la que conducen estas teologías, deja sin contenido los misterios de la fe y de la moral cristiana» (*Libertatis nuntius*, síntesis previa, VI).

—**Algunas ONG de inspiración cristiana**, a veces sumamente beneméritas (por eso prefiero no citarlas por su nombre) tienen también sus ramalazos pelagianos roussonianos o/y liberacionistas. Recibiendo a veces el 90 % de sus recursos del pueblo cristiano, concretamente de la colecta de las Misas, apenas nunca citan en sus propagandas a Cristo, frases evangélicas, motivaciones de fe, de caridad, sino que «secularizan» tanto su fisonomía —quizá para recibir también ayudas de los no-cristianos— que apenas parecen ONG cristianas. Y eso es muy lamentable. No está nada bien distribuir una gran abundancia de donativos, ocultando en la práctica al Donante principal, a Cristo, que *por su gracia* ha movido precisamente en la Misa —«éste es mi cuerpo que *se entrega*»— el corazón de esos benditos cristianos donantes.

Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios (30-VI-1968). Frente al *Catecismo holandés* y tantas otras voces actua-



—II—

El semipelagianismo

(61)

1. Semipelagianos antiguos

—Seguro que en seguida nos hablará de los semipelagianos *actuales*.

—No lo dude. Téngalo por cierto, con el favor de Dios.

Expuse las *grandes rebajas del cristianismo* (56-60), limitándome al arrianismo y al pelagianismo en sus versiones antiguas y actuales. Y aunque el *semipelagianismo*

también implica una rebaja del cristianismo, al negar la plena gratuidad de la gracia, he preferido tratarlo aparte por respeto a sus iniciadores, a veces muy venerables, y sobre todo porque voy a considerarlo más bien en sus actuales versiones *voluntaristas*, bastante alejadas del semipelagianismo puro y duro.

El semipelagianismo es un grave error que en el siglo V se produjo en algunos monasterios del sur de Francia, como Marsella —de aquí vino el llamarle error *massiliense*— y Lérins, isla frente a Cannes. Fue formulado y difundido por hombres de muy santa vida, como los monjes Juan Casiano, abad de Marsella (+430), en su *Colación XIII*, San Vicente de Lérins (+445), autor del *Commonitorium*, y San Fausto, Obispo de Riez, antes abad de Lérins (400-490). Ellos, claramente alejados del pelagianismo —reconocían el pecado original, la necesidad de la gracia y de la oración de petición—, erraban, sin embargo, acerca de la primacía absoluta de la gracia. Queriendo reaccionar contra ciertas tesis de San Agustín, que a su entender eliminaban la libertad del hombre en su colaboración con la gracia, vinieron a afirmar que ciertos esfuerzos de la voluntad humana *preceden* a la gracia y que el principio mismo de la fe (*initium fidei*) depende del hombre. Eran hombres santos, que erraron en un tiempo en que la Iglesia no había definido suficientemente la doctrina católica sobre la gracia.

San Fausto de Riez es el exponente máximo del semipelagianismo (*De gratia Dei*: PL 58,783-836). Dios ofrece igualmente a todos los hombres su gracia salvadora, y aquellos que generosamente la reciben, son los que se salvan. No son éstos, por tanto, propiamente *elegidos* de Dios (Rm 8,29), sino que más bien son ellos quienes se eligen a sí mismos, mereciendo así la salvación. La predestinación no es, por tanto, sino la previsión divina de aquellos que libremente van a recibir la gracia. Y es la voluntad humana quien hace *eficaz* la gracia, y quien decide el grado de santidad final según el grado mayor o menor de su generoso esfuerzo personal: «Regnorum cælorum vim patitur» (es el esfuerzo el que gana el Reino celestial, Lc 16,16). A fines del s. V, apenas entre los Obispos del sudeste de las Galias se alzaban voces contra la doctrina semipelagiana de católicos tan fide-dignos como Casiano, Vicente y Fausto. El *De gratia* de Fausto era considerado por el escritor Genadio de Marsella (+500), docto sacerdote, como un «opus egregium».

Rechazo católico inmediato. También eran santos —y probablemente más santos, digo yo— quienes refutaron inmediatamente el semipelagianismo, como San Agustín (+430), San Hilario (401-449), obispo de Arlés, el monje San Próspero de Aquitania (+450), gran defensor del agustinismo, y San Fulgencio (+533), obispo de Ruspe, en el norte de África.

También el Magisterio pontificio, estimulado por esos autores, produjo a lo largo del siglo V varias declaraciones contrarias al semipelagianismo, reunidas en un documento, el *Indiculus*, que fue reconocido por Roma hacia el 500 (*Denz.* 238-249). Pero la más perfecta enseñanza de la Iglesia contra el semipelagianismo, en la misma doctrina del *Indiculus*, se produjo en el *Sínodo II de Orange* (529), pequeña ciudad al sudeste de Francia (*Denz.* 238-249). Fue presidido por San Cesáreo, obispo de Arlés (+543), y confirmado por el Papa Bonifacio II (*Denz.* 370-397).

Es significativo que tanto Hilario, como Próspero y Cesáreo, los tres habían sido monjes de Lérins, y conocían bien la doctrina del «semipelagianismo». Este término, por cierto, nació



mucho después, cuando los que contradecían las tesis del P. Luis de Molina, S. J. (1535-1600), expuestas en su libro *la Concordia* (1588), le acusaban de profesar las *sententiæ semipelagianorum*, es decir, de revivir los errores *massilienses*, ya condenados por la Iglesia.

Cánones principales del Sínodo II de Orange. El sufrido lector me va a permitir —a la fuerza— que transcriba buena parte de los cánones de este maravilloso Sínodo provincial (Arausicano). Su doctrina fue especialmente tenida en cuenta en los debates del Concilio de Trento. Han de ser leídos estos cánones con gran atención porque 1.—como es normal en los antiguos sínodos y concilios, su formulación es sumamente densa, precisa y concisa; y 2.—porque afirman unas verdades grandiosas, muy olvidadas actualmente hasta por los católicos más fieles. Si hoy la mayoría de los católicos no practicantes son apóstatas o pelagianos, una buena parte de los practicantes se ven más o menos afectados de semipelagianismo. Hemos de comprobarlo más adelante. Atención, pues:

Can. 1 y 2: El pecado original existe, y no en el sentido de Pelagio, sino en el de la Iglesia.

Can. 3: «Si alguno dice que la gracia de Dios puede conferirse por invocación humana, y no que *la misma gracia hace que sea invocado* [Dios] por nosotros, contradice al profeta Isaías o al Apóstol: “he sido encontrado por los que no me buscaban. Manifiestamente aparecí a quien por mí no preguntaba” (Rm 10,20; cf. Is 65,1)».

Can. 4: «Si alguno porfía que Dios *espera nuestra voluntad* para limpiarnos del pecado, y no confiesa que aun *el querer ser limpios* se hace en nosotros por infusión y operación sobre nosotros del Espíritu Santo, resiste al mismo Espíritu Santo, que por Salomón dice: “es preparada la voluntad por el Señor” (Prov. 8,35; en LXX), y al Apóstol que saludablemente predica: “Dios es el que obra en nosotros *el querer y el obrar*, según su beneplácito” (Flp 2,13)».

Can. 5: «Si alguno dice que *está naturalmente en nosotros lo mismo el aumento que el inicio de la fe...* se muestra enemigo de los dogmas apostólicos... “Confiamos que quien *empezó* en vosotros la obra buena, la *acabará* hasta el día de Cristo Jesús” (Flp 1,6)... “A vosotros se os ha concedido por Cristo no sólo que creáis en Él, sino también que por Él *padezcáis*” (1,29), y: “de gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, puesto que es don de Dios” (Ef 2,8)»...

Can. 6: «Si alguno dice que se nos confiere divinamente misericordia cuando *sin la gracia de Dios* creemos, queremos, deseamos, nos esforzamos, trabajamos, oramos, vigilamos, estudiamos, pedimos, buscamos, llamamos, y no confiesa que *por la infusión e inspiración del Espíritu Santo se da en nosotros* que creamos y queramos o que podamos hacer, como se debe,

todas estas cosas; y condiciona la ayuda de la gracia a la humildad y obediencia humanas, y no consiente que es don de la gracia misma que seamos obedientes y humildes, resiste al Apóstol que dice: “¿qué tienes tú que no lo hayas recibido?” (1Cor 4,7), y: “por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor 15,10)».

Can. 7: Es engañado por la herejía quien «afirma que por la fuerza de la naturaleza se puede pensar como conviene, o elegir algún bien que toca a la salud de la vida eterna, o *consentir* a la saludable y evangélica predicación... “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5), y: “no que seamos capaces de *pensar* nada por nosotros como de nosotros, sino que nuestra suficiencia viene de Dios” (2Cor 3,5)».

Can. 8: Yerra el que «porfia que *pueden venir a la gracia del bautismo unos por misericordia, otros en cambio por libre albedrío*... El Señor mismo lo prueba, al atestiguar que no algunos, sino “ninguno puede venir a Él sino aquel a quien el Padre atraere” (Jn 6,44); así como al bienaventurado Pedro le dice: “bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16,17); y el Apóstol: “nadie puede decir Señor a Jesús, sino en el Espíritu Santo” (1Cor 12,3)».

Can. 9: «Sobre la ayuda de Dios. Don divino es el que *pensemos* rectamente y que *contengamos* nuestros pies de la falsedad y la injusticia; porque *cuantas veces obramos bien, Dios, para que obremos, obra en nosotros y con nosotros*».

Can. 12: «Cuáles nos ama Dios. Tales nos ama Dios cuales hemos de ser *por don suyo*, no cuales somos por merecimiento nuestro».

Can. 13: «*De la reparación del libre albedrío*. El albedrío de la voluntad, debilitado en el primer hombre, no puede repararse sino *por la gracia del bautismo*. Lo perdido no puede ser devuelto, sino por el que pudo darlo. De ahí que la Verdad misma diga: “si el Hijo os liberare, entonces seréis verdaderamente libres” (Jn 8,36)».

Can. 18: «Que *por ningún merecimiento se previene a la gracia*. Se debe recompensa a las obras buenas, si se hacen; pero la gracia, que no se debe, *precede* para que se hagan».

Can. 20: «Que *el hombre no puede nada bueno sin Dios*. Muchos bienes hace Dios en el hombre, que no hace el hombre; ningún bien, en cambio, hace el hombre que no otorgue Dios que lo haga el hombre».

Can. 22: «De lo que es propio de los hombres. *Nadie tiene de suyo sino mentira y pecado*. Y si alguno tiene alguna verdad y justicia, viene de aquella fuente» divina.

Can. 23: «*De la voluntad de Dios y del hombre*. Los hombres hacen su voluntad y no la de Dios, cuando hacen lo que a Dios desagrada; mas cuando hacen lo que quieren para servir a la divina voluntad, aun cuando voluntariamente hagan lo que hacen, la voluntad, sin embargo, es de Aquel por quien se prepara y se manda lo que quieren».

Can. 24: «*De los sarmientos de la vid*. De tal modo están los sarmientos en la vid que a la vid nada le dan, sino que de ella reciben de qué vivir»...

Concluye el Sínodo con una *profesión solemne de la fe católica*, redactada por San Cesáreo de Arlés, en la que reafirma la doctrina conciliar, añadiéndole más argumentos y citas bíblicas. «También profesamos y creemos saludablemente que *en toda obra buena*, no empezamos nosotros y luego somos ayudados por la misericordia de Dios, sino que Él nos inspira primero –sin que preceda merecimiento bueno alguno de nuestra parte– la fe y el amor a Él».

Bonifacio II confirma el Sínodo II de Orange (531: Denz. 398-400): «Vosotros definís que la recta fe en Cristo y el comienzo de toda buena voluntad, conforme a la verdad católica, es inspirado en el alma de cada uno por

la gracia de Dios preveniente». Por tanto, «*no hay absolutamente bien alguno según Dios que pueda nadie querer, empezar o acabar sin la gracia de Dios*».

La primacía y la gratuidad total de la gracia de Dios es lo que está en juego en estas gravísimas cuestiones. Es muy significativo que la Iglesia dedicó sus primeros Sínodos y Concilios a definir ante todo las realidades más importantes de la fe católica: la Encarnación del Verbo, la santísima Trinidad, *la gracia divina*... El semipelagianismo –posterior al pelagianismo, ya condenado por la Iglesia–, estimando que la gracia de Dios se ofrece igualmente a todos, y que es la libertad humana personal la que, con su mayor o menor empeño, decide las buenas obras, prácticamente *pone la iniciativa de la vida espiritual en el hombre*. En consecuencia, la mayor o menor santificación de la persona es principalmente cuestión de su «generosidad» en la colaboración con la gracia. Y consiguientemente... etc. Ya lo iremos viendo.

Hace unos años, en un cursillo que di sobre la gracia divina a una veintena de católicos especialmente cualificados, les puse al inicio –confieso que con una cierta perfidia– un cuestionario previo, con una docena de frases (verdadera / falsa) tomadas textualmente de Concilios, de San Fausto de Riez, de Santo Tomás de Aquino, etc. Creo recordar que había entre ellos *tres católicos, tres pelagianos y catorce semipelagianos*.

Voy a tener trabajo en los próximos artículos.

(62)

2. Semipelagianos actuales

–A estos voluntaristas también deles duro, que me caen muy mal.

–Pues yo tengo gran estima por muchos de ellos, y me da pena que hayan tenido deficiencias en su buena formación.

La doctrina de la Biblia y del Magisterio apostólico es muy clara: «Sin mí no podéis hacer *nada*» (Jn 15,5). «Es Dios el que obra en nosotros *el querer y el obrar* según su beneplácito» (Flp 2,13). «Cuantas veces obramos bien, Dios, para que obremos, *obra en nosotros y con nosotros*» (Orange II, c. 9)... Cuando se leen estas frases tan claras, parece que la realidad que afirman –otra cosa será la explicación teológica que de ella se dé– es evidente: *la gracia mueve la libertad* del hombre para que pueda hacer el bien, un bien que no podría hacer ella sola sin la ayuda sobrenatural de Dios.

Sin embargo, son muchos los cristianos que ignoran esta verdad tan absolutamente fundamental, y que incluso se extrañan y eventualmente se escandalizan cuando se afirma de modo explícito. Más adelante, con el favor de Dios, he de exponer con cierta amplitud la doctrina católica. Pero contrapongo ahora, en forma muy abrevia-

da, la fe católica en la primacía y eficacia de la gracia, y el modo semipelagiano de entender estas cuestiones.

—**Doctrina católica. La libertad humana es causa «subordinada», que se mueve movida por la gracia de Dios, la causa principal**, en la producción de la obra buena. Por tanto, *la libertad es causa real* de la obra buena, pero no causa autónoma, que pueda producir su objeto propio, el bien, por sí misma; sino causa creatural, segunda, subordinada, que necesita la moción de la gracia divina. Puede la libertad humana, si Dios lo permite, *resistir* la acción de la gracia, pecar; pero no puede ella sola hacer el bien y perseverar en él. *La eficacia de la gracia es intrínseca*, por sí misma, no por la co-operación de la libertad humana que, meritoriamente, consiente en ser movida por ella. Por tanto, si uno es más santo que otro, eso se debe principalmente a que ha sido especialmente amado y agraciado por Dios: el ejemplo máximo es la Virgen María. Dios ama a todos, pero *ama a unos más que a otros*, y no distribuye sus gracias por igual. Bien sabe uno que esta doctrina choca frontalmente con el *igualitarismo* falso de la cultura moderna; pero es la verdad de la fe católica.

El papa Paulo V mandó que cesaran las disputaciones entre Dominicos y Jesuitas sobre la explicación teológica de este misterio (1607). Y comunicó en 1611 al embajador español que, si la Santa Sede había sobreseído el pronunciamiento sobre esta disputa, se debía, entre otras causas, a que las dos partes estaban de acuerdo «*en la sustancia de la verdad católica*, esto es, que *Dios con la eficacia de su gracia nos hace obrar*, y hace que nosotros pasemos de no querer a querer, y dobla y cambia las voluntades de los hombres» para afirmarlas en las obras buenas salvíficas (Denz. 1997). Es la enseñanza perfectamente clara de San Pablo: «por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me concedió no ha sido estéril, sino que he trabajado yo más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1Cor 15,10-11). Y Santa Teresa del Niño Jesús, gran Doctora de la gracia, emplea las imágenes del «ascensor» y del «pincelito» para expresar la obra de Dios en su maravillosa santificación personal.

—**Doctrina semipelagiana. La libertad humana es causa «co-ordinada» con la gracia divina**. Los semipelagianos no son pelagianos: admiten la necesidad de la gracia divina para obrar el bien. Pero entienden que el acto libre (*la parte humana*) concurre con la gracia divina (*la parte de Dios*), y así la hace extrínsecamente eficaz en la producción del bien. *Dios ama a todos los hombres igualmente*, ofreciendo a todos igualmente su gracia para hacer el bien, y es el mayor o menor grado de *generosidad* de cada persona humana lo que principalmente determina el crecimiento en la vida sobrenatural. San Roberto Belarmino, S. J., Doctor de la Iglesia, aunque adversario de ciertas tesis tomistas de los dominicos, reconoce que ese modo de pensar es inconciliable con la fe católica. ¡Y son tantos, y a veces tan buenos, los que piensan así hoy!

«Algunos [semipelagianos] opinan que *la eficacia de la gracia se constituye por el asentimiento y la cooperación humana, de modo que por su resultado se llama eficaz la gracia...* y obtiene su efecto *porque* la voluntad humana coopera. Esta opinión es absolutamente ajena a la doctrina de San Agustín [y de Santo Tomás], y en cuanto a lo que yo entiendo, incluso ajena a la doctrina de las Divinas Escrituras» (*De gratia et libero arbitrio* I, cp. XII; cf. F. Canals, *Gracia y salvación*, Anales de la Fund. Fco. Elías de Tejada, 2, 1996, 13-30).

El voluntarismo pone, pues, la iniciativa de la vida espiritual en el hombre, quedando la gracia en la condi-



ción de *ayuda*, de ayuda necesaria, sin duda —«sin mí no podéis hacer nada»—, pero de ayuda. Aunque los cristianos que se ven afectados por esa actitud sean con frecuencia doctrinalmente ortodoxos —no son pelagianos, ni tampoco son semipelagianos conscientes—, en su espiritualidad práctica no alcanzan a vivir del todo, es imposible, *la primacía absoluta de la gracia divina*, la total gratuitad de la gracia, ni tampoco son conscientes de *su intrínseca eficacia*. No pueden llegar a la perfecta *humildad*, y por tanto a la plena *santidad*. Ellos estiman que ir más o menos adelante en el camino de la santidad «es cuestión de voluntad»; «querer es poder», etc. A veces, más que un error doctrinal, estos desastrosos planteamientos son en ellos *una desviación espiritual*, debida a tres causas principales:

1.— **Una mala instrucción en la fe católica**. Sólo un ejemplo. El padre Severino González, S. J., a mediados del siglo pasado, en una de las colecciones de teología dogmática más difundidas, rechaza juntamente las doctrinas agustinianas, tomistas y escotistas en estas cuestiones, y mantiene que «ningún sistema que afirme la gracia intrínsecamente eficaz puede explicar su concordia con la libertad» (*Sacrae Theologiae Summa*, BAC, Madrid 1953, III, tract. III, tesis 33, nn. 313 y 324). Los muchachos de esos años no leíamos esas obras académicas, pero sí leíamos no pocos libros (por ejemplo, *El joven de carácter*, del húngaro Tihamer Toth, 1889-1931) que, si no recuerdo mal, por ahí andaban. Querer es poder. Es cuestión de generosidad... Aquellos libros nos hicieron mucho bien, pero también ocasionaron graves daños espirituales, cuya profunda huella negativa ha permanecido siempre en algunos, por falta de verdad católica. Padre, «santificalos en la verdad» (Jn 17,17).

2.— **Un antropocentrismo cultural** ampliamente predominante, no solo en el mundo, sino también en las zonas mundanizadas de la Iglesia. El *teocentrismo* humilde

que caracterizó tan profundamente la cristiandad antigua y medieval fue debilitándose mucho, como bien sabemos, a partir sobre todo del Renacimiento. Desde entonces, el *antropocentrismo* voluntarista, inevitablemente soberbio –aunque no se trate a veces de una soberbia personal, sino de especie humana– ha producido frecuentemente en los últimos siglos un cristianismo falsificado, en el que se ignora en gran medida la primacía de la gracia. Son muchos los católicos que son *pelagianos* –entre los no practicantes la mayoría–, y piensan que ir a la santidad está en la fuerza natural del hombre. Por eso, como no son tontos, no lo intentan, y dejan la vida cristiana. Y otros son *semipelagianos* –bastante numerosos entre los practicantes–, pues piensan que el bien que han de hacer procede *en parte* de Dios, y *en parte*, la más decisiva, por supuesto, de su propia voluntad libre.

3.– **Un bajo nivel espiritual de sacerdotes y laicos.** Entre los cristianos todavía *carneles* (1Cor 3,1-3), también entre aquellos que tienden con fuerza a la perfección, el voluntarismo suele ser el error más frecuente, pues si *la pereza* a veces, muchas veces, les daña, todavía hace en ellos peores estragos *la soberbia*, que unas veces es perezosa y otras activa, pero que *siempre tiende a poner en el hombre la iniciativa*, quitándosela a Dios, aunque sea inconscientemente.

En cambio los santos –ya lo comprobaremos– todos profesan la doctrina católica de la gracia, porque todos son perfectamente humildes. Y como dice Santa Teresa, «la humildad es andar en verdad; que es verdad muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira» (6 *Moradas* 10,8). Es cierto que algunos santos, en sus comienzos, cuando todavía eran *carneles*, andaban no poco engañados, y fueron voluntaristas por carácter personal o por una formación incorrecta; pero cuando por la gracia de Dios llegaron a una condición *espiritual*, todos ellos descubrieron la primacía absoluta de la gracia, pues de otra manera no hubieran llegado a la santidad. La plena santidad se da en la perfecta humildad y verdad.

Un San Ignacio, por ejemplo, cuando se convierte en Loyola leyendo *Vidas de santos*, se decía a sí mismo: «Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer» (*Autobiografía* 7). Por narices. Pero en cuanto va entrando en Dios y en la vida espiritual, muy pronto alcanza por don del Señor un supremo conocimiento de la gracia. Y en sus *Ejercicios* dispone: «pedir a Dios Nuestro Señor quiera *mover mi voluntad* y *poner en mi ánima* lo que yo debo hacer»... (17). «Aquí será *pedir gracia para elegir* lo que más a gloria de su divina majestad y salud de mi ánima sea» (152). Por ahí vamos mejor. Sus maravillosas *reglas de discernimiento* muestran claramente que en la vida espiritual la pretensión fundamental ha de ser *dejarle hacer a Dios, haciendo lo que Él quiera hacer en nosotros*, incondicionalmente.

La operatividad caracteriza al voluntarismo semipelagiano. Es cierto que a veces el semipelagianismo, al cifrar tanto la obra de la santificación en el esfuerzo de la voluntad libre del hombre, *lleva al voluntarista a abandonar la vida cristiana*. Sabiendo bien por experiencia aquello de San Pablo: «no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco. Es el pecado que mora en mí» (cf. Rm 7, 15-19), concluye: «si así es el camino de la perfección, yo no tengo nada que hacer. Mejor será abandonar el intento». Y confiándose sin más a la misericordia de Dios –en el mejor de los casos–, pasa del semipelagianismo al luteranismo protestante.

Pero el voluntarismo semipelagiano *lleva normalmente a los cristianos fieles y practicantes a una operatividad malsana*. Ya sabemos, sí, que «la fe, si no tiene obras, está muerta» (Sant 2,17). Y no olvidamos las exhortaciones de Santa Teresa: «que no, hermanas, no: obras quiere el Señor» (5 *Moradas* 3,11); «vosotras diciendo y haciendo, palabras y obras» (*Camino Perf.* 55,2). Pero en una vida espiritual católica –sinergia de gracia y libertad–, que da siempre la iniciativa a Dios y a su gracia, el florecimiento en la santidad va siempre *de la persona a las obras*, del interior al exterior, con paz y suavidad, aunque a veces con gran cruz. Bajo el impulso del Espíritu Santo, en gran medida imprevisible, la oración y el ejercicio de las virtudes, el cultivo de la persona, de sus modos de pensar, de querer y de sentir, la cruz de cada día, va haciéndole florecer en buenas obras, al ritmo que marca Dios, no al señalado por la propia persona o por su director espiritual o su grupo: «es Dios quien da el crecimiento» (1Cor 3,7). Hay cactus que, bien regados y cuidados, siguen espinudos y feos tiempo y tiempo, hasta que, de pronto, dan lugar a una flor maravillosa.

En el voluntarismo, por el contrario, se produce *una cierta subordinación de la persona a las obras concretas*. Se tira de la planta para que crezca más rápidamente, con el peligro de quedarse con ella en la mano. El crecimiento espiritual se pretende sobre todo por la prescripción –personal o ajena– de un conjunto de obras buenas, bien concretas, cuya realización se estimula y se controla con frecuencia.

Si las obras no se cumplen, vendrán *juicios temerarios* («soy un flojo; yo no valgo para esto»; «es un flojo; no vale, dejémoslo»; «puede, pero le faltó generosidad»). Y si se cumplen, vendrán juicios igualmente temerarios («soy un tipo formidable»; «es un tipo formidable»). Más aún. La operatividad voluntarista lleva a *la prisa*, que se hace crónica, y al *activismo*, al mismo tiempo que pone límites muy tasaditos a *los tiempos de oración* (personas tensas, comunidades siempre super-ocupadas). Lleva inevitablemente a *la obra mal hecha*, aunque la apariencia exterior de la misma sea buena. *Cuantifica* la vida espiritual (dos horas de oración santifican el doble que una; evidente). Da ocasión para *los escrúpulos* con gran frecuencia. *Fija objetivos* («este año tiene Ud. –o su comunidad– que conseguir al menos dos vocaciones para el Instituto, y una docena de vinculaciones de laicos»). *Controla* los resultados pretendidos, con mal desánimo o con peor satisfacción, según se hayan conseguido las metas. Lleva a un *normativismo* y a un legalismo detallista, y no advierte que leyes y normas señalan siempre obras mínimas, que no pocos voluntaristas tomarán como máximas, contentándose con su cumplimiento: todo lo que pase de ahí es para ellos *exageraciones*. Mediocridad congénita. «El viento [del Espíritu Santo] sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así es todo nacido del Espíritu» (Jn 3,8).

El voluntarismo es tremendamente insano, tanto espiritual como psicológicamente. No capta la vida cristiana como un don constante de Dios, «gracia sobre gracia» (Jn 1,16), sino como un incesante esfuerzo laborioso del hombre. Sus errores y los daños que produce en personas y en grupos son tantos que resultan *indescribibles*. Pero aquí estoy yo y, con la gracia de Dios, voy a describirlos. *Querer es poder*.

3. Semipelagianismo actual: síntomas

—Eso de *síntomas* suena a enfermedad.

—Y eso es precisamente el voluntarismo entre los cristianos fieles, una *enfermedad* espiritual, cuyos síntomas deben ser conocidos, para lograr la sanación con la luz de la verdad y la fuerza de la gracia divina.

Semipelagianismo. Ya vimos sus tesis principales (61). Gracia y libertad, la parte de Dios y la parte del hombre, concurren, como causas co-ordinadas, para realizar el bien. Es la acción del hombre, co-operando con la gracia divina, la que hace eficaz a ésta. Dios ama a todos por igual, y la mayor santidad se determina fundamentalmente por la mayor generosidad del esfuerzo humano. La iniciativa de la vida espiritual la lleva, de hecho, el hombre. Etc. De esta enfermedad espiritual, que en los buenos cristianos podríamos llamar simplemente voluntarismo, se siguen efectos pésimos, que son síntomas propios de una enfermedad grave.



(63)

Antropocentrismo mediocre, voluntad propia y cambios de ánimo. El voluntarismo más o menos semipelagiano es *congénitamente mediocre*, aunque a primera vista parezca a veces lo contrario. El voluntarista, no partiendo de la iniciativa de Dios, sino de sí mismo, de su leal saber y entender —y ateniéndose normalmente a sus inclinaciones personales—, es decir, *partiendo de su propia voluntad*, va proponiéndose ciertas obras buenas concretas, dando por supuesto que, ya que son buenas, Dios le dará necesariamente su gracia para hacerlas. El voluntarismo personal o institucional, partiendo de iniciativa humana, aunque incluya un hermoso conjunto de obras buenas, siempre lo establece proporcionado a las fuerzas del hombre: de ahí su mediocridad congénita. Y así el voluntarista va llevando adelante, como puede, su vida espiritual, a su manera y modo de ser: vanamente *desanimado* cuando no consige sus intentos y vanamente *satisfecho* de sí cuando los cumple.

Preocupaciones. Partiendo el cristiano en la vida espiritual de sí mismo, es inevitable que viva tenso y preocupado. No acaba de «hacerse como niño», para dejarse llevar pacíficamente de la mano de Dios, entrando así en el Reino de su paz y de su alegría. No termina de abandonarse confiadamente a la iniciativa, tantas veces sorprendente, del Espíritu Santo. No pone su mayor empeño en discernir la voluntad de Dios, en ocasiones tan contraria a nuestros intentos. Y nunca acaba de entender que la proa de su barco ha de ser siempre la oración de petición: «pedir luz para conocer Su voluntad y la fuerza necesaria para cumplirla» (Or. I dom. T.O.). *Centrado en sí mismo y en sus obras, no se centra en Dios y en su obra*. No hay modo así de vivir con la paz y la alegría propia de los hijos de Dios.

Pero ni siquiera se hace problema de conciencia acerca de sus preocupaciones. Le parece que en la vida del hombre, con tantas posibles vicisitudes favorables o adversas, son *normales*, es decir, son *inevitables*. En la práctica no cree que el abandono confiado en el amor providente de Dios pueda ahuyentar toda ansiedad e inquietud, guardando a la persona en una paz continua e inalterable. No intenta no preocuparse porque le parece imposible conseguirlo, ni siquiera con la ayuda de la gracia. Ignora este cristiano voluntarista que la palabra de Cristo «no os preocupéis» (cf. Mt 6,25-34), no es simplemente un consejo, es un *mandato*, y que Él, por supuesto, nos da su gracia para poder cumplirlo. Las preocupaciones consentidas son, pues, *malos pensamientos*, tan malos como los pensamientos obscenos consentidos. Son materia de confesión sacramental.

«Encomienda al Señor tus afanes, que Él te sustentará» (Sal 54,23). «Cuando se multiplican mis preocupaciones, Tus consuelos son mi delicia» (93,19). «Encomienda tu camino al Señor, confía en Él, y Él actuará. Descansa en el Señor y espera en él» (36,5.7). «En paz me acuesto y en seguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» (4,9; cf. 3,6).

Imposibles la paz y la alegría inalterables. El voluntarista ignora que *el hombre no está creado para querer en forma autónoma desde su propia voluntad*, ni siquiera para querer cosas buenas. Está creado para querer lo que la Voluntad divina quiera en su providencia. Debe querer, como decía Santa Maravillas, «lo que Dios quiera, como Dios quiera y cuando Dios quiera». Cualquier volición humana, desvinculada o contraria a la voluntad divina, crea en el hombre necesariamente preocupaciones, ansiedades, temores, vanas tristezas, vanas alegrías... «Porca

miseria». *El hombre tiene que querer todo, solo y aquello que Dios quiere: ni más, ni menos, ni otra cosa, por buena que ésta sea.* «Su alimento» tiene que ser hacer siempre, con la ayuda de la gracia, la Voluntad divina, y no la propia, por «santa» que ella sea –que no puede serlo, si es propia–. ¿Tan difícil es entenderlo?...

Evitación sistemática del martirio. El voluntarismo, en cualquiera de sus formas –pelagiana o semipelagiana– excluye por principio el martirio, es decir, la Cruz de Cristo. La ruina del cristianismo en Occidente en los últimos siglos viene principalmente de este error.

–*Los católicos*, como discípulos humildes de Jesús, saben que *todo el bien es causado por la gracia de Dios*, y que el hombre colabora en la producción de ese bien dejándose mover libremente por la moción de la gracia, es decir, *se mueve movido* por la gracia divina. Dios y el hombre se unen así en la producción de la obra buena como *causas subordinadas*, en la que la principal es Dios y la instrumental y secundaria el hombre. Los cristianos fieles a la voluntad de Dios se mueven movidos por ella, incondicionalmente, sin cálculos humanos de eficacias previsibles.

Por eso, al combatir el mal y al promover el bien bajo la acción de la gracia, no temen verse marginados, encarcelados o



muertos. Llegada la persecución –que en uno u otro modo es continua en el mundo–, ni se les pasa por la mente pensar que aquella fidelidad martirial, que pueda traerles desprecios, marginaciones, empobrecimientos, desprestigios y disminuciones sociales o incluso la pérdida de sus vidas, va a frenar la causa del Reino en este mundo. Están ciertos de que la docilidad incondicional a la gracia de Dios es lo más fecundo para la evangelización del

mundo, aunque eventualmente pueda traer consigo proscripciones sociales, penalidades y muerte. Están, pues, prontos para el martirio.

–*El voluntarismo antropocéntrico*, por el contrario, ha producido en los últimos siglos un falso cristianismo, que ignora la primacía de la gracia, la primacía absoluta de la voluntad salvífica de Dios –tan desconcertante a veces: la Cruz–. Piensan entonces muchos cristianos que la obra buena, en definitiva, procede solo de la fuerza del hombre (*pelagianismo*), o a lo más que procede en parte de Dios y en parte del hombre (*semipelagianismo*).

Y lógicamente, en esta perspectiva voluntarista, los cristianos, tratando de proteger *la parte suya humana*, no quieren perder la propia vida o ver disminuida su fuerza y prestigio; más aún, estiman imposible que Dios quiera hacer unos bienes que puedan exigir en los fieles marginación, persecución o muerte. Dios «no puede querer» en ninguna circunstancia que el hombre se arranque el

ojo, la mano o el pie (Mc 9,43-48), pues esta disminución de la parte humana debilitaría necesariamente la obra de Dios en el mundo.

En consecuencia, *rehuyen el martirio como sea, en conciencia*, en cualquiera de sus formas. Tratan por todos los medios de estar bien situados y considerados en el mundo; procuran, haciéndose cómplices al menos pasivos de tantas abominaciones mundanas, estar a bien con los poderosos del mundo presente. Así, de este modo, podrán servir mejor al Reino de Dios en la vida presente. «Salvando su vida» en este mundo, esperan conseguir que su parte humana colabore mejor y más eficazmente con la parte de Dios en la salvación del mundo.

Igualmente la Iglesia y cada cristiano *deben evitar cualquier enfrentamiento con el mundo*, eludiendo toda actitud que pueda desprestigiar el Evangelio ante los mundanos, o dar ocasión a persecuciones, pues una Iglesia debilitada y mártir, debilitada su fuerza humana, no podrá colaborar eficazmente con Dios, no podrá servir en el siglo presente la causa del Reino. Todo aquello que es una pérdida de influjo social, de posibilidad de acción, de imagen atrayente, es una miseria, no tiene gracia alguna. El martirio es malo incluso para la salud... Así piensan bajo el influjo del Padre de la Mentira.

La Iglesia voluntarista, puesta en el mundo en el trance del Bautista, se dice a sí misma: «no le diré la verdad al rey, pues si lo hago, me cortará la cabeza, y no podré seguir evangelizando. Yo debo proteger ante todo el ministerio profético que Dios me ha confiado». ¡Cuántos Obispos, párrocos, teólogos, padres de familia, profesores, misioneros, laicos comprometidos y feligreses de toda índole piensan y actúan así! Por el contrario, sabiendo que la salvación del mundo la obra Dios, la Iglesia, la Iglesia verdadera de Cristo, dice y hace la verdad, sin miedo a verse pobre y marginada. Y entonces es cuando, sufriendo persecución, evangeliza al mundo: «no te es lícito tener la mujer de tu hermano».

Horror a la Cruz, buscando eficacias. Los cristianos afectados de pelagianismo o semipelagianismo, por el camino suyo, tan razonable, van llegando poco a poco, casi insensiblemente, a silencios y complicidades con el mundo cada vez mayores. Lo vemos en una de sus formas más escandalosas en muchos «políticos católicos», absolutamente estériles para la causa de Cristo. Quieren guardar la cabeza sobre sus hombros, y conservar su escaño... Cesa entonces la evangelización de los pueblos, de las instituciones y de la cultura. ¡Y así actúan quienes decían estar empeñados en *impregnar de Evangelio todas las realidades temporales*!

No será raro así que al *abuelo*, piadoso semipelagiano conservador, tenga un *hijo* pelagiano progresista; y es incluso probable que el *nieto* baje otro peldaño, y llegue a la apostasía. De todo lo cual hablo más ampliamente en dos libros, *De Cristo o del mundo* y *El martirio de Cristo y de los cristianos*.

Cuando el bien y el mal son dictados por la mayoría –trátase de una mayoría real o ficticia, inducida por los poderes mediáticos y políticos–, *el martirio aparece como una opción morbosa, excéntrica, opuesta al bien común*, insolidaria con la sociedad general. Los cristianos semipelagianos no quieren de ningún modo que se debilite la parte humana con la que pretenden colaborar con el Salvador: se callan, se disfrazan y pasan por lo que sea «para no ser perseguidos por la cruz de Cristo» (Gál 6,12). Reconozcamos que este grave error es con frecuencia en buenos cristianos inculpable, porque sufren una «ignorancia invencible», invencible de hecho en ellos, porque



(64)

nadie les ha dicho la verdad evangélica. Pero otras veces es culpable, cuando se avergüenzan del Evangelio y del Magisterio apostólico: silencios clamorosos, anticoncepción habitual, complicidades con el poder político perverso, conflicto de valores, moral de actitudes, opción por el mal menor, situacionismo, consecuencialismo, etc.

Según esta visión el obispo, el rector de una escuela o de una universidad católica, el político cristiano, el párroco en su comunidad, el teólogo moralista en sus escritos, *es un cristiano impresentable*, que no está a la altura de su misión, si por lo que dice o lo que hace *ocasiona grandes persecuciones del mundo*. Con sus palabras y obras, es evidente, desprestigia a la Iglesia, le ocasiona odios y desprecios del mundo, dificulta, por tanto, las conversiones, y es causa de divisiones entre los cristianos. Debe, pues, ser silenciado, marginado o retirado por la misma Iglesia. *Aunque lo que diga y haga sea la verdad y el bien*, aunque sea el más puro Evangelio, aunque guarde perfecta fidelidad a la tradición católica, aunque diga o haga lo que dijeron e hicieron todos los santos. *Fuera con él: no queremos mártires*. En la vida de la Iglesia los mártires son un lastre, una vergüenza, un desprestigio. No deben ser tolerados, sino eficazmente reprimidos por la misma Iglesia.

Qué tristeza. Si el martirio implica un fracaso total –la cruz del Calvario–, si consiste en sufrir un rechazo absoluto del mundo, está claro que el martirio es algo sumamente *malo*, algo que debe *evitarse* como sea. Por el mismo bien de la Iglesia. Algunos cristianos insensatos quizá piensan que la Iglesia evitadora del martirio, la que «guarda su vida» en este mundo, será una Iglesia próspera, atractiva y alegre en la vida presente. Pero eso es como suponer que la esposa infiel, que se entrega al adulterio, será una mujer alegre. No, es todo lo contrario; es una mujer muy triste. Lo que alegra el corazón humano es lo que viene de Dios: el amor, la fidelidad, la abnegación, la entrega en el amor. Por el contrario, la infidelidad es traición al amor, y solo puede traer tristeza. *Los mártires son alegres y los apóstatas son tristes*. «En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, llevará mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; pero el que aborrece su alma en este mundo la guardará para la vida eterna» (Jn 12,24,25). Es así. Es palabra de Cristo.

4. Semipelagianismo actual: más síntomas

–Vengan más síntomas. ¡Yo los tengo todos!

–Y Cristo le va a sanar de todos con la gracia de su verdad. Va a quedar usted como nuevo.

El voluntarismo semipelagiano, como todas las enfermedades, tiene muchos síntomas. Y conviene que quienes lo padecen sean sanados por Cristo, que les da su gracia para conocerlos y vencerlos.

La vocación. Comienzo por aquí, porque en la vocación está el principio de todo. Dios, en el orden natural, *llama al ser* a cada criatura, y la mantiene en la existencia. Dios, en el orden sobrenatural, *llama a la gracia* al hombre caído: «le llama de las tinieblas a su luz admirable» (1Pe 2,9). Dios es «el que llama» (Gál 5,8: *kalon*) y los cristianos somos «los llamados» (Rm 8,30: *keklemenoi*).

La llamada de Dios es absolutamente gratuita. Y por parte Suya, «los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom 11,29: *karismata kai e klesis*). Todo en la vocación es amor gratuito de Dios, que sólo en Él tiene su causa. Él *elige* desde la eternidad, *llama* con una vocación dada en el tiempo –la llamada al pueblo de Israel, a ser cristiano, al apostolado, al matrimonio, al camino concreto personal–, *consagra* a los llamados –bautismo, orden, matrimonio, profesión religiosa–, y *envía* en la misión propia de cada vocación. Dios elige-llama-consagra-envía.

Todo en la vocación es don gratuito del amor de Cristo: «es la voz del Amado que me llama» (Cant 5,2). Gran verdad absolutamente cierta es que «*todos los hombres* son llamados a la unión con Cristo» (Vat. II, LG 3). Pero es igualmente cierto que *los cristianos*, los apóstoles, somos objeto de una especial llamada del amor de Dios para formar la Iglesia, «sacramento universal de salvación» (LG 48; AG 1). La Escritura lo afirma muchas veces: somos «elegidos de Dios, santos y amados» (Col 3,12). Y esta elección-llamada parte exclusivamente de la elección eterna de Dios. Nunca viene determinada por los bienes que Él mismo haya puesto en hombres o pueblos. Cuántas veces el Señor elige-llama a lo más pequeño, Israel, «el más pequeño de todos los pueblos» (Deut 7,6-7); a mujeres estériles; a gente que apenas cuenta ante el mundo: «mirad, hermanos, vuestra vocación, pues no hay entre vosotros» muchos nobles, poderosos, cultos, sino más bien gente humilde, «para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1Cor 1,26-29). Pues bien,

–*el voluntarismo semipelagiano*, conforme a su teología de la gracia, plantea la elección vocacional como si Dios ofreciera igualitariamente a los cristianos los diversos caminos de vida, unos de suyo más idóneos para la

santificación personal y otros no tanto —aunque todos santos y santificantes—; y como si después fuera ya el cristiano, según el grado de su generosidad, quien decidiera seguir lo más perfecto o lo menos perfecto, aunque también bueno. Esta visión es una distorsión terrible de la verdad de las vocaciones, es causa de errores vocacionales, de escrúpulos y de grandes sufrimientos. Y hay que reconocer que es un error típicamente semipelagiano: Dios ofrece la misma gracia a todos, y es *la parte humana* la que, haciendo eficaz la gracia, *la parte divina*, decide lo más o menos perfecto. En definitiva, no es Dios quien elige y llama gratuitamente, sino que es el cristiano el que, por lo visto, «se llama» a sí mismo según el grado de su mayor o menor generosidad. Con inevitable preocupación se pregunta: «¿Qué elijo?»

Cuando yo acabé el bachillerato, mi madre, con esa excusa, me mandó a hacer Ejercicios espirituales. Y todavía recuerdo cómo al final de ellos el padre predicador nos invitó a elegir la vocación. En una hoja, trazando una raya vertical en medio, habíamos de ir poniendo a un lado y otro los pros y contras que alcanzábamos a ver en orden a nuestra santificación. Se hacía finalmente la suma, y el total resultante, paf, determinaba nuestra vocación concreta dentro de la Iglesia. Ya entonces a mí aquello me pareció un espanto. Y ahora todavía me horroriza más.

Otro caso ilustrativo. Siendo yo joven, asistí a la profesión religiosa de una amiga mía. Y recuerdo también la prédica del cura que presidió la Misa. ¡Qué canto a la generosidad de esta muchacha, a quien el mundo y la vida le sonrían (aquí amplia enumeración de sus cualidades), y que, sin embargo, dejándolo todo, va a seguir a Cristo por un camino austero y penitente!... etc. etc. etc. Ya entonces a mí todo aquello me sonaba muy mal. No sabía yo entonces que, simplemente, era semipelagiano. Imagínense ustedes un sacerdote que en una boda canta la generosidad de esta joven, que teniendo tantos pretendientes excelentes, etc., ha venido a casarse con éste (con este pobre diablo). Es de suponer que, al término de la ceremonia, los familiares del novio entrarían a la sacristía para leerle la cartilla al ministro del Señor. «¿Pero usted qué se ha creído?»...

—la fe católica nos enseña, por el contrario, que Dios llama a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Y que la vocación, la que sea, es un don precioso que el hombre, con inmenso agradecimiento, debe recibir libre y meritoriamente, con el auxilio de la gracia divina, por supuesto. «¿Quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes tú que no hayas recibido?... Gracias a Dios soy lo que soy, y la gracia que me concedió no ha sido en vano, sino que he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1Cor 4,7; 15,10). San Pablo, recién converso, se plantea su vocación como se debe: «Señor ¿qué quieres que haga?» (Hch 22,10).

Es cuestión de generosidad. La vocación —y toda obra cristiana— es un don de Dios, que el hombre recibe. Si hablamos el castellano usual, es generoso el donante, no el que recibe. Si un hombre dona una gran herencia a una familia numerosa que está en la ruina, el generoso es el donante, no la familia que recibe tan precioso donativo. Y esto es lo que sucede en toda vocación y acción cristiana. *El generoso es Dios*, que estando nosotros muertos por nuestros delitos y pecados, esclavizados por el mundo y por la carne, cautivos del demonio, «nos dió vida por Cristo: de gracia habéis sido salvados» (Ef 2,1-10: leerlo entero). El generoso es Dios. Si, por ejemplo, a uno le falta sabiduría, «que la pida a Dios y la recibirá, porque Él la da a todos generosamente, y sin reproches» (Sant 1,5).

Miremos el caso de la vocación de un apóstol. Cristo elige por pura gracia a Mateo. No lo mira con desprecio, en su mise-

rable condición de publicano, idólatra de la riqueza, excomulgado de su pueblo, sino que lo llama a dejar su oficina de recaudación, y lo consagra como Apóstol suyo, para enviarlo a predicar y a escribir el Evangelio. Gracia, pura gracia gratuita ha sido la elección, la vocación, la consagración y la misión. Y gracia de Cristo ha sido también la que ha movido el corazón de Mateo para poder seguirle, aceptando su llamada y dejándolo todo. ¿Dónde está aquí la generosidad de Mateo? ¡Cantemos la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que por pura gracia ha hecho de este pobre diablo un Apóstol santo! «Sígueme. Y él, levantándose, le siguió» (Mt 9,9-13). Todo ha sido gracia. Y por eso lo primero que se le ocurre a Mateo —que era católico y no semipelagiano— es celebrarlo en un gran banquete, en el que no sería raro que alguno se hubiera pasado un poco en la bebida. Está feliz, loco de gratitud y alegría. Y piensa que si alguno elogia su generosidad personal es que no está en su sano juicio.

Católicos excelentes hay que emplean con frecuencia la palabra generosidad al hablar de la vocación y, lógicamente, de cualquier otro asunto de la vida espiritual. Muchos de ellos tienen una captación del misterio de la gracia perfectamente católica; pero no escapan a una contaminación del lenguaje de origen voluntarista.

«Es cuestión de generosidad». «Pone usted en peligro su misma salvación por falta de perseverancia». «Ingresó en el noviciado, pero no perseveró: le faltó generosidad». «Dios no se deja ganar en generosidad por el hombre». O sea: usted propóngase el bien que sea, cuanto más alto mejor, y esté seguro de que la gracia de Dios, siendo la obra tan buena, vendrá ciertamente en su auxilio para que pueda vivirla. Etc. ¿Pero qué están diciendo?... Todo eso es semipelagianismo puro y duro. ¿Cuándo estos católicos se van a enterar de que, aunque solo sea en el lenguaje, son semipelagianos?

Dios te pide. Toda la vida cristiana, toda, está movida por la gracia de Dios, toda es gracia, toda es don de Dios. Es Él quien «obra en nosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Flp 2,13); de tal modo que «cuantas ve-



ces obramos bien, Dios, para que obremos, *obra en nosotros y con nosotros*» (Orange II, c.9). Ahora bien, cuando alguien *da* algo a otro, a esa acción le llamamos *donativo*, y no petición. Y cuando alguien *pide* algo a alguien, su acción es una *petición*. ¿Es así o no es así?... Pues bien, si Dios da a los hombres su gracia, siempre gratuita, moviéndoles a querer y a obrar el bien, ¿por qué a esa acción no se le da el nombre de *donación*, que le corresponde, y se dice en cambio que Dios *pide* al cristiano esto y lo otro? ¿A qué viene hablar de que Dios pide a éste que dé más limosna, al otro que se case, a otro más que ingrese en un monasterio, etc.? «Siempre Dios pidiendo», en vez de «siempre Dios dando», como es la verdad. ¿Qué sentido tiene, en la fe católica ese modo de expresar la vida espiritual? «*Recibir*, más me parece a mí eso, que no *dar* nosotros nada» (Sta. Teresa, *Vida* 11,13). ¿Tan difícil es esto de entender; o mejor, de creer?

Supongamos que un director espiritual dice al cristiano que se le confía, atendiendo a las mociones de gracia que parece recibir: «según lo que me cuentas, yo creo que *Dios te pide* que doubles el tiempo de la oración». El consejo podrá ser prudente y beneficioso. Pero ¿por qué lo expresa en forma de petición? ¿No es más conforme a la verdad decir: «parece que *Dios quiere darte* la gracia de aumentar al doble tu oración»? En el fondo, dicho de un modo o de otro, está dando el mismo consejo, es cierto. Pero la formulación primera encaja perfectamente con el semipelagianismo, puede dar ocasión a la soberbia («he cumplido: le he *dado* a Dios lo que me *pedía*»), al escrúpulo también, y a otros malos efectos. En cambio, la segunda formulación habla como siempre lo hace la sagrada Escritura y la mejor Tradición católica, y solo puede producir efectos buenos.

Ese «Dios te pide» esto y lo otro expresa mal la doctrina católica sobre la acción de la gracia. Pero tiene en cambio pleno sentido si se parte de una teología semipelagiana de la gracia. Según ella, Dios ofrece *su parte* (la gracia), y «*pide*» al hombre que ponga *su parte* (la voluntad libre), de tal modo que, con la generosa colaboración de la persona, venga así la gracia a ser eficaz en la buena obra pretendida (noviciado, matrimonio, más oración, etc.). Ésta es la verdad. Y *no se ofendan* si la digo, pues solo pretendo que sean «santificados en la verdad» (Jn 17,17). Pero, por otro lado también, *no se me asusten*...

Puede darse una ortodoxia perfecta en la vida de la gracia, que en algunos temas, sin embargo, esté expresada verbalmente en modos deficientes. Trento dice que la concupiscencia no es pecado, pero que «*procede* del pecado y al pecado *inclina*» (Denz 1515). Pues bien, aquí habría que decir que ese modo de hablar voluntarista puede darse, y se da con relativa frecuencia, en un marco doctrinal católico y santo. Pero conviene reconocer honradamente que es un modo verbal que *procede* del error voluntarista y que a él *inclina*. Reconozcamos con humildad que siempre llevará en sí al menos *el peligro* de ocasionar en las personas ramalazos voluntaristas negativos, malos entendimientos de la acción de Dios en el hombre. Insisto: muchas veces el marco doctrinal es en la persona o en la comunidad tan claramente católico, que neutraliza en buena medida los efectos negativos de un modo de hablar ciertamente deficiente. En buena medida... No siempre del todo.

Hablen en católico de la gracia divina. Hablen como hablan la Escritura y la Liturgia, los Concilios y los grandes Doctores de la Iglesia. Hablen como lo han hecho todos los santos.

Bueno... la verdad es que *no todos los santos* usaron siempre y en todo un lenguaje claramente católico de la gracia. *Antes* de que se formulase en la Iglesia dogmáticamente la doctrina de la gracia, hubo santos, como Fausto de Riez o Vicente de Lérins, ya lo vimos, que hablaron así (61). Más penoso es que, *después* de reprobado por la Iglesia el error semipelagiano, haya todavía algunos santos, a partir sobre todo del siglo XVII, que en ocasiones usan un lenguaje más o menos marcado por el ramalazo semipelagiano voluntarista. Ciertamente, aquéllos y estos santos, captan perfectamente en su mente y en su corazón la verdad de la gracia: si no, no hubieran sido santos. Y además el lenguaje espiritual que emplean, *en su conjunto*, es clarísimamente católico. Pero... pero algunas veces ese lenguaje espiritual se ve marcado por estas deficiencias voluntaristas de su tiempo. Lo comprobaremos en algunos santos, con el favor de Dios.



(65)

5. Semipelagianismo actual: y aún más síntomas

—¿Más síntomas todavía?

—En una casa edificada sobre un fundamento torcido, todo está mal: puertas y ventanas no se abren y cierran bien, el suelo es cuesta arriba o cuesta abajo, y las personas se tambalean al andar, etc. Un horror. Es lo que sucede en la casa espiritual semipelagiana. *Todo* en ella está más o menos torcido y malentendido. Por eso sería una tarea de nunca acabar ir señalando las innumerables consecuencias negativas que causa en la vida cristiana. Así que voy a terminar ya el tema con este artículo, aunque resulte un poquito largo.

Dios no te puede pedir. Allí donde se generalice un tanto en la cultura cristiana el *Dios te pide*, no tendrá nada de raro que, con un poco más, se dé el paso al *Dios no te puede pedir*. Cualquier contradicción en el pensamiento cristiano puede esperarse en cuanto se aleja de la verdad católica. Las dos actitudes, que son ciertamente contradictorias, coinciden en que centran la vida cristiana en la voluntad, la parte humana. Por el contrario, los católicos reconocemos la iniciativa absoluta de la gracia de Dios, a la que el hombre debe una docilidad incondicional, que no resiste ni pone nunca límites a *lo que Dios quiera darle* en su infinita misericordia.

Un buen número de moralistas católicos *saben* perfectamente aquello que Dios *no puede pedir* a los cristianos. Y elaboran planteamientos —conflicto de deberes, opción fundamental, mal menor, etc.— que permitan evitar en buena conciencia el martirio y la fidelidad a ciertas normas morales, como las que prohíben la anticoncepción, al menos en ciertos casos. «Llevan ustedes casados diez años y tienen ya cinco niños. Dios *no les puede pedir* que eviten los anticonceptivos».

Otros maestros espirituales —éstos, a lo mejor, muy estrictos— *saben* también perfectamente aquello que Dios *no puede pedir* a los fieles laicos, alegando la *secularidad* que Él quiere en sus vidas.

«Usted es una señora seglar, madre de familia, con muchas responsabilidades y trabajos. Por tanto, Dios *no le puede pedir* que haga una hora diaria de oración y menos aún que practique mortificaciones corporales». Prohibido. El director voluntarista, y más después del Vaticano II, *sabe* perfectamente lo que es un laico, y lo que Dios puede o no puede pedirle sin desmedro de su *secularidad*. Desde luego, con una espiritualidad semejante no tendríamos la maravilla de una *Concepción Cabrera de Armida* (1862-1937), madre mejicana de ocho hijos, fundadora de las Religiosas de la Cruz, de los Misioneros del Espíritu Santo y de otras asociaciones para laicos. Ella tuvo la dirección espiritual de Mons. Luis M^a Martínez, Arzobispo Primado de Méjico, gran maestro de espiritualidad *católica* (1881-1956). De ella cuenta su biógrafo, el P. Treviño, M. Sp. S.: «todas las noches dedicaba cerca de dos horas a la oración, interrumpiendo el sueño. Gustaba de unir a esta oración alguna penitencia, como hacerla postrada en el suelo, con una corona de espinas en la cabeza» (*Concepción Cabrera de Armida*, La Cruz, San Luis Potosí 1987, 7^a ed., 108). Semejantes «exce-



sos» solamente pueden ocurrir cuando la libertad del cristiano se abandona incondicionalmente a la acción del Espíritu Santo, que «sopla donde quiere» (Jn 3,8).

Lo que más cuesta es lo más santificante, lo más meritorio. Eso es falso. A esa convicción conduce aquella espiritualidad voluntarista que, al menos en la práctica, centra más la santificación en el esfuerzo del hombre (parte humana), que en la eficacia intrínseca de la gracia (parte divina). Y siguiendo ese camino, el cristianismo se va entendiendo mucho más como una ascesis costosa, que como un gozo, un don, una salvación inefable, que se recibe del amor de Cristo, «gracia sobre gracia» (Jn 1,16). No pocos bautizados entonces van cayendo en el *alejamiento* de la vida cristiana, para abandonarla finalmente por completo, cayendo en la *apostasía*. Ya sabemos, sí, que no es posible seguir a Jesucristo sin tomar la cruz de cada día. Esto el Maestro «lo decía a todos» (Lc 9,23). Pero sus discípulos sabemos que ese yugo es ligero, que pesa poco, y que en él hallamos nuestro descanso (Mt 11,29-30).

La obra más santificante y meritoria es la realizada con mayor caridad. Lo explico un poco.



—*Es la caridad la que santifica y da mérito a nuestras obras*: «sólo la caridad edifica» (1Cor 8,1). Sin ella, por mucho que yo haga, «no teniendo caridad, de nada me aprovecha», aunque dé mi fortuna a los pobres, aunque me mate a mortificaciones (1Cor 13,3). Por eso enseña Santo Tomás que «el mérito de la vida eterna pertenece en primer lugar a la caridad, y a las otras virtudes [laboriosidad, paciencia, castidad, etc.] secundariamente, en cuanto que sus actos son imperados por la caridad» (STh I-II,114,4).

—*Las obras hechas con más amor son las más libres y meritorias*. Sigue diciendo Santo Tomás: «es manifiesto que lo que hacemos por amor lo hacemos con la máxima voluntariedad; por donde se ve que, también por parte de la voluntariedad que se exige para el mérito, éste pertenece principalmente a la caridad» (ib.). Y la caridad sobrenatural, evidentemente, sólo puede ejercitarse bajo la moción del Espíritu Santo. Es docilidad a la gracia.

—*El mérito de la obras no está en función de su penalidad, sino del grado de caridad con que se realizan. Y cuanto mayor es el amor, menos cuestan*. El principio de que «lo que más cuesta es lo que más mérito tiene» procede de inspiración semipelagiana, y no es verdadero, pues precisamente las obras hechas con más amor son las que menos cuestan y las que más mérito tienen. Santo Tomás: «importa más para el mérito y la virtud lo bueno que lo difícil. No siempre lo más difícil es lo más meritorio» (STh II-II,27,8 ad 3m).

A un cristiano rico, pero apegado a sus riquezas, le cuesta mucho hacer un donativo a unos familiares muy necesitados, porque tiene muy poca caridad. Un cristiano muy caritativo, en cambio, realiza la misma obra con verdadero gozo —si no da más es porque no puede—, y su obra es mucho más meritoria. Aquella pobre viuda del Evangelio, que para el honor del Dios y de su templo, «ha dado de su miseria cuanto tenía, todo su sustento» (Mc 12,41-44), lo ha hecho con inmenso amor y facilidad, bajo la acción de la gracia. «Dios ama al que da con alegría» (2Cor 9,7), porque Dios ama a quien da con amor, con caridad, bajo la moción de su Amor divino.

—*Sólo la caridad más crecida es capaz de realizar las obras más costosas, más penosas para el hombre carnal*. Bajo la moción de la gracia, el cristiano de gran caridad es capaz de obras que para otros son imposibles: dedicar la vida a cuidar leprosos, donar a un familiar la mitad de la propia hacienda para sacarle de la ruina, etc. Pero quede claro al mismo tiempo que todo lo que se hace en caridad, por duro que sea, se realiza bajo la moción del Espíritu Santo, que da la posibilidad, más aún, la inclinación, para obrarlo. Y en este sentido se hace con alegría, aunque sea en ocasiones con gran cruz. Por eso *la vida de los santos es la más crucificada, la menos costosa y la más alegre*.

San Pablo expresa con frecuencia este misterio: «así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así por Cristo abunda nuestra consolación» (2Cor 1,5). «Estoy lleno de consuelo, rebosando de gozo en todas nuestras penalidades» (7,4). Sobreabunda en gozo, en medio de mil tribulaciones y trabajos, porque sobreabunda en la caridad a Cristo y a los hombres. En tres artículos sobre *La alegría cristiana* trato más ampliamente de este tema.

—*Por otra parte, la virtud más crecida es la que se ejercita con más facilidad y más mérito*. Cuando la virtud de la castidad, por ejemplo, está muy débil, cuesta mucho guardar la pureza en pensamientos y deseos, palabras y obras; es una guerra muy dura. Por el contrario, cuando

la virtud (*virtus*: fuerza) de la castidad está muy perfecta, se ejercita con toda facilidad en los buenos actos que le son propios, incluso normalmente —normalmente— con gozo. Y ésa es sin duda la castidad más meritoria y grata a Dios. En el crecimiento de esta virtud, como en el de todas, suelen darse tres fases: *cuando la virtud es* 1) *incipiente*, hay mucha guerra; cuando está 2) *adelantada*, se viva con paz su objeto propio; y cuando está 3) *perfecta*, se ejercita con gozo. Lo que realmente resultaría costoso y repugnante sería obrar en contra de esa virtud.

Identificar grado de virtud y posibilidad de su ejercicio suele ser también un síntoma semipelagiano, pues el voluntarismo siempre es cuantitativo y operacionista. Acabo de decir que, en principio, van juntas la perfección de la virtud y la facilidad para ejercitarla. Pero sin embargo, como Santo Tomás enseña, no siempre puede identificarse grado de una virtud y grado de facilidad para su ejercicio. «Ocurre a veces que uno que tiene un hábito [virtud] encuentra dificultad en obrar y, por consiguiente, no siente complacencia en ejercitarlo [como sería lo natural], a causa de algún impedimento de origen extrínseco; como el que posee un hábito de ciencia y padece dificultad en entender, por la somnolencia o alguna enfermedad» (STh I-II,65,3).

Identificar sin más virtud y obras es un grave error, que causa grandes perturbaciones en la vida espiritual, que origina muchos discernimientos erróneos, muchas exhortaciones vanas, muchas correcciones inoportunas, muchos esfuerzos inútiles y no pocos sufrimientos. El cristiano, aun revestido de la gracia de Cristo, sufre grandes limitaciones y precariedades. Bien sabemos, con Santo Tomás, que «la gracia no anula la naturaleza, sino que la perfecciona» (STh I, 1,8 ad 2m). Pero *no necesariamente la gracia sana la naturaleza siempre y en todo*, sino que, según el beneplácito de Dios providente, puede dejar que peduren en la naturaleza graves deficiencias, que no son pecado, para que la persona crezca en humildad y participe más de la pasión de Cristo. Trato algo más ampliamente de este tema en el artículo *Santos no ejemplares*.

Cuántas veces, por ejemplo, *un cristiano muy fuerte en la virtud de la esperanza* puede sufrir, sin embargo, depresiones profundas y duraderas, provenientes de huellas genéticas o familiares, por condicionamientos educativos erróneos, por causas somáticas o por noches espirituales. Un director espiritual voluntarista hará de esa terrible dolencia un diagnóstico claro: «falla en usted la virtud de la esperanza», con lo cual acabará de hundirlo en la angustia y el escrúpulo. Este mismo director, si se acercara a Cristo en Getsemaní, no dudaría en decirle: «menos angustias y más confianza en Dios, que un santo triste es un triste santo. Alegre esa cara, que da pena verla».

Cuántas veces, por ejemplo, *un hombre con verdadero espíritu de oración*, que por lo que sea está pasando un tiempo, a veces muy largo, sin capacidad alguna para ejercitarlo en actos concretos —me refiero sobre todo a ratos largos de oración—, quizá intente, como dice Santa Teresa, «atormentar el alma a lo que no puede» (Vida 11,16). Y quizá se vea atormentado también, *además*, por un director voluntarista: «no se engañe; usted no hace oración porque no quiere, porque rehuye la cruz que a veces hay en ella». Los colegios de psiquiatras, para ganar clientes, deberían promover campañas pelagianas y semipelagianas en parroquias, catequesis y grupos cristianos, sea de religiosos, sea de laicos. Harían una inversión ciertamente rentable.

La santa Doctora Teresa entiende estos problemas muy de otro modo, porque los entiende al modo *católico*: «aunque a nosotros nos parecen faltas, no lo son; ya sabe Su Majestad

nuestra miseria y bajo natural, mejor que nosotros mismos, y sabe que ya estas almas desean siempre pensar en El y amarle. Esta determinación es la que quiere; ese otro afligimiento que nos damos, no sirve de más que para inquietar el alma; y si había de estar inhábil para aprovechar una hora, lo está cuatro» (*ib.*). Ya dice San Juan de la Cruz que «hay muchas almas que piensan no tienen oración y tienen muy mucha, y otras que tienen mucha y es poco más que nada» (prólogo *Subida* 6).

El menosprecio de los débiles es uno de los aspectos más lamentables y dañinos del voluntarismo semi-pelagiano. El voluntarismo menosprecia a las personas de poca salud física y psicológica, de escasa inteligencia y cultura, de caracteres mal cristalizados, de inestabilidad emocional no superada. Y admira simétricamente a los hombres sanos, fuertes, estables, de firme carácter. Los juicios temerarios abundan inevitablemente en un ambiente espiritual semejante: «es un tipo formidable», «es mejor que lo dejes: con éste no hay nada que hacer», «aquél parece muy aprovechable» (esa frase la he oído yo: una *persona* «muy aprovechable»). El voluntarismo se avergüenza del Evangelio, que tantas veces muestra la preferencia de Cristo hacia los pequeños, hacia los que no cuentan nada para el mundo (Lc 10,21; 1Cor 2,26-31). Los deja a un lado. No le valen. Así, al mismo tiempo, deja a un lado a Jesús, que fue «ungido y enviado para evangelizar a los pobres» (*cf.* Lc 4,18).

Quedarían por describir muchos otros síntomas del voluntarismo, pero están más o menos incluidos en los ya señalados:

—*Los esfuerzos activos* son los que valen, los pasivos no, o no tanto. Una pobreza elegida santifica; padecida por ruina, no tanto. —*Todo lo que es gratuito, sin esfuerzo*, no vale, porque nada cuesta. Fuera, pues, el agua bendita, las novenas, los crucifijos en las habitaciones, las imágenes piadosas, y ya puestos, ¡la Misa dominical!... —*Centrarse en la voluntad* lleva necesariamente a una vida espiritual de ánimo cambiante, ánimo/desánimo. —*La pobreza evangélica*, todo eso de solo una túnica, no oro ni plata, tanto en la vida personal como en las actividades apostólicas, tiene valores románticos indudables; pero en la práctica es claro que hay que evitar la pobreza lo más posible. —*Es mejor la riqueza de medios*, hay que ser realistas: cuanto más fuerte esté la parte humana, tanto más crece el Reino en las personas y en el mundo. Por tanto, revista informativa carísima de un instituto o grupo cristiano, con estadísticas apabullantes. Liturgia con globitos, pantallas gigantes, danzas y cantautores. Evento juvenil cristiano, al modo de macro-maxi-hiper-super-show profano. Títulos académicos siempre que sea buenamente posible, y si no, también. Etc. Cuanto más y mejor, mejor. —*Métodos* de oración y de apostolado de segura eficacia (más o menos como los «crecepelos»), ejercitaciones de auto-ayuda, técnicas que perfeccionan tanto al hombre y al mundo que no les cuento. —*Adulaciones y elogios* pestilentes de «la parte humana»: los jóvenes (la esperanza de la Iglesia), las mujeres (el mundo se salvará en clave de feminización), los obreros, los teólogos renovadores, la nueva pastoral, la familia (¡la familia salvará al mundo!), etc.

Todo ese mundo voluntarista es una miseria y un enorme error multiforme, que cierra en buena medida a la gracia del Salvador. Es causa muy suficiente para la descristianización progresiva de Occidente. Sólo nos ha sido dado bajo los cielos un nombre, el de Jesús, en el que podamos hallar la salvación, una salvación por gracia divina (Hch 4,12).

Reforma o apostasía.

(66)

6. Luteranismo y quietismo

—Éstos me parece que nos quedan un poco más lejos. A los católicos. Digo.

—Coincidimos. Pero ojo.

El luteranismo es Lutero. Es una herejía muy *personal*, aunque todas lo son, por supuesto. Consideremos la experiencia fundamental del hombre sobre su vida moral. *Todos tenemos conciencia de que somos libres*, de que «podemos» elegir. Y si obramos mal, sentimos el peso de nuestra culpa. Pero también es cierto que *todos tenemos conciencia de que no somos libres*, de que nuestra libertad está enferma, atada, impotente para hacer el bien que quiere y evitar el mal que aborrece (Rm 7,15). Pues bien, en Pelagio prevaleció el primer convencimiento —somos libres: podemos—, hasta oscurecer la necesidad de la gracia. Y en Lutero, después de luchas morales angustiosas, predominó el segundo, hasta negar la necesidad de obrar el bien —no somos libres: no podemos—; no podemos ni siquiera con la ayuda de la gracia.

La doctrina teológica de Lutero (1483-1545) tiene unas profundas *raíces biográficas*, que conviene conocer. De los agusti-



nos de Erfurt había recibido una mala formación filosófica, *nominalista*, y una mala teología de la gracia, *voluntarista o semipelagiana*. La morbosidad de su vivencia espiritual consecuente queda reflejada en confesiones personales como ésta: «Yo, aunque mi vida fuese la de un monje irreproachable, me sentía pecador ante Dios, con una conciencia muy turbada, y con mi penitencia no me podía creer en paz; y no amaba, incluso detestaba a Dios como justo y castigador de los pecadores; me indignaba secretamente, si no hasta la blasfemia, al menos

con un inmenso resentimiento respecto a Dios» (*Weimarer Ausgabe* 54,185). «Al solo nombre de Jesucristo, nuestro Salvador, temblaba yo de pies a cabeza» (44,716). «Yo recuerdo muy bien qué horriblemente me amedrentaba el juicio divino y la vista de Cristo como juez y tirano» (44,775)...

Así, desde luego, no se puede vivir. ¿Qué salida hay para escapar de esta idea nefasta de Dios y de sí mismo?... El remedio de Lutero fue casi peor que la enfermedad, fue un inmenso y múltiple error. Ya lo he descrito en *Lutero, gran hereje*. Me fijo ahora sólo en su doctrina sobre el tema gracia-libertad.

El hombre está totalmente corrompido por el pecado, y lo mejor es reconocerlo con todas sus consecuencias. «El hombre peca siempre, aun cuando intente obrar el bien. El hombre está tan corrompido que ni siquiera Dios puede rescatarle de su podredumbre: lo único que es posible a Dios es no tener en cuenta sus pecados, no imputárselos legalmente» (L. F. Mateo Seco, *Martín Lutero: sobre la libertad esclava*, Madrid 1978, 18).

El hombre no es libre, *perdió su libertad al corromperse*. Es inútil, pues, que siga atormentándose la conciencia con la ilusión psicológica de su pretendida libertad. Lutero, en sus primeras obras, aún creía en la libertad del hombre (4,295); comenzó a ponerla en duda a partir de 1516, y vino a negarla furiosamente en 1525, en una de sus obras preferidas, *De servo arbitrio*, polemizando con Erasmo. La libertad humana es incompatible — con Dios, que todo lo preconoce y predetermina; — con Satanás, porque él tiene cautivo al hombre, y domina verdaderamente sobre él; — con la realidad del pecado original, que corrompió todo lo que es el hombre, también su libertad; — y es inconciliable con la redención de Cristo, que sería superflua si el hombre fuera libre (18,786). Consiguientemente, la misma expresión libre arbitrio debiera desaparecer del lenguaje humano; sería «lo más seguro y lo más religioso» (18,638). Ya Lúcido negó antes la libertad, y su error fue condenado en el concilio de Arlés (473: *Denz* 331).

Sola fides. *Por tanto el cristiano se salva por la fe, no por las obras. La justificación cristiana es necesariamente sólo declarativa, pasiva, «imputativa»* (WA 56,287). Simplemente, por la fe en el Salvador, no tiene Dios en cuenta el pecado del creyente. Y aunque las buenas obras son convenientes, como expresión de la fe, en modo alguno han de considerarse como necesarias para la salvación. Incluso pueden ser peligrosas, cuando debilitan la fe fiducial, y la persona, esforzándose por conseguir obras buenas, trata entonces de apoyarse en su propia justicia. El cristiano, pues, debe aprender a vivir en paz con sus pecados. Debe reconocer que es «simultáneamente pecador y justo (*simul peccator et iustus*): pecador en realidad y justo en la reputación de Dios» (WA 56,272).

En efecto, «en nada daña ser pecadores, con tal que deseemos con todas nuestras fuerzas ser justificados». Pero el diablo, con mil artificios, tienta a los hombres «a que trabajen neciamente esforzándose por ser puros y santos, sin ningún pecado, y cuando pecan o se dejan sorprender de alguna cosa mala, de tal manera atormenta su conciencia y la aterroriza con el juicio de Dios, que casi les hace caer en desesperación... Conviene, pues, permanecer en los pecados y gemir por la liberación de ellos en la esperanza de la misericordia de Dios» (56,266-267).

Sola gratia. *No es posible que las buenas obras sean necesarias para la salvación*. Si fueran necesarias, todos los hombres se condenarían, pues todos son pecadores y han de pecar inevitablemente. Notemos bien que el error

de esta herejía de Lutero, sola gratia, no está, como se ha afirmado tantas veces en el catolicismo postridentino, en «atribuir todo a la gracia divina», pues, efectivamente, a Dios hay que atribuirle toda la gracia y la salvación. Lo contrario, pretender que la salvación viene realizada *en parte* por la misericordia de la gracia divina, y *en parte* por la fuerza de la libertad humana, que viene a *completar* lo que le falta a la acción gratuita de Dios, es puro semipelagianismo.

Aunque parezca paradójico, *el error que subyace al pensamiento de Lutero es el mismo que con frecuencia ha contaminado de naturalismo semipelagiano a sus oponentes católicos*: el error de pensar que la acción de la gracia es extrínseca a la acción buena del hombre; es decir, es el enorme error de ignorar que precisamente la acción de la gracia divina es la causa íntima de la acción libre del hombre, y así produce en él y con él la obra buena, salvífica y meritoria de vida eterna. Atribuir, pues, todo a la gracia de Dios no deja excluida en modo alguno la libertad humana, pues ésta se ve precisamente causada por aquélla. La voluntad se mueve movida por la gracia de Cristo.

Un correcto diálogo ecuménico exige tener bien en cuenta estas verdades. Según esto, cuando los luteranos acusan a los católicos de ser semipelagianos, y de que no atribuimos a la misericordia de la gracia divina toda la salvación del hombre, sino parte de ella, sería un error muy grave contestarles que atribuir toda la salvación a la misericordia divina equivale a anular la libertad humana. Diciendo tal cosa les confirmaremos en su convencimiento de que somos semipelagianos. Por el contrario, desde la fe católica

—hemos de afirmar al luterano que, efectivamente, todo es gracia, pero que precisamente la misericordia de Dios es mayor cuando su gracia renueva verdaderamente al hombre en su ser, y cuando potencia realmente sus facultades, haciéndole instrumento activo y operante de obras sobrenaturales; y

—hemos de afirmar igualmente al católico temeroso de que una acentuación de la gracia implique la anulación de la libertad, que la gracia divina no actúa en la naturaleza humana desde fuera, extrínsecamente, sino desde dentro, sanándola, inclinandola y potenciándola activamente en su misma entidad natural hacia las obras buenas. Así lo veremos al recordar con más detenimiento la doctrina católica de la gracia.

Una herejía permanente. Lo mismo que el pelagianismo, el luteranismo es una herejía permanente, que, desde luego, extiende su tentación más allá del campo protestante. Ya señalé la «protestantización» actual que amenaza por muchos lados a la Iglesia Católica (41). Pero fijándome únicamente en el tema gracia-libertad, que ahora nos ocupa, conviene advertir que

—la pérdida actual de la fe en la libertad del hombre, y la casi anulación consiguiente de la conciencia de pecado, partiendo de unas premisas muy diversas de las de Lutero, conducen finalmente a un efecto semejante. Como señala Giorgio Piovene, «entre la diversidad de las filosofías actuales [y lo mismo sucede en las escuelas principales de psicología] se descubre una constante: ninguna se presenta como una filosofía de la libertad. Se intenta sobre todo establecer los mecanismos por los que el hombre está condicionado: económicos, psicológicos, derivados de la estructura del lenguaje o de la situación histórica en que vive» (*Elogio della libertà*, Milán 1970,287). Esto luteraniza la cultura de hoy.

—La eliminación en el cristianismo de la soteriología, salvación-condenación, realizada prácticamente por Lutero con su «sola fides», afecta también a muchos católicos, pues consideran increíble que los actos cumplidos en la vida presente puedan determinar una vida eterna de premio

o de castigo. Como ya vimos, no hay ya propiamente una cuestión de salvación/condenación (08-09). Basta la fe en Cristo Salvador, y no son propiamente necesarias las buenas obras. Así es el «catolicismo luterano».

Cuando un católico tiene por *irremediable* su atadura al pecado, se cierra a la gracia del arrepentimiento efectivo, y luteraniza así su experiencia cristiana de pecado y salvación. En esta actitud espiritual, si va, por ejemplo, al sacramento de la penitencia, busca en Cristo una justificación al estilo luterano: «soy pecador, y como inevitablemente lo seguiré siendo, ni siquiera hago propósito de enmendarme; pero pongo toda mi fe en Cristo, y así Dios me perdona, y me seguirá perdonando siempre». Y basta con eso.

Entre Pelagio y Lutero. *La tentación predominante del catolicismo actual está en Pelagio*, en el voluntarismo antropocéntrico, que no quiere reconocer la necesidad de la gracia, de la ayuda sobre-natural de nuestro Señor Jesucristo, «que es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4,42). Pero *también está vigente hoy la tentación de Lutero*. En realidad, hay que decir que el pueblo católico hoy experimenta al mismo tiempo las dos tentaciones.

De este modo, en ciertos ambientes, hallamos la extraña especie híbrida de un cristianismo *pelagiano-optimista ante la multitud*, es decir, ante la juventud, los obreros, la cultura moderna, el progreso y la técnica, y *luterano-pesimista ante el individuo*, pues no cree en las posibilidades reales que tiene la persona, ni siquiera con el auxilio de la gracia, para salir efectivamente de su pecado y vivir santamente. Cualquier sacerdote comprueba esto como ministro del sacramento de la penitencia. Estamos, pues, aunque parezca increíble, ante un *pelagianismo luterano* o bien un *luteranismo pelagiano*. Cualquier cosa se puede esperar de quienes se alejan de la doctrina católica de la Iglesia. Pero consideremos brevemente otro grave error.

El quietismo no niega la libertad, como el luteranismo, pero propugna que se esté quieta, que no actúe. En la historia de la espiritualidad se registran tendencias quietistas de muy diverso estilo –maniqueos y gnósticos, cátaros y fraticelli, hermanos del libre espíritu, beguardos y beguinas, alumbrados españoles del XVI–, pero el más caracterizado quietismo, el que aquí considero, es el que se produce a fines del siglo XVII en torno a Miguel de Molinos (+1696; Denz 2201-2268; +2181-2192), Fenelón (+1715), el padre Lacombe (+1715) y Madame Guyon (+1717; Denz 2351-2373). El *camino interior* de Molinos no es idéntico al *amor purísimo* de Fenelón, pero coinciden en algunas orientaciones. *La Iglesia, al condenar el quietismo radical y típico, lo esquematizó en sus rasgos más propios:*

Pasividad total. «Querer obrar activamente es ofender a Dios, que quiere ser él el único agente; por tanto es necesario abandonarse a sí mismo todo y enteramente a Dios» (Denz 2202). «La actividad natural es enemiga de la gracia, e impide la operación de Dios y la verdadera perfección; porque Dios quiere obrar en nosotros sin nosotros» (2204).

Quietud en la oración, nada de devociones activas. «El que en la oración usa de imágenes, figuras, especies y conceptos propios, no «adora a Dios en espíritu y en verdad» (Jn 4,23)» (2218). La concepción quietista de la oración recuerda al zen: «En la oración hay que permanecer en fe oscura y universal, en quietud y olvido de cualquier pensamiento particular. ..., sin producir actos, porque Dios no se complace en ellos» (2221).

Aniquilación personal, muerte mística. «No conviene a las almas de este camino interior que hagan operaciones, aun virtuosas, por propia elección y actividad; pues en otro caso, no estarían muertas» (2235).

Indiferencia total. El alma no debe interesarse ni por cielo o infierno (2207), ni por su propio estado espiritual, «sino que debe permanecer como un cadáver exánime» (2208). «Resignado en Dios el libre albedrío, al mismo Dios hay que dejar el pensamiento y cuidado de toda cosa nuestra, y dejarle que haga en nosotros sin nosotros su divina voluntad» (2213).

Impecabilidad. «Con ocasión de las tentaciones, por furiosas que sean, no debe el alma hacer actos explícitos de las virtudes contrarias, sino que debe permanecer en el sobredicho amor y resignación» (2237). Las caídas que sobrevinieren «no son pecado, porque no hay consentimiento en ellas» (2241), ni es conveniente confesarlas (2248, 2260).

Tanto el luteranismo como el quietismo parten de *una pésima teología de la relación entre naturaleza y gracia*. La Iglesia afirma que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona y eleva, con la colaboración libre del hombre. Pero el quietismo piensa que la gracia, para divinizar al hombre, necesita aniquilar sus actos. Felizmente, el quietismo del XVII no dejó muchas huellas en la espiritualidad cristiana. Lo que habrá siempre entre los cristianos es la pereza, la indolencia, la resistencia a la gracia de Dios cuando mueve a algo que es penoso. Pero el quietismo no es eso; es otra cosa.



—III—

Doctrina católica de la gracia

(67)

1. La doctrina católica

—Vaya tema. A ver cómo se las apaña usted...

—Limitaré mucho mi intento, y evitando en lo posible los conceptos especulativos que no sean estrictamente necesarios, me apoyaré sobre todo en Biblia, Liturgia, Magisterio apostólico y explicaciones teológicas más comunes.

El papá y su niño, entre los dos, escriben una carta. Voy a partir de esta imagen. El papá, acercándose a una mesa, sienta en sus rodillas al pequeño —por supuesto, analfabeto total—, y tomando la mano del niño, que sostiene el lápiz, se dispone a escribir: «vamos a escribirle una carta a la Virgen María». Atención: la carta, efectivamente, va a ser escrita entre los dos, padre e hijo. El objeto pretendido, escribir una carta, queda absolutamente fuera de las posibilidades del niño, ya que no sabe ni leer ni escribir. Pero este hecho no es impedimento alguno para que se realice esa obra, siempre, claro está, que la mano infantil se deja guiar continuamente por la mano de su padre. Y aquí se dan tres alternativas:

1.— *El niño deja que el movimiento de su mano sea completamente dócil al movimiento de la mano conductora de su padre.* Y sale un texto inteligible y quizá precioso. Aunque la letra, debemos reconocerlo, no será un modelo perfecto de caligrafía. Esa carta la han escrito los dos, no solo el padre, sino también el niño. Son con-causa de una obra, el padre como causa principal, el niño como causa instrumental. El niño *mueve* su mano *movida* por su padre.

2.— *El niño mueve su mano desde su propia voluntad y gusto.* Y resulta un garabato ininteligible, que no vale para nada. Ha resistido la moción de su padre. El sitio propio de ese papel es la papelera.

3.— *El niño mantiene rígida su mano, sin dejarle a su padre que la mueva.* No sale nada. Ha resistido la moción de su padre. El papel queda en blanco.

Éstas son las tres posibilidades que el hombre tiene bajo la acción de la gracia, y no hay más: aceptarla (1) o resistirla (2 y 3). Las dos últimas opciones son *pecado*, resistencia a la gracia, más o menos grave según el objeto de la acción, y según el grado de conciencia y consentimiento voluntario que se dé en la persona. La primera opción, la única buena, es *ciertamente meritoria*, porque el niño se ha fiado de su padre y ha

obedecido dócilmente su guía, pudiendo resistirla: no es un lápiz inerte, incapaz de resistir. Él realmente «ha escrito» la carta, ha producido la obra buena; eso sí, su voluntad se ha movido movida por el padre. Y no se han *co-ordinado* las dos causas, poniendo el niño *la parte* suya y el padre *su parte*. Por el contrario, la causalidad del niño se ha *sub-ordinado* totalmente con la causalidad paterna principal. Se ha producido, pues, una feliz sinergia, que ha posibilitado en el niño una obra buena, para la que era completamente incapaz. Pues bien, así es siempre toda la vida cristiana. Por eso nuestro Maestro nos enseña: «si no os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3).

Volviendo al ejemplo anterior —sería ridículo que el niño estuviera *orgulloso* de la preciosa carta escrita, como si fuera una obra sólo o principalmente suya; —sería igualmente ridículo pensar que si ha realizado esa obra, que queda por encima totalmente de sus posibilidades, «ha sido cuestión de *generosidad*». Son palabras sin sentido... —y sería también absurdo que el niño, al colaborar con su padre, estuviera *preocupado* y lleno de ansiedades: «¿y qué le diremos a la Virgen?... Hasta ahora parece que vamos bien. ¿Pero qué escribiremos en la página siguiente del cuaderno?»...

Antecedentes de esta imagen. El niño que escribe bajo la moción de su padre es una buena imagen, pero imperfecta, pues no expresa que en realidad el padre no sólo mueve la *mano* de su hijo, sino su *voluntad*. Pero ya se sabe que las imágenes, como las parábolas, tienen “un lado” elocuente, y otros que no valen. Y por otra parte, con buena voluntad podemos completar la imagen que he propuesto, pensando que el *padre* habla al oído del niño,



Vamos a escribirle una carta a la Virgen

imagen que tiene muchos antecedentes análogos, aunque no tan buenos como mi ejemplo. Solo cito a dos:

Jean-Pierre de Caussade, S. J. (1675-1751) enseña que el Espíritu Santo, en la plenitud de los tiempos, ha escrito los Evangelios;

«pero ahora el Espíritu Santo escribe los Evangelios solamente en los corazones. Todas las acciones y momentos de los santos son Evangelio del Espíritu Santo... El Espíritu Santo, por la pluma de su acción [de gracia], va escribiendo un Evangelio vivo, que solamente podrá ser leído en el día de la gloria, cuando, después de salir de la prensa de esta vida, será publicado» (*El abandono en la divina Providencia*, Fund. GRATIS DATE, Pamplona 2000, 75).

Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), Doctora de la Iglesia, cuando describe la obra de Dios en los hombres, acentúa también la primacía absoluta de la gracia divina, acudiendo a la imagen del artista que, sirviéndose de un pincel, produce un cuadro maravilloso. El pincel sin el artista no puede nada.

«Si el lienzo pintado por un artista pudiera pensar y hablar, ciertamente no se quejaría de ser tocado y retocado por el pincel; ni tampoco envidaría la suerte de este instrumento, pues conocería que no al pincel sino al artista que lo maneja debe él la belleza de que está revestido» (*Manuscrito autobiográfico* C, 20 rº).

«En Dios vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28). Esta grandiosa verdad, muy pocas veces predicada, con el paso del teocentrismo al antropocentrismo, es ignorada por gran parte de los cristianos modernos. Se captan a sí mismos como si fueran causa de su ser y de su propio actuar. Ignoran que si Dios es causa primera y continua del ser y del obrar *natural* de las criaturas, *a fortiori* es Él la causa primera y continua que por la iluminación y moción de su gracia hace posible la vida *sobrenatural* cristiana en cada una de sus obras. La sagrada Liturgia, la principal catequesis de la Iglesia, enseña maravillosamente esta verdad de la fe: «Concedenos, Señor, la gracia de conocer y practicar siempre el bien, y, pues sin ti no podemos ni siquiera existir, haz que vivamos siempre según tu voluntad. Por Jesucristo, ntro. Señor» (*jueves I Cuaresma*).

El hombre no está hecho para obrar según su propia voluntad, sino para hacer siempre en todo la voluntad de Dios. Todo el universo de criaturas está hecho para cumplir siempre la voluntad de su Creador, y lo hace *necesariamente*. Y el hombre, la única criatura libre del mundo visible, está creado para cumplir *libremente* la voluntad del Señor. Ahora bien, en el obrar humano *la línea causal del bien y la del mal son totalmente asimétricas*. Consideremos esta verdad, que es también fundamental para penetrar el misterio gracia-libertad.

El hombre sólo puede producir el bien con la ayuda de Dios, asistido por la causalidad divina, que es universal, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia. El Creador da a su criatura el ser y el obrar continuamente. Como enseña el *Catecismo*: «Dios actúa en las obras de sus criaturas. Es la causa primera que obra en y por las causas segundas» (318). Y esto, como ya he dicho, se da *a fortiori* en el orden de la gracia: «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). «Es Dios quien obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito» (Flp 2,13).

Lo que el hombre puede producir él solo es el mal. Lo explica bien Jacques Maritain, apoyándose en la enseñanza de Santo Tomás:

Es inevitable aquí el lenguaje paradójico: cuando el hombre causa el mal «tiene una iniciativa, pero es una iniciativa de *no-acción*. La voluntad creada “produce” entonces *la nada*, produce *el no-ser*. Y eso es todo lo que puede hacer ella sola... Se substrahe —no por una acción, sino por un libre no-hacer o des-hacer— al influjo portador de ser y de bondad de la Causa primera... Eso nos explica aquella frase de Santo Tomás: “la causa primera del defecto de la gracia está en nosotros» (*STh* I-II, 112, 3 ad 2m: [«pero la causa primera de la donación de la gracia está en Dios, según la Escritura: “la perdición es *tuya*, Israel; tu auxilio solo de *Mí* procede”, Os 13,9]). Hay algo, pues, una línea en la que la criatura es causa primera, pero es la línea de la nada y del mal». Y añade en nota: «Cuando se desvía de la moción divina, la del bien, el hombre no es *más libre* que cuando deja obrar esa moción y obra bien; pero está *más solo*... El hombre no puede estar solo más que en el mal» (*Sto. Tomás de Aquino y el problema del mal*, en la obra de varios autores, *El mal está entre nosotros*, Fom. de Cultura, Valencia 1959, 351-352).

La acción cristiana del hombre es, pues, siempre *pasiva-activa*: pasiva, en el sentido filosófico del término, en cuanto que *recibe* el don gratuito de Dios: iluminación, atracción, moción; y activa, pues recibir libremente ese auxilio divino le concede *querer y obrar* un bien que por sí solo no alcanzaría. Veámoslo en tres ejemplos máximos.

La Virgen María fué católica. No fué pelagiana o semi-pelagiana, tampoco fué quietista o luterana, ni jansenista: fue católica. La Llena-de-gracia, es decir, la In-maculada, la Virgen fiel, no tiene planes propios que sacar adelante, no es capaz de querer nada por sí misma. Su voluntad solo puede *moverse* a querer algo *movida* por la voluntad de su Señor. La Bienaventurada Virgen María expresa con toda perfección cómo entiende ella la vida de la gracia. Mira a su pasado y dice: «el Poderoso *ha hecho* en mí grandes obras». Y mirando a su presente y futuro, dice: «yo soy la esclava del Señor; *hágase* en mí según tu palabra». En las dos frases los verbos van en pasiva. Ella entiende perfectamente que toda su vida, pasado, presente y futuro, es pasiva-activa, es providencia amorosa de Dios que, por su gracia, actúa en su mente, en su voluntad y en sus obras, con la real colaboración de su *fiat* permanente. Ni cuestión de generosidad, ni otras historias o cuentos. En Ella hay únicamente docilidad absoluta, alabanza y gratitud infinitas, en una humildad total y perfecta: «mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador, porque ha mirado con bondad la pequeñez de su esclava».

San Juan Bautista fue también un católico practicante. Él nunca se autorizó a sí mismo a querer nada, por alto y santo que fuera, por sí mismo, desde su propia voluntad. Nunca quiso *moverse* sino *movido* por la voluntad de Dios, por su gracia. Juan el Bautizador fué como un niño analfabeto, que dejando que la mano de su padre guíe la suya, escribe en el libro de su propia vida un poema de celestial belleza y santidad. Y supo también, iluminado por Dios, expresar con perfección este misterio: «*no debe el hombre tomarse nada, si no le fuere dado del cielo*» (Jn 3,27). Nada: ni más, ni menos, ni esto, ni aquello. Debe hacer *todo, solo y aquello* que Dios quiera hacer en él y con él... El don de Dios es gratuito, libre, imprevisible: no puede, pues, *tomarse*, como se toma una manzana de un árbol; sólo se puede *recibir*, pedir, esperar, procurar y realizar.

Es significativo que esta frase, «no debe el hombre tomarse nada, si no le fuere dado del cielo», una de las más luminosas de los Evangelios, sea tan poco citada. Pero se comprende que

así suceda en ambientes voluntaristas, pelagianos o semi-pelagianos, porque es antitética a sus planteamientos errados.

Jesucristo, nuestro Señor, es también católico y Autor de todos los católicos. No hay en Él ni sombra de quietismo o de voluntarismo. «El hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2,5), desde toda la eternidad, en una predestinación única, infinitamente gratuita, es *el Elegido* del Padre. Y el Verbo divino, siendo *el Hijo* eterno del Padre eterno, una vez encarnado y nacido de la Virgen María, mantiene en toda su vida terrenal una fisonomía absolutamente *filial*. Él no *se mueve* sino *movido* por el Padre.

Su continua relación personal con el Padre se revela muy especialmente en los escritos del evangelista San Juan. En él declara Jesús: «Yo vivo por el Padre» (6,57), y «el Padre que mora en mí, hace sus obras... Yo estoy en el Padre y el Padre en mí» (14,10-11). Él entiende siempre sus obras como «las obras que mi Padre me dio hacer, esas obras que yo hago...» (5,36); «las obras que yo hago en nombre de mi Padre» (10,25; cf. 10,37-38). Y por eso dice: «mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y realizar su obra» (4,34). «Yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (6,38). Nuestro Señor Jesucristo es, por tanto, psicológica y moralmente incapaz de querer nada por su propia voluntad. *Se mueve siempre movido por el Padre*: «en verdad, en verdad os digo que *no puede el Hijo hacer nada por sí mismo*, sino lo que ve hacer al Padre: lo que éste hace, lo hace igualmente el Hijo» (5,19). Nada, no puede hacer nada: «Yo no puedo hacer nada por mí mismo; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (5,30). «Yo no hago nada por mí mismo» (8,28); «como me mandó mi Padre, así hago» (14,12).

Y esa identificación plena entre la voluntad de Cristo y la del Padre se da normalmente *con inmenso gozo*, porque está hecha con infinito amor: «en aquella hora se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo, y dijo: yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque» etc. (Lc 10,31). Aunque otras veces se da *con pavor y angustia*, sudando sangre: «pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (22,42).

(68)

2. Biblia, Concilios y Liturgia

—Mucho documento. Mucha cita. Esto no lo va a leer nadie.

—Bueno, bueno, ya veremos. Pero si bajara el número habitual de visitantes de este blog, cuando les ofrezco una antología maravillosa de textos bíblicos, conciliares y litúrgicos sobre gracia y libertad, ese descenso me parecería inexcusable y vergonzoso. Hasta ahí podíamos llegar.

Entren, por favor, en este jardín precioso, donde la Palabra divina, en todo el esplendor de su verdad y belleza, se manifiesta acerca del tema gracia y libertad en textos de la sagrada Escritura, del Magisterio apostólico y de la Liturgia. Yo sólo los presento y comento.

La Sagrada Escritura

—*El misterio de la inhabitación divina en el hombre hace que cada uno seamos cuatro: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y yo.* Y por supuesto, es Dios uno y trino quien lleva continuamente la iniciativa de nuestras vidas, iluminando nuestras mentes y moviendo nuestra voluntad hacia unas buenas obras bien concretadas por su providencia. Dios es, por tanto, el principio ontológico y dinámico de toda nuestra vida espiritual: es *el alma de nuestra alma*, como dice San Agustín: «lo que el alma es en nuestro cuerpo, es el Espíritu Santo en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia» (*Serm. 187, de temp. cf. Vat. II, LG 7*, en nota). Y dice también: Dios «es más íntimo a mí que yo mismo (*intimior intimo meo*)» (*Confesiones III, 6, 11*). Por tanto, así como el cuerpo se mueve movido por el alma, así el cristiano siempre *se mueve movido* por su alma nueva, que es Dios.

«En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y estáis llenos de Él» (Col 2,9-10). «Si alguno me ama, mi Padre le amará, vendremos a él y en él haremos morada» (Jn 14,23). «Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación de los siglos» (Mt 28,20). «No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros» (Jn 14,15-26)... «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo» (Hch 1,8), «que el Padre enviará en mi nombre» (Jn 14,26). «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). «No vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que de verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros» (Rm 8,9). «Los que son *movidos* por el Espíritu de Dios, éstos son los hijos de Dios» (8,14). Por tanto, aunque en el Cuerpo de Cristo «hay diversidad de operaciones, es Dios quien obra todas las cosas en todos» (1 Cor 12,6).

—«*Es Dios quien obra en vosotros el querer y el obrar, según su beneplácito*» (Flp 2,13). Atención a esto: nosotros no hemos renacido en Cristo, por obra del Espíritu Santo, simplemente para hacer el bien en general, sin más, según las enseñanzas del Evangelio. Por el contrario,

«nosotros somos creación de Dios, hemos sido creados en Cristo Jesús, para hacer *aquellas buenas obras*, que Dios de antemano preparó, para que las practicásemos» (Ef 2,8-10). No hemos sido re-creados para hacer las obras buenas que, según nuestra mayor o menor generosidad, se nos ocurran a nosotros, o que nos vengan solicitadas por otros: sino «aquellas obras» concretas que Dios providente quiere hacer en nosotros y con nosotros. «Gracias a Dios soy lo que soy, y la gracia que me concedió no ha sido estéril, antes he trabajado yo más que todos ellos [los otros apóstoles], pero *no yo, sino la gracia de Dios conmigo*» (2 Cor 15,10). Nadie, pues, se glorie de sus buenas obras. No seamos como aquel burro portador de unas reliquias, que al ver las muestras de veneración del pueblo, pensaba que iban dirigidas a él. O como aquel pincelito, que se sentía

autor de un precioso cuadro. «¿Quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes tú que no hayas recibido?» (1Cor 4,7).

Los Sagrados Concilios

El *Indículo* es una colección de proposiciones sobre la gracia, reunida al parecer por San Próspero de Aquitania en los años 435-442. Confirmado el documento en el 500 por la Santa Sede (*Denz* 238-249), ofrece una luminosa doctrina sobre la gracia, totalmente opuesta a voluntarismos naturalistas:

«Dios obra sobre el libre albedrío en los corazones de los hombres, de tal modo que el santo pensamiento, la buena decisión y todo movimiento de buena voluntad procede de Dios, pues por Él podemos algún bien, y “sin Él no podemos nada” (Jn 15,5)» (cap. 6). Por tanto, «confesamos a Dios por autor de todos los buenos efectos y obras y de todos los esfuerzos y vir-

bien, a Él nos movemos movidos por la gracia de Dios. Él es el autor principal. Como el niño analfabeto que escribe movido por la mano de su padre. Pero entonces, objetará alguno, ¿es que el hombre no hace nada y la gracia lo hace todo?»

El *Concilio de Trento*, en el decreto sobre la justificación (1547), responde claramente a esa pregunta, en la que viene a acusarse a la doctrina católica sobre la gracia, como si dejara inerte la acción libre del hombre:

«...sin que exista mérito alguno en ellos [en los pecadores]... Dios por la gracia los excita y ayuda a convertirse, y a disponerse para la propia justificación, asintiendo y cooperando libremente a la misma gracia; de suerte que, al tocar Dios el corazón del hombre por la iluminación del Espíritu Santo, *ni puede decirse que el hombre mismo no hace nada en absoluto* al recibir aquella inspiración, puesto que puede también rechazarla; ni tampoco [puede decirse que], sin la gracia de Dios, puede moverse por su libre voluntad a ser justo de-

lante de Él... [Cuando oramos] “conviértenos, Señor, y nos convertiremos” (Lam 5,21), estamos confesando que somos prevenidos por la gracia de Dios» (*Denz* 1525).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* hace una síntesis preciosa de la doctrina enseñada por la Iglesia durante veinte siglos sobre *la justificación y la gracia* (1987-2029). Pero no reproduzco sus textos, porque ya ustedes tienen a mano el libro. (Y si no lo tuvieran, ya pueden ir cuanto antes a comprarlo). Puede consultarse en él también su enseñanza sobre *la libertad* (1730-1748). Transcribo sólo un número: «La iniciativa divina en la obra de la gracia previene, prepara y suscita la respuesta libre del hombre» (2022).

La Sagrada Liturgia

La Liturgia es la mejor y más universal escuela de la doctrina católica de la gracia. Constantemente enseña de la gracia en sus oraciones, y permanentemente la *comunica* en la Eucaristía y los sacramentos. La primacía absoluta de la gracia de Dios, la necesidad permanente de su auxilio, su acción constante, su gratuidad, se inculcan en los fieles en muchas oraciones litúrgicas, que, precisamente, fueron compuestas muchas de ellas en los Sacramentarios de los siglos V y VI, cuando la Iglesia celebró los principales Sínodos y Concilios sobre la gracia divina.

Transcribo primero algunas oraciones *colectas de los domingos del Tiempo Ordinario*:

1.– Señor, danos «luz para conocer tu voluntad y la fuerza necesaria para cumplirla».

10.– «Oh Dios, fuente de todo bien, concédenos, inspirados por ti, pensar lo que es recto y cumplirlo con tu ayuda».

28.– «Señor, que tu gracia *continuamente* nos preceda y acompañe, de manera que estemos dispuestos a obrar siempre el bien».

32.– «Aparta de nosotros todos los males, para que bien dispuesto nuestro cuerpo y nuestro espíritu, podamos libremente cumplir tu voluntad».

34.– «*Mueve*, Señor, los corazones de tus hijos, para que correspondiendo generosamente a tu gracia, reciban con mayor abundancia la ayuda de tu bondad»... Lo de «generosamente» es cosa del traductor. En el original, «ut divini operis fructum *propensius* exequentes», se dice «con mayor intensidad, con mayor fuerza». Que no es lo mismo.



tudes por los que, desde el inicio de la fe, se tiende a Dios, y no dudamos que *todos* los merecimientos del hombre son *prevenidos por la gracia* de Aquel por quien sucede que empecemos tanto a querer como a hacer algún bien (cf. Flp 2,13). Ahora bien, por este auxilio y don de Dios no se quita el libre albedrío, sino que se libera... [Y así Dios] obra, efectivamente, en nosotros que lo que Él quiere, nosotros lo queramos y hagamos, y no consiente que se quede ocioso en nosotros lo que nos dió [la voluntad libre] para ser ejercitado, y no para ser descuidado, de modo que *seamos también nosotros cooperadores* de la gracia de Dios» (cap. 9).

El *Sínodo II de Orange* (529), confirmado por el papa Bonifacio II (531) –ya transcribí sus cánones principales (61)–, especialmente considerado en Trento frente a los luteranos, da la misma doctrina.

«Si alguno dice que se nos confiere divinamente misericordia [gracia] *cuando sin la gracia* creemos, queremos, deseamos, nos esforzamos, trabajamos, oramos, vigilamos, estudiamos, pedimos, buscamos, llamamos, y no confiesa que por la infusión e inspiración del Espíritu Santo se da en nosotros que creamos y queramos o que podamos hacer, como se debe todas estas cosas; y *condiciona* [part y parte] la ayuda de la gracia a la humildad y obediencia humanas, y no reconoce que es don de la misma gracia que seamos obedientes y humildes, resiste al Apóstol, que dice: “¿qué tienes tú que no lo hayas recibido?” (1Cor 4,7). “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (15,10)» (canon 6). «Don de Dios es el que pensemos rectamente, que contengamos nuestros pies de la falsedad y la injusticia; porque *cuantas veces obramos el bien, Dios, para que obremos, obra en nosotros y con nosotros*» (c. 9). Siempre que hacemos algún

Recuerdo también estas otras oraciones:

«Concedenos la gracia, Señor, de pensar y practicar siempre el bien, y pues sin ti no podemos ni existir ni ser buenos, haz que vivamos siempre según tu voluntad» (*Jueves I de Cuaresma*).

«Señor, que tu gracia inspire, sostenga y acompañe nuestras obras, para que nuestro trabajo comience en ti, como en su fuente, y tienda siempre a ti, como a su fin. Por nuestro Señor Jesucristo» (*laudes I lunes T. Ord.*). «Acciones nostras, quæsumus, Domine, aspirando præveni et adiuvando prosequere, ut cuncta [para que *todas*] nostra operatio a te semper incipiat et per te coepta finiatur». Omitió el traductor lamentablemente que la Iglesia pide en esa oración el auxilio de la gracia divina para *todas* nuestras buenas obras. Y esa omisión no es grano de anís, ni bostezo de caracol.

Conforme a estas verdades de la fe proclamadas en la oración litúrgica, la Iglesia reconoce solemnemente en el *Prefacio I de los Santos* que el Señor, «al coronar sus méritos, corona su propia obra».

La espiritualidad litúrgica, como se mantiene siempre en la Escritura, en la Tradición, en el Magisterio apostólico, se caracteriza por *la segura ortodoxia* de sus rasgos. Pío XI afirmaba que la liturgia «es el órgano más importante del Magisterio ordinario de la Iglesia» (*al abad Capelle* 12-XII-1935; cf. Pío XII, enc. *Mediator Dei* 1947, 14). Ella es, según Pablo VI, «la primera escuela de nuestra vida espiritual» (*Clausura II ses. concilio Vat. II*, 4-XII-1963). Por eso, concretamente en estas cuestiones de gracia, como en todas, la liturgia es la mejor maestra de la fe católica. *Lex orandi, lex credendi*.

Los Santos Padres

Aquellos que recibimos de Dios la gracia inmensa de escuchar la voz de los Padres de la Iglesia, en el oficio de lectura de *la Liturgia de las Horas*, somos diariamente enseñados en estas grandes verdades sobre la gracia. Y aunque antes de los Concilios sobre la gracia puede hallarse, muy raramente, alguna imprecisión en sus palabras, nunca reflejan en el conjunto de su enseñanza los errores que ya he caracterizado. Tendré que limitarme a citar algunas frases del *Doctor de la gracia*:

San Agustín: «No se te ocurra pensar que puedes tú dar ni el más pequeño fruto. Cristo no dice: “sin mí *poco* podréis hacer”. Él dice: “sin mí, no podéis hacer *nada*”. Por tanto, sea poco o mucho lo que hagas, no puedes hacerlo sin Cristo. No, sin su auxilio no puedes hacer cosa alguna» buena (*Tract. in Ioannis evang.* 81,1-3). «Si la gracia de Dios es la que obra en ti, lo bueno que haces es debido a ella y no a tus propias fuerzas» (*Enarrat. in Psalmos* 65,5. Señor, «haz que yo entre en mi corazón y te confiese sinceramente: *nada hay en mí que te pueda agradar fuera de lo que de ti he recibido*» (*Sermo* 13,3).

(69)

3. Vida espiritual. 1

—De acuerdo, sí, ya, me equivoqué, diciendo que el post anterior apenas iba a tener lectores.

—Usted, con tal de no quedarse calladito, dice cualquier cosa. Y luego ocurre lo que sucede.

De las premisas doctrinales ya expuestas en los artículos anteriores, iré sacando ahora consecuencias concretas para la vida espiritual.

¿Qué he de hacer, Señor? La perfección cristiana, la santidad, está en la total fidelidad a la gracia de Cristo. Y en la medida en que amamos a Cristo, en esa medida recibimos dócilmente su gracia. En otras palabras: ama al Señor el que cumple su voluntad.

Amar al Señor no es *sentir* por Él esto o lo otro, sino hacer fielmente su voluntad: «*si me amáis, guardaréis mis mandamientos*», y «*si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*» (Jn 14,15; 15,10). Amar al Señor es *dejarse mover* incondicionalmente por el Espíritu Santo, «el Espíritu de Jesús» (Hch 16,7). Y «los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son los hijos de Dios» (Rm 8,14). Amamos al Señor en la medida en que *le dejamos obrar en nosotros y con nosotros* lo que quiera. Él es la cabeza, no nos pertenecemos, nos ha adquirido al precio de su sangre. Y si Él es la cabeza y nosotros somos sus miembros, Él ha de movernos como mejor le parezca, sin hallar en nosotros resistencia alguna. En eso está la santidad. Y así lo entiende San Pablo desde el primer momento de su conversión: «¿qué he de hacer, Señor?» (Hch 22,10).

Siendo la iniciativa siempre del Señor, hemos de hacer todo y sólo lo que su gracia nos vaya dando hacer, ni más, ni menos, ni otra cosa, por buena que ésta fuera. Recuerdo lo del Apóstol: «hemos sido creados en Cristo Jesús para hacer *aquellas* buenas obras que Dios dispuso de antemano para que nos ejercitáramos *en ellas*» (Ef 2,10). En ellas, no en otras, que a *nosotros* o quizá a *otros*, por buenas y urgentes que sean, se nos puedan ocurrir. «No debe el hombre tomarse nada, si no le fuere dado del cielo» (Jn 3,27). Ya vimos también como Cristo declara «yo no hago nada por cuenta propia», nada. Él sólomente hace lo que el Padre obra en él. El siempre *se mueve movido* por el Padre, como aquel niño analfabeto que escribía guiado por la mano de su padre.

Por tanto, *en la total sinergia de gracia y libertad está la perfección cristiana*. Los niños que van de la mano de su madre, rara vez acomodan exactamente su paso al de ella: o se dejan remolcar, o van tirando para ir más a prisa, o intentan ir en otra dirección. Y obran así porque todavía son niños. Pero cuando lleguen a una condición adulta, ajustarán su paso al de sus mayores con toda facilidad y agrado. Lo mismo sucede al ir creciendo en las edades espirituales: siendo el cristiano todavía *niño* en Cristo, le cuesta conocer y seguir la voluntad de Dios (1Cor 3,1ss); sólo alcanzará la plena sinergia gracia-libertad cuando llegue a *adulto* en la edad de Cristo (Ef 4,13-14).

El discernimiento espiritual cristiano pretende conocer la voluntad concreta de Dios providente: «¿qué he de hacer, Señor?». Y habrá de realizarse de modo diverso cuando se trate o no de obras obligatorias.

—*Cuando las buenas obras son obligatorias*, no hay particular problema de discernimiento. El mandato que nos comunica Dios *exteriormente* no es sino la declaración de lo que Él quiere hacer *interiormente* en nosotros por la moción de su gracia. Si Dios, por la Escritura o por



la Iglesia, nos ha dado un claro mandato sobre un punto concreto –por ejemplo, perdonar las ofensas recibidas, ir a misa los domingos–, no hay nada que discernir: «el que me ama, cumple mis mandamientos». Dígase lo mismo de la persona de vida consagrada en un Instituto aprobado por la Iglesia: si Dios le ha dado la gracia de profesar esa *Regla* de vida, le dará habitualmente su gracia para cumplirla.

En estos casos, pues, el único cuidado será el de aplicarse bien al cumplimiento de esos mandatos, es decir, cumplirlos con motivación verdadera de caridad, con fidelidad y perseverancia, con intención recta, en actitud humilde y con determinación firmísima. Y como ya se entiende, el cumplimiento de ciertas obras concretas –ir a misa el domingo–, se verá en ocasiones lícitamente impedido por graves razones objetivas –por estar enfermo, por no dejar solo a un enfermo grave, etc.–. El discernimiento en estos casos suele ser obvio.

–Pero cuando las buenas obras no son obligatorias, quiero decir, no lo son en una medida y frecuencia claramente determinadas por Dios y por la Iglesia, es entonces cuando surge propiamente la necesidad del discernimiento. En la consideración de este tema, tomaré en adelante como ejemplo principal la práctica de la oración. Ciertamente yo he de orar, Dios lo manda, Dios me da su gracia para orar; pero ¿cuánto, de qué modo, cuándo, cómo debo proporcionar oración y trabajo, diálogo con Dios o con los hombres?... «¿Qué he de hacer, Señor?».

Las reglas de discernimiento, más o menos sistematizadas, han ido formulándose en la Iglesia ya desde el primer monacato. Son muy estimadas las que propone San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales* (169-189, 313-370). Pero tengamos en cuenta que ningún *método* concreto para el discernimiento tiene de por sí una eficacia mágica para descubrir la voluntad divina. El método puede ser sin duda útil, pero valdrá sólo en la medida en que el cristiano lo aplique según las normas generales que en seguida expongo.

San José, siendo santísimo, al saber que María estaba embarazada, no supo discernir qué debía hacer, es decir, cuál era la voluntad de Dios, y después de muchas oraciones y dudas, «decidió repudiarla en secreto». Si no llega a enviarle Dios un ángel, para mandarle recibirla, hubiera incurrido, aunque sea inculpablemente, en un error gravísimo (Mt 1,18-21). San Francisco de Asís, siendo también santísimo, estuvo un tiempo sin saber si Dios quería que predicase o que se retirase a una vida de oración y penitencia –que no es pequeña la duda–, y tuvo que salir de ella enviando mensajeros que lo consultaran con Santa Clara y el hermano Silvestre (San Buenaventura, *Leyenda mayor* 12,2).

San Ignacio de Loyola, gran santo, especialmente dotado por Dios para la discreción de espíritus, estando en Tierra Santa, hizo «propósito muy firme» de arraigarse allí para siempre. Más tarde, con sus compañeros de París, estuvo durante años queriendo irse a vivir a Palestina. Pensaba que ésa era la voluntad de Dios. Y en 1551, cinco años antes de morir, después de mucho pensarlo y rezarlo –es de suponer que aplicaría sus reglas de discernimiento–, decidió «absolutamente» dejar la guía de la Compañía de Jesús. Ninguna de estas intenciones se cumplieron, porque la voluntad de Dios era otra, y él siempre estaba atento a la voluntad del Señor. Su biógrafo, el padre Nadal, dice que «era llevado suavemente a donde no sabía». Y unos años más tarde San Juan de la Cruz escribiría: «para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes».

Quiero señalar con estos ejemplos que las reglas para el discernimiento, que aseguren una sinergia gracia-libertad, «en cuanto métodos», nunca garantizan por sí mismas el discernimiento verdadero. El discernimiento verdadero es una gracia, un don de Dios, y aplicando métodos o sin ellos, sólo se alcanza en la medida en que se cumplen las normas fundamentales de la vida cristiana, que seguidamente recuerdo.

1.–**La humildad.** *El humilde desconfía totalmente de sí mismo; por eso tiene horror a hacer su propia voluntad, y pone todo su empeño en conocer la voluntad de Dios:* «danos luz para conocer tu voluntad y la fuerza necesaria para cumplirla» (*dom. 1, T. Ord.*). Dios no se esconde del hombre; es el hombre el que se esconde de Dios (Gén 3,8; 4,14), y se esconde porque no quiere que la Luz divina venga a denunciar sus malas obras (Jn 3,20). El Señor ama a sus hijos, y quiere por eso manifestarles sus voluntades concretas para que, cumpliéndolas, se perfeccionen. Es el hombre el que se tapa ojos y oídos con los apegos desordenados de su voluntad propia –a ideas, proyectos, personas, lugares, trabajos, situaciones, a lo que sea–, y así no alcanza a conocer la voluntad de Dios. Por eso, en la medida en que el hombre, dócil a la gracia divina, va saliendo por la humildad de la cárcel de su propio egocentrismo, en esa medida adelanta en el discernimiento fácil y seguro de la voluntad de Dios sobre él, y su vida se va iluminando con la serenidad y la paz del cielo. El Señor le da luz para conocer su voluntad, y la fuerza necesaria para cumplirla.

El cristiano *se centra en sí mismo* (egocentrismo) cuando polariza su atención espiritual en la producción de éstas o aquellas obras buenas. Y en cambio *se centra en Dios* (indiferencia espiritual) cuando todo su empeño se pone en agradar a Dios, en guardar una fidelidad incondicional a su gracia, sea cual fuere. Entonces es cuando, apagado el ruido interno de ansiedades, temores y gozos vanos, va logrando el cristiano ese tan precioso silencio interior (*silentium mentis*, San Buenaventura), en el que escucha con facilidad la Voz divina, su voluntad, su mandato. Y así el humilde, por la oración y la abnegación de sí mismo,

guiado por el infalible instinto del amor, llega con facilidad al exacto discernimiento, muchas veces «sin que él sepa cómo» (Mc 4,27).

2.-La abnegación de la propia voluntad. Al humilde le horroriza quedar «abandonado a los deseos de su corazón» (Rm 1,24-26), ya lo he señalado. *No tener voluntad propia es la condición fundamental para poder conocer la voluntad de Dios.* Sin eso, no hay método de discernimiento que valga nada. El pecado original nos oscureció la razón y nos debilitó la voluntad para hacer el bien. Pero, ciertamente, no mató en nosotros la voluntad carnal. Por el contrario, la voluntad del hombre adámico quiere, quiere siempre —que pase esto, que no suceda, que se logre tal cosa, que venga ya, que no se le ocurra venir—... *quiere siempre, siempre está queriendo: quiere que se mata. Y así nos pierde.* Por tanto, clave para el buen discernimiento que hace posible la plena santificación cristiana es *mantener la voluntad en libertad vigilada, sin consentir jamás que quiera algo por sí misma.* Pues no hemos venido al mundo a hacer nuestra voluntad, sino la voluntad del que nos envió, Dios (cf. Jn 6,38). Por tanto, hermanos, «no hagáis lo que queréis» (Gál 5,17).

El apego a los planes propios suele ser uno de los obstáculos principales de la vida espiritual, por buenos que esos planes sean en sí mismos, objetivamente considerados, y lo mismo da que sean planes *propios* o estén trazados por *otros*. El cristiano carnal que intenta la perfección cristiana suele estar más o menos apegado a un cierto proyecto propio de vida espiritual, compuesto por un conjunto de obras buenas, bien concretas. Ese proyecto está condicionado con frecuencia por el temperamento propio, la educación recibida o el ambiente espiritual predominante. Uno, por ejemplo, que valora mucho la oración, se empeña en orar dos horas al día. Otro, muy activo, apenas tiene tiempos de oración, pues está firmemente convencido de que la caridad le exige hacer muchas cosas. Sin duda, estos proyectos personales pueden ser en sí mismos buenos y nobles, pero con harta frecuencia no coinciden con los designios concretos de Dios sobre la persona, y por tanto los resisten. Y de aquí vienen la ansiedad, el cansancio, el escaso crecimiento espiritual, el pecado a veces y quizá el abandono.

—«Pero vamos a ver: ¿y a usted quién le manda querer nada desde su propia voluntad? ¿Quién le autoriza a tener planes propios en su vida? Lo único que tiene que hacer usted es descubrir y realizar la voluntad de Dios. ¿Se imagina usted a la Virgen María “queriendo algo por su cuenta”? Es impensable. Ella es la esclava del Señor, y por tanto no tiene voluntad propia, y no quiere sino que se haga en ella la voluntad de su Señor».

Las cavilaciones incesantes son un horror, pero son inevitables mientras haya voluntades propias. Sepamos bien sabido que en las dudas persistentes no hallaremos la solución dándole mil vueltas al asunto, consultando ansiosamente a uno y a otro, considerando los pros y los contras en una labor interminable, aunque también querrá Dios que a veces hagamos algo de todo eso. Para salir de las dudas, lo más decisivo es *la oración de petición*, «¿qué he de hacer, Señor?», y procurar ante todo *que nuestra voluntad haga juego libre bajo la moción de la gracia*, es decir, esté sinceramente libre en esa cuestión de todo apego desordenado, se mantenga solamente atenta a Dios, entregada incondicionalmente a su voluntad, exenta tanto de deseos como de temores concretos. Nuestra vida espiritual ha de centrarse habitualmente en conseguir esa santa indiferencia, principalmente por la oración de petición. Y entonces la vida espiritual se va simplificando cada vez más, pues como dice San Juan de la Cruz, «el camino de la vida es de muy poco bullicio y negociación,



y más requiere mortificación de la voluntad que mucho saber» (*Dichos* 57).

Seguiré exponiendo, con el favor de Dios, las condiciones que hacen posible el acuerdo perfecto entre gracia y libertad.

(70)

4. Vida espiritual. y 2

—Si es que ya casi no me atrevo a hablar...

—Va usted bien: «el temor de Dios es el principio de la sabiduría». Y de paso me deja más tranquilo.

Para alcanzar un discernimiento espiritual verdadero es necesario que haya 1.—Humildad, y 2.—Abnegación de la voluntad propia. Pero hay también otras condiciones necesarias y otros signos fidedignos:

3.—La paz. *La misericordia entrañable de nuestro Dios guía siempre nuestros pasos por el camino de la paz* (Lc 1,78-79). Y así es porque nuestro «Dios no es un Dios de confusión, sino de paz» (1 Cor 14,38). Cristo «es nuestra paz» (Ef 2,14). Por eso todo lo que se hace en Cristo y con Cristo, bajo el impulso de su gracia, se hace con paz. Se hace con gozo o con dolor, pero siempre con paz. Por el contrario, cuando el cristiano, obrando desde sí mismo, aunque sea con la mejor intención, hace más o menos o algo distinto de lo que Dios quiere hacer con él, no está obrando con Cristo, no le deja obrar al Espíritu Santo, y necesariamente ve su paz disminuida o perdida. Por eso, *la espiritualidad cristiana siempre ha considerado la paz como uno de los criterios principales para el discernimiento.*

Así lo entiende Santa Teresa: «Suave es Su yugo, y es gran negocio no traer el alma arrastrada, sino llevarla con Su suavidad para su mayor aprovechamiento» (*Vida* 11,17). Y San Juan de la Cruz: «no es voluntad de Dios que el alma se turbe de nada ni padezca trabajos» (*Dichos* 56). Entiende aquí por *trabajos* aquellos esfuerzos que hace la voluntad del hombre sin la asistencia de la gracia de Dios. La paz está, pues, en esa pura sinergia de gracia y libertad. Pero analicemos un poco más este delicado punto.

4.-La conciencia. Para explicar bien este tema tan importante, recordaré primero una distinción ya clásica sobre la gracia. Continuamente está el cristiano bajo la acción de Cristo, su santa cabeza. Pero así como «muchos bienes hace Dios en el hombre que no hace el hombre [*gracia operante*], en cambio, ningún bien hace el hombre que no conceda Dios que lo haga el hombre [*gracia cooperante*]» (*Orange II*, 529, c. 20: *Denz* 390).

Pues bien, *cuando la gracia cooperante de Dios mueve la persona a una buena obra*, la inclina obrando de modos diferentes en su entendimiento, voluntad y sentimiento: –ilumina su *entendimiento* a veces muy claramente, y en otras ocasiones no, aunque siempre con claridad bastante como para que conozca la persona el bien que Dios quiere concederle obrar; –mueve siempre su *voluntad* con interior impulso, y éste es el dato decisivo al que la conciencia debe atenderse; –y en fin, no siempre estimula la inclinación de su *sentimiento*; a veces sí, pero a veces no.

Según esto, *cuando el testimonio de la conciencia nos dice que la gracia divina impulsa nuestra voluntad a una buena obra*, debemos hacerla sin ninguna duda, la entienda nuestro entendimiento en modo claro u oscuro, y sienta en ella gozo o dolor nuestro sentimiento; da lo mismo. Por el contrario, cuando, antes de intentar una obra, o aleccionados por la experiencia de su ejercicio, el testimonio de la conciencia *nos dice que la gracia no asiste nuestra voluntad para realizarla*, debemos cesarla o no intentarla, vea nuestro entendimiento lo que vea, y sienta nuestro sentimiento en ello dolor o gozo; da igual. Santa Teresa, siempre armoniosa al unir gracia y libertad, nos ilustra estos principios con algunos testimonios suyos biográficos, que yo elijo entre los referidos a la oración.

–*Cuando hay conciencia de que la gracia nos mueve a una obra buena, ha de hacerse aunque el sentimiento sufra una agonía.* «Muy muchas veces, algunos años, tenía [en la oración] más cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante que no la acometiera de mejor gana que recogerme a tener oración. Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, o mi ruin costumbre, que no fuese a la oración, y la tristeza que me daba entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen no le tengo pequeño) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y después que me había hecho esta fuerza, me hallaba con más quietud y regalo que algunas veces que tenía deseo de rezar» (*Vida* 8,7). Algunos llaman vencimientos a estas cooperaciones muy dolorosas de la voluntad libre con la gracia. Otro ejemplo semejante lo hallamos cuando Santa Teresa se fue al monasterio: «no creo será más el sentimiento cuando me muera» (4,1-2). Dios iluminaba su entendimiento para que supiera que ésa era la voluntad divina, y movía a ello su voluntad; pero dejaba el sentimiento en una desolación absoluta.

–*Por el contrario, no debe hacerse una obra buena, cuando la conciencia nos dice que la gracia no asiste nuestra voluntad para hacerla*, pues eso indica que no es voluntad de Dios. Supongamos que «el maestro que enseña [oración] aprieta en que sea sin lectura; si sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, será imposible durar mucho en ella, y le hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa. [Yo] si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro, y los pensamientos perdidos, con esto los comenzaba a recoger, y como por halago llevaba el alma. Y muchas veces en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la gracia que el Señor me hacía» (*Vida* 4,9). Y en ocasiones, ni con libro ni sin libro. Entonces, «no digo que no se procure [tener oración] y estén con cuidado delante de Dios, mas que si no pudieran tener ni un buen pensamiento, que no se maten. Siervos sin provecho somos, ¿qué pensamos poder?» (22,11). Sólo por enseñanzas como éstas –que no en cualquier santo hallamos tan claras– merece ser *Doctora* de la Iglesia.

5.-Discreción. *Haya en todo discreción.* Cuando la intención de hacer algo procede de Dios, «trae consigo la luz, y la discreción y la medida. Este es punto importante para muchas cosas, así para acortar el tiempo de la oración –por gustosa que sea– cuando se ven acabar las fuerzas corporales o hacer daño a la cabeza. *En todo es muy necesario discreción*» (*Camino Perf.* 19,13).

Cierta impotencia para orar, p. ej., al menos en buenos cristianos, «muy muchas veces viene [sólo] de indisposición corporal. Entiendan que son enfermos; múdese la hora de la oración, pasen como pudieren este destierro. *Con discreción*, porque alguna vez el demonio lo hará; y así está bien que, *ni siempre se deje* la oración cuando hay gran distraimiento y turbación, *ni siempre atormentar el alma a lo que no puede*. Otras cosas hay exteriores, de obras de caridad y de lectura, aunque a veces no estará ni para esto. *Nadie se apriete ni aflija*. Ya se ve que si el pozo no mana, nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados, para que cuando la haya, sacarla» (*Vida* 11,16-18).

6.-Cantidad de acción. *El discernimiento espiritual nunca ha de realizarse en clave meramente cuantitativa.* Error muy propio del voluntarismo. Por ejemplo, «como la oración es tan buena, cuanto más tiempo se le dedique, mejor». El criterio cuantitativo, al ser en cierto modo au-



tomático, elimina el discernimiento, es siempre in-discreto. Si queremos movernos bajo la moción de Dios, en todo es precisa la discreción. *Hagamos todo, solo y aquello que quiere obrar Dios en nosotros y con nosotros; no más, no menos, ni otra cosa.* Cuando Dios quiere darnos una hora diaria de oración, será soberbia hacer dos, o pereza hacer media. Si se hacen *dos* horas de oración, cuando Dios nos quiere dar una, la otra hora no viene del Espíritu, sino de la carne. No está haciendo el cristiano en esa hora lo que Dios quería hacer en él y con él. Por inclinación temperamental, por emulación, por gratificación sensible, por moda ideológica del grupo, por lo que sea, la voluntad humana se ha desviado de la Voluntad divina.

San Juan de la Cruz lo avisa claramente: «*considera lo que Dios querrá y hazlo, que por ahí satisfarás mejor tu corazón que con aquello a lo que tú te inclinas*» (*Dichos* 72). «No pienses que el agradar a Dios está tanto en *obrar mucho* como en obrarlo con buena voluntad, sin propiedad», sin apego (58).

7.-La Cruz. *En la duda, hemos de inclinarnos a lo que más nos une a la cruz de Cristo.* El Señor nos dijo «es estrecha la puerta y angosta la senda que lleva a la vida, y que pocos son los que dan con ella» (Mt 7,14). Así pues, en la duda, debemos inclinarnos «más a lo dificultoso que a lo fácil, a lo áspero que a lo suave, y a lo penoso de la obra y desabrido que a lo sabroso y gustoso de ella, y no andar escogiendo lo que es menos cruz, pues es carga liviana; y cuanto más carga, más leve es llevada por Dios» (*Cuatro avisos* 6; cf. *Avisos* 162). Es lo mismo que, por ejemplo, San Ignacio enseña en los *Ejercicios espirituales*, al describir el 3º grado de humildad: a igual gloria de Dios, o lo que es igual, en la duda, «quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios» etc. (167).

Es cierto que hay un *agere contra* falso y torpe, de muy malos efectos: «el que es comunicativo, que se calle; el retraído, que hable», etc. Es un criterio sin discreción, in-discreto, fundamentado en el principio falso «lo que más cuesta es lo más santificante». Pero hay un *agere contra* verdadero y sabio, porque «la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu... una y otro se oponen, y por eso no hagáis lo que queréis» (Gál 5,17). Si la conciencia nos dice que es voluntad de Dios que hagamos algo sensiblemente grato, hagámoslo al instante. Pero en la duda, digo en la duda, más bien que el camino ancho que apetece el hombre viejo y carnal, *prefiramos el camino angosto de la Cruz*. Es mucho más probable que acertemos así con la voluntad de Dios. Y si así no fuera, ya Él nos avisará.

Por tanto *no podemos hallar en lo grato y lo ingrato un criterio de discernimiento espiritual*. En ese sentido, San Juan de la Cruz avisa: «jamás dejes las obras por la falta de gusto o sabor que en ellas hallares... ni las hagas por sólo el sabor o gusto que te dieren» (*Cautelas* 16). Ahora bien, teniendo en cuenta que somos pecadores, y que nuestra expiación penitencial suele ser vergonzosamente insuficiente, *procuremos con amor participar más de la pasión del Señor* para la redención de los hombres (Col 1,24); reconozcamos que, al menos mientras todavía somos carnales, más peligro de afección desordenada suele haber, aunque no siempre, en lo atractivo que en lo repulsivo; recordemos que Jesús prefirió la pobreza a la riqueza, el oprobio al éxito mundano y al prestigio... Y así, por amor al Crucificado, cuando se nos presente realmente una duda entre dos caminos, uno ancho y otro estrecho, *prefiramos el estrecho*. Este amor a la Cruz es muchas veces clave para el discernimiento verdadero.



Supongamos el caso de una novicia que, estando convencida de su vocación y siendo ésta real, pasa gravísimas penalidades y sufrimientos en sus primeros años. Esto ocasiona a veces que la Superiora sin discreción la mande a su casa: «si tuviera vocación, Dios le asistiría con su gracia, y no lo pasaría tan mal». Gravísimo error. Eso es avergonzarse de la cruz de Cristo. Cuántas veces el Señor, como un arquitecto, antes de construir una torre muy alta, comienza por excavar unos cimientos muy profundos. Veámoslo en otro caso semejante, del que yo fui testigo. El caso de la novicia alarmantemente crucificada en sus comienzos, llevó a la Superiora a un discernimiento contrario: «mucho y muy pronto está el Señor crucificando a esta hija, que aguanta convencida de su vocación; que siga, pues, adelante con nuestra ayuda –y con nuestra paciencia–, y por la cruz llegará a la luz, por el dolor a la alegría de la resurrección». Y así fue: hoy vive en el monasterio renacida, en paz, alegre en el Señor. ¡Cuántas otras comunidades religiosas, avergonzándose de la Cruz de Cristo, no la habrían aguantado, y la habrían devuelto a su casa!

8.-La obediencia. Los monjes primeros, San Benito, San Bernardo, San Ignacio, todos los maestros espirituales cristianos aseguran lo mismo, traten de religiosos o de laicos: *el discernimiento más seguro es aquel que se ve ayudado por la obediencia*.

–*Santa Teresa de Jesús* «no hacía cosa que no fuese con parecer de letrados» (*Vida* 36,5). No se fiaba de sí misma, y llegaba al discernimiento de la voluntad de Dios, consultando a personas fidedignas. De una mujer muy piadosa, que no quería sujetarse a confesor fijo, decía: «quisiera más verla obedecer a una persona que no tanta comunión» (*Fundaciones* 6,18); que ya es decir. «No hay camino que más pronto lleve a la suma perfección que el de la obediencia» (5,10). Y no pensaba sólo en los religiosos al enseñar esa verdad. –*San Juan de la Cruz*: es Dios «muy amigo de que el gobierno y trato del hombre sea también por otro hombre semejante a él» (2 *Subida* 22,9): padre, cónyuge, párroco, director espiritual. Él estaba convencido de que muchos cristianos no van adelante por el camino del Evangelio «por faltarles guías idóneas y despiertas, que las guíen hasta la cumbre» (Prólogo *Subida* 3). –*San Francisco de Sales*: «¿Quieres con más seguridad caminar a la devoción? Busca algún hombre virtuoso que te adiestre y guíe... Jamás hallarás tan seguramente la voluntad de Dios como por el camino de esta humilde obediencia» (*Introd. a la vida devota* I, 4).

9.–**La oración de petición.** Y volvemos con esto al principio, a lo más importante: «¿qué he de hacer, Señor?» (Hch 22,10). *La oración de petición es la clave principal para discernir la voluntad concreta de Dios* en todas las cuestiones de nuestra vida –vocación, trabajo, oración, aceptación o rechazo de una oferta, etc.–. Es el medio más eficaz para lograr la perfecta sinergia entre gracia y libertad. Ella ha de ser siempre la proa de todas nuestras navegaciones espirituales. Señor, «danos luz para conocer tu voluntad y la fuerza necesaria para cumplirla» (*dom.1, T. Ord.*).

–IV–

Santo Tomás y Santa Teresita



1. Santo Tomás de Aquino

–Especulando especulaciones especulativas... Ay, madre.

–Permítame que le diga que el *pensamiento* de Santo Tomás, por estar fundamentado en Biblia, Tradición y Magisterio, como también en el realismo de la filosofía del ser, se expresa en un *lenguaje* muy claro y preciso, que nos comunica el *veritatis splendor*.

Para terminar esta gran cuestión, la examinaré brevemente en la doctrina de algunos santos.

Santo Tomás de Aquino (1225-74) nació de familia noble en el castillo de Roccasecca, en la provincia de Nápoles, del reino de Sicilia. Educado como oblat benedictino (1230-1239), ingresó en la Orden de Predicadores y estudió en Nápoles, París y Colonia, donde tuvo por maestro a San Alberto Magno. Fue ante todo un religioso santo, de altísima oración contemplativa. Y partiendo siempre de la Escritura, de los Padres y de los Concilios, logró, con la ayuda de la filosofía aristotélica, convenientemente evangelizada, una maravillosa síntesis filosófica y teológica.

Durante siglos los Papas han recomendado atenerse a su magisterio. Así lo dispuso también el concilio *Vaticano II* (OT 16). Y en 1983 el *Código de Derecho Canónico* ordenó que la teología dogmática, fundada en la Biblia y la Tradición, fuera estudiada «teniendo principalmente como maestro a santo Tomás» (c.252,3). Por eso es llamado el Doctor *común*, porque extiende su luz a todas las escuelas católicas de pensamiento. La iconografía del Doctor *angélico* suele poner en su pecho el sol de la Eucaristía, centro de su doctrina y devoción. Canonizado en 1323, fue declarado Doctor de la Iglesia en 1567, y Patrón de las universidades y centros católicos de estudio en 1880.

(71)

La causalidad universal de Dios, «en quien vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17,28) tanto en el orden natural como en el sobrenatural, es sin duda una de las verdades más importantes de la razón y de la fe, y una de las más ignoradas por los cristianos de hoy (*Catecismo* 318). Él mueve los astros en sus órbitas, hace crecer las plantas, da vida y movimiento a los animales, y, por supuesto, da ser, vida y movimiento a los hombres, sus criaturas más preciosas en el mundo visible.

Santo Tomás: «Dios es propiamente en todas las cosas *la causa del ser mismo* en cuanto tal, que es en ellas lo más íntimo de todo, y por tanto Dios *obra en lo más íntimo* de todas las cosas» (*Summa Theologicæ* I,105,5). «En cualquier género de causas, la causa primera es más causa que la segunda, ya que la causa segunda no es causa sino movida por la causa primera... Por tanto, *el supremo Agente actúa todas las acciones de los agentes inferiores, moviéndolos todos a sus acciones propias*» (*CGentes* 3,17). Así pues, «no sólo recibimos de Dios la virtud de querer [la voluntad libre], sino también la operación. Dios es por tanto causa en nosotros no sólo de *la voluntad*, sino también de *su querer*» (*ib.* 3,84). Parece evidente que aquello que «no tiene por sí mismo *el ser*, tampoco tiene por sí solo *el poder obrar*» (*In Sent.* d.37, q.2 ad 2). Y si esto es obvio en el plano natural, *a fortiori* lo es en el plano sobre-natural.

Dios nos salva con la gracia habitual y nos asiste siempre con sus gracias actuales. De ningún modo los hombres en nuestros actos libres nos auto-excluimos de la causalidad de Dios, que es universal.

«El hombre necesita para vivir rectamente un doble auxilio [de Dios]. Por un lado, un don habitual [la gracia *santificante*] por el cual la naturaleza caída sea restaurada y, así restaurada [sanada y elevada], sea capaz de hacer obras meritorias de vida eterna, que exceden las posibilidades de la naturaleza. Y por otro lado, necesita el auxilio de la gracia [*actual*] para ser movida por Dios a obrar... ya que *ningún ser creado puede producir cualquier acto a no ser por la virtud de la moción divina*»

(*STh* I,109,9). Por tanto, «la acción del Espíritu Santo, median- te la cual nos mueve y protege, no se limita al efecto del *don habitual* [gracia santificante, virtudes y dones], sino que ade- más *nos mueve* y protege juntamente con el Padre y el Hijo» (I,105,5 ad 2m). Esta doctrina expresa la enseñanza de la Biblia y de los Concilios, como ya vimos (61 y 68), en la que se afirma que *es Dios quien obra siempre en nosotros y con nosotros el querer y el obrar el bien*, y que es la gracia la que causa la obediencia de nuestra voluntad (Flp 2,13; *Indiculus*, c. 6; *Orange II*, c. 6; *Trento* ses. 6,16). No parece, pues, compatible con esa enseñanza la de Molina, según el cual, infundido el hábito de la gracia, «es suficiente el concurso general de Dios para realizar actos sobrenaturales de fe», esperanza y caridad (*Concordia* q.14, a.13, resp.8).

La moción de Dios no suprime la libertad del hom- bre, sino que la causa y activa. *Es posible el pecado*, la resistencia a la gracia, en la medida en que Dios lo permi- te. Y la docilidad del hombre a la gracia es un acto libre y meritorio asistido por la gracia. Por eso, como enseña Trento, «no puede decirse que el hombre mismo no hace nada en absoluto al recibir aquella inspiración, puesto que *puede también rechazarla*; pero *tampoco sin la gracia de Dios puede moverse*, por su libre voluntad, a ser justo ante Él» (ses.6, 5). Dice Santo Tomás: «Dios no nos jus- tifica sin nosotros, porque por el movimiento de la liber- tad, mientras somos justificados, consentimos en la justi- cia de Dios. Sin embargo, aquel movimiento no es causa de la gracia, sino su efecto. Y por tanto toda la operación pertenece a la gracia» (I-II,111, 2 ad 2m).

Y aquí lo explica más: «el libre albedrío es causa de su propio movimiento, pues el hombre *se mueve* a sí mismo a obrar por su libre albedrío. Ahora bien, la libertad no requiere necesaria- mente que el sujeto libre sea la primera causa de sí mismo; como tampoco se requiere para que una causa sea causa de otra el que sea su causa primera. *Dios es la causa primera que mueve, tanto a las causas naturales* [no libres], *como a las causas voluntarias* [libres]. Y de igual manera que al mover a las causas naturales no impide que sus actos sean naturales, así al mover a la volun- tarias tampoco impide que sus acciones sean voluntarias [esto es, libres], sino que más bien hace que lo sean, pues *Él obra en cada criatura según su propio modo de ser*» (I,83,1 ad 3m).

La gracia es eficaz por sí misma, intrínsecamente. El paso del teocentrismo cristiano bíblico y tradicional al antropocentrismo moderno deja a la mayoría de los cris- tianos ignorantes de esta verdad grandiosa. Cuántas ve- ces los creyentes, psicológicamente, se captan hoy a sí mismos como si fueran causa de su ser, o como si al me- nos fueran causa de su propio actuar.

Así pensaba Leonardo Leys, S. J., Lessius (1554-1623), pro- fesor en Lovaina, molinista puro, para quien *el sí o el no de la voluntad a la gracia «nace de la elección sola de la libertad, y no de la diversidad del auxilio preveniente»* de la gracia («*ex sola libertate illud discrimen oritur, ita ut non ex diversitate auxilii prævenientis*») (*De gratia efficaci*). Si así fuera, la libertad humana es la que haría eficaz la gracia divina.

La enseñanza de la Escritura y de los Concilios, ya re- cordada (61 y 68), nos asegura que no es el acto autóno- mo de la libertad el que da eficacia a la gracia, sino que, como dice *Trento*, es «Cristo Jesús, como cabeza sobre los miembros, quien *continuamente* (*iugiter*) influye su virtud [gracia] sobre los justificados, virtud que antecede siempre a sus buenas obras, las acompaña y sigue» (Sess. 6,16). De otro modo *la Causa divina, primera y univer- sal, no sería también causa primera del acto libre del hombre*, no produciría todo el ser y todas las diferencias del ser. Y el acto humano libre, lo más precioso del uni- verso creado, le quedaría substraído, y sólo tendría su

causa en el hombre. Lo cual es un gravísimo error filosó- fico y teológico.

Cito a dos Doctores de la Iglesia. San Roberto Belarmino, S. J. (1542-1621), como ya vimos (62), condena como gran error pensar que «la eficacia de la gracia se constituye por el asenti- miento y la cooperación humana». Y San Alfonso María de Li- gorio (1696-1787), afirma igualmente la existencia de «la gra- cia intrínsecamente eficaz con la que nosotros infaliblemente, aunque libremente, obramos el bien... No puede negarse que San Agustín y Santo Tomás han enseñado la doctrina de la efi- cacia de la gracia por sí misma y por su propia naturaleza» (*Tratado de la oración... II p., cp. IV*).

El dominico Billuart (1685-1757), señala las diversas expli- caciones teológicas de esta realidad, y concluye: «pero que la gracia es eficaz por sí misma e intrínsecamente, lo enseñamos los tomistas como un dogma teológico íntimamente conexo con los principios de la fe..., y con nosotros todas las escuelas, a excepción de la molinista» (*De Deo*, dis. VIII, a.5). El padre Ch. Baumgartner, S. J.: «siempre que obramos bien, la razón última no es la elección humana, sino la elección y predilección divinas... Si la gracia de Dios es eficaz, la razón última de esta eficacia no puede venir del consentimiento del hombre, sino de la voluntad y del amor de Dios» (*La gracia de Cristo*, Herder, Barcelona 1968, 371, 396).

Solo Dios puede mover y cambiar infaliblemente la libertad humana sin violentarla. «El corazón del rey, como una corriente de agua, está en manos de Dios, que lo puede dirigir a donde quiera» (Prov 21,1). La Escritu- ra, los Concilios, la Liturgia enseñan esta verdad con gran frecuencia, concretamente en oraciones de petición.

Sin embargo, «algunos, que no entienden cómo Dios puede causar la moción de la voluntad en nosotros sin lesionar la li- bertad de la voluntad, interpretan mal [estas enseñanzas de la Escritura], entendiendo que Dios causa en nosotros el querer y el obrar en cuanto que causa en nosotros *la virtud de querer* [virtutem volendi, la voluntad], pero no en cuanto que *nos haga querer* eso o lo otro... Éstos resisten evidentemente la enseñan- za de las Sagradas Escrituras. Isaías dice: «tú obras, Señor, en nosotros todo lo que nosotros hacemos» (26,12). Por tanto, no sólo tenemos de Dios la virtud de la voluntad, sino tam- bién el querer» (*CGentes* 3,84). «Dios, sin duda, mueve la vo- luntad inmutablemente, por la eficacia de su fuerza motora; pero por la naturaleza de la voluntad movida, que está abierta a di-



versas acciones, no le impone una necesidad, sino que permanece libre» (*De malo* 6 ad 3m).

Esta acción causal de Dios en la libertad humana es única. «Solo Dios puede *mover la voluntad* como agente sin violentarla» (CGentes 3,88); «solo Dios puede inclinar la voluntad, *cambiándola* de esto a lo otro, según su voluntad» (*De veritate* 22,9). Por eso cuando pedimos en la liturgia, «mueve, Señor, los corazones de tus hijos» (*dom. 34, T. Ord.*), no le suplicamos que violentamente nuestra libertad personal, sino que por su gracia la libere de sus cautividades, y de este modo «podamos libremente cumplir su voluntad» (*ib.* 32).

Dios no ama igualmente a todos los hombres. Y si alguien es más santo, es porque ha sido más amado por Dios. Es evidente que las criaturas existen *porque* Dios las ama: «Tú amas todo cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna» (Sab 11,25). También es evidente que entre los seres creados, concretamente entre los hombres, hay unos mejores que otros, hay unos que tienen más bienes que otros. ¿Y de dónde viene que unas personas sean mucho más buenas que otras? Del amor de Dios. *Dios no ama igualmente a todos los hombres. Y si uno es más bueno, es porque ha sido más amado por Dios.*

Recuerdo un principio previo. *El amor de Dios es muy diferente del amor de las criaturas.* El amor de éstas es causado por los bienes del objeto amado: «la voluntad del hombre se mueve [a amar] por el bien que existe en las cosas» o personas. Por el contrario, «de cualquier acto del amor de Dios se sigue un bien causado en la criatura» (STh I-II, 110, 1).

El amor de Dios es infinitamente gratuito, es un amor difusivo de su propia bondad: *Dios ama porque Él es bueno.* Así la luz ilumina por su propia naturaleza luminosa, no por la condición de los objetos iluminados. Y amando Dios a las criaturas, causa en ellas todos los bienes que en ellas pueda haber. Consecuentemente, si todos los hombres en alguna medida han recibido bienes de Dios, aquellos que han recibido más y mayores bienes los deben todos a un mayor amor de Dios hacia ellos.

Los santos, en sus autobiografías, dan con frecuencia testimonio agradecido de esta gran verdad, y a Dios atribuyen todo el bien que ellos tienen, que ciertamente es mucho mayor que el de otros hombres. «El Señor ha hecho en mí maravillas» (Lc 1,49). «¿Quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes tú, que no hayas recibido?... Gracias a Dios soy lo que soy» (1Cor 4,7; 15,10).

Por tanto, *Dios no ama más a una persona porque sea más perfecta y santa, sino que ésta es más santa y perfecta porque ha sido más amada por Dios.* Esta verdad es constantemente proclamada en la Escritura. En ella resplandece el amor especial de Dios por su pueblo elegido, Israel, «el más pequeño» de todos los pueblos (Dt 7,6-8); por María, haciéndola inmaculada ya antes de nacer; por los cristianos, «elegidos de Dios, santos, amados» (Col 3,12); por «el discípulo amado», etc. Por eso Santo Tomás enseña que,

«por parte del acto de la voluntad, Dios no ama más unas cosas que otras, porque lo ama todo con un solo y simple acto de voluntad, que no varía jamás. Pero por parte del bien que se quiere para lo amado, en este sentido amamos más a aquel para quien queremos un mayor bien, aunque la intensidad del querer sea la misma... Así pues, es necesario decir que *Dios ama unas cosas más que a otras*, porque como su amor es causa de la bondad de los seres, *no habría unos mejores que otros si Dios no hubiese querido bienes mayores* para los primeros que para los segundos» (STh I,20, 3). Es éste un principio teológico fun-

damental, que aplica el santo Doctor al misterio de la predestinación (I,23, 4-5) y a toda su teología de la gracia (I-II,109-114).

Son muchos los cristianos que hoy ignoran estas grandes verdades, pues casi nunca les son predicadas. Y por eso se desconciertan cuando las oyen. Pero un cristiano que apenas las conozca, conoce mal, muy mal, el misterio de Dios y el de su gracia. Apenas entiende la maravilla sobrenatural de la vida cristiana.

(72)

2. Santa Teresa del Niño Jesús. 1

—Bueno, a ver si con Santa Teresita acabamos de entenderlo.

—Así lo espero, con el favor de Dios.

Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), nace en Alençon, Francia, la última de nueve hermanos. Dios se sirvió de sus padres, Luis José Martín y María Celia Guerin, beatificados en 2008, y de sus hermanas para dar a Teresita una educación cristiana de altísima calidad, que le hizo crecer en el mundo de la gracia con una precocidad extraordinaria.

A los 2 años toma ya «la resolución de hacerse monja», y a los 3 decide «no rehusar nada al buen Dios», recibir siempre su gracia. Ingresa en el Carmelo de Lisieux a los 15 años y muere a los 24. Beata (1923), santa (1925), Patrona universal de las misiones católicas, con San Francisco Javier (1927), llega a ser Doctora de la Iglesia (1997). Su doctrina espiritual se expresa fundamentalmente en sus *Manuscritos autobiográficos*, escritos en tres cuadernos escolares, que han sido distribuidos en once capítulos (I-XI). El cuaderno A (1895, a su hermana, Hna. Inés de Jesús), el B (1986, a su hermana, Hna. M^a del Sagrado Corazón) y el C (1987, a su priora, M. María de Gonzaga). Son conocidos como *La historia de un alma*. También son numerosas sus *Cartas*, *Poesías* y *Oraciones*. Y del final de su vida tenemos las *Últimas conversaciones*, anotadas por la Hna. Inés de Jesús.

El escrito que sigue viene a ser *una antología de textos de Santa Teresita sobre la acción de la gracia de Dios en ella*. Y quiera el Señor que los lectores que no hayan acabado de entender la doctrina *intelectual* que hasta aquí he expuesto sobre gracia-libertad, la entiendan por fin en la declaración *experiencial* que hace de ella esta santa Doctora.

La distribución desigual que Dios hace de sus gracias, tan claramente experimentada por Teresita en su propia vida, es el primer tema que toca en su primer cuaderno, y que desarrolla a lo largo de todos sus escritos. Bien podría ella ser llamada *Doctora de la gracia*.

«Este es el misterio de mi vocación, el de toda mi vida: *el misterio, sobre todo, de los privilegios que Jesús ha dispensado a mi alma*. No a los que son dignos; Jesús llama a los que



quiere. O como dice S. Pablo: “Dios tiene misericordia de quien quiere y tiene compasión de quien quiere. No es, pues, obra ni del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que tiene misericordia” (Rm 9,15-16).

«Durante mucho tiempo estuve preguntándome a mí misma por qué Dios tenía preferencias; por qué no todas las almas recibían sus dones por igual. Era cosa que me maravillaba. Al verle prodigar favores extraordinarios a los santos que le habían ofendido —como S. Pablo, S. Agustín—, forzándoles, por así decirlo, a recibir sus gracias; o bien, al leer la vida de aquellos a quienes Nuestro Señor colmaba de caricias desde la cuna hasta el sepulcro, apartando de su camino todo lo que fuese obstáculo para elevarse a él, y previniendo sus almas con tales favores que no pudiesen empañar el brillo inmaculado de su vestidura bautismal, me preguntaba a mí misma por qué los pobres salvajes, por ejemplo, morían en gran número sin siquiera haber oído pronunciar el nombre de Dios».

«Jesús se dignó instruirme acerca de este misterio. Puso ante mis ojos *el libro de la naturaleza*. Y comprendí que todas las flores creadas por él son bellas», tanto una rosa aromática y preciosa, como una mínima margarita. «Lo mismo acontece en el mundo de las almas, que es *el jardín de Jesús*. Él ha creado a los santos grandes, que pueden compararse a las azucenas y a las rosas. Pero ha creado también a otros más pequeños... La perfección consiste en cumplir su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos» (I,2v-r).

Toda la vida de Teresita ha sido una obra maravillosa de la gracia de Dios. «No es mi vida propiamente dicha lo que voy a escribir, sino más bien mis pensamientos acerca de las gracias que Dios se ha dignado concederme»...

«La Flor [*la Florecilla de Jesús*] que va a contar su historia se complace en hacer públicas las delicadezas, totalmente gratuitas, de Jesús. Reconoce que *nada había en ella capaz de atraer sobre sí las divinas miradas del Señor; y que sólo su misericordia ha obrado todo lo bueno que hay en ella*. Él la hizo nacer en una tierra santa... Él la quiso precedida de ocho azucenas... Él, en su amor, tuvo a bien preservar a su Florecilla del aliento envenenado del mundo. Apenas empezaba a abrirse su corola,

cuando este divino Salvador la trasplantó a la Montaña del Carmelo»... (I,3v). *Sólo escribo «lo que Dios ha hecho por mí»* (I,4r).

Un natural malo y una educación excelente. *El don de la gracia de Dios no actúa en Teresita sobre un don de naturaleza sana y excelente.* Todo lo contrario. Ella misma se describe con una niña hipersensible, dada a llorar, con un enorme amor propio, y atacada a veces por unas rabietas de intensidad anormal. Transcribe de una carta de su madre:

«Cuando las cosas no salen a su gusto, se revuelca por el suelo como una desesperada, creyéndolo todo perdido. Hay momentos en que la contrariedad la vence, y entonces hasta parece que va a ahogarse. Es una niña muy nerviosa» (I,8r). Narra también la terrible rabietas que una vez tuvo contra la criada Victoria (II,15v-16r).

La gracia divina concedió, por el contrario, a Teresa una excepcional educación cristiana. «Dios se ha complacido en rodearme siempre de amor» (I,4v). Recordaré sólo algunos detalles muy significativos. Su hermana Paulina, por gracia de Dios, le obligaba en ocasiones a ejercitarse en ciertos *vencimientos*, como a vencer el miedo a quedarse a oscuras sola de noche: «considero una gracia muy señalada el que me acostumbráseis, Madre mía querida, a vencer mis temores» (II,18v). A los seis o siete años, yendo con su padre de paseo, un señor y una señora que les saludaron dijeron cortesmente que la niña «era muy guapa. Papá les contestó que sí; pero me di cuenta de que por señas les decía que no me dirigiesen alabanzas» (II,21v).

Muy lectora, la gracia de Dios le libró de malas lecturas. «No sabía jugar, pero me gustaba la lectura; me hubiera pasado la vida leyendo. *Gracias a Dios, tenía en la tierra ángeles para guiarme*; cuidaban de escogerme los libros... Nunca permitió Dios que leyese uno solo capaz de hacerme daño. Es verdad que al leer ciertos relatos caballerescos, no siempre percibía de momento la realidad de la vida; pero en seguida me daba Dios a entender que la verdadera gloria era la que duraba eternamente» (IV,31v-32r).

La gracia de la vocación la recibe de Dios con toda certeza. A los nueve años «comprendí que el Carmelo era el desierto adonde Dios quería que yo fuese a esconderme. Lo comprendí con tan viva evidencia, que no quedó la menor duda en mi corazón. No fue el sueño de una niña a quien uno pueda llevar en pos de sí; fue la certeza de una llamada divina» (III,26r).

Tuvo no pocas penas en su infancia y adolescencia. «Dios, que deseaba sin duda purificarme y sobre todo humillarme, permitió que aquel martirio íntimo durase hasta mi entrada en el Carmelo, donde el Padre de nuestras almas barrió como con la mano todas mis dudas... Si Dios permitió al demonio acercarse a mí, me enviaba también ángeles visibles que me ayudaban» (III,28v-29r).

A los diez años pasó una misteriosa enfermedad, con unos dolores de cabeza y delirios, que parecían fingidos. Su padre, viéndola tan mal, entregó varias monedas de oro para que se ofrecieran misas por ella en Nuestra Señora de las Victorias, en el santuario de París. «Se necesitaba un milagro, y fue Nuestra Señora de las Victorias quien lo obró... De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa que nunca había visto nada tan bello... Pero lo que me llegó hasta el fondo del alma fue *la encantadora sonrisa de la Santísima Virgen*» (III,30r). Con este gozo, quedó curada. Unos años más tarde, en 1887, visitando en París ese santuario, «la Santísima Virgen me dio a entender claramente que había sido ella, en verdad, quien me había sonreído y curado» (VI,56v).

Santa muy oculta y muy popular. No pocos santos, ya en vida, han sido reconocidos como santos. Pero no fue así en el caso de Santa Teresita. Cuando murió, no había en su comunidad conciencia de que habían convivido con una gran santa. Sólo lo fueron descubriendo al leer sus cuadernos biográficos. El Señor le reveló interiormente esta gracia. La que había de venir a ser *una de las santas más populares de nuestro tiempo, hasta hoy, en vida pasó oculta e inadvertida.*

«Recibí una gracia que siempre he considerado como una de las mayores de mi vida, pues en aquella edad no recibía aún las luces divinas de que ahora me veo inundada... Dios me hizo comprender que *mi gloria quedaría oculta a los ojos de los mortales, y que consistiría en llegar a ser una gran Santa...* Este deseo podría parecer temerario, teniendo en cuenta lo débil e imperfecta que yo era —y aún lo soy ahora, después de siete años vividos en religión—. No obstante, sigo sintiendo hoy la misma confianza audaz de llegar a ser una gran Santa, pues no me apoyo en *mis méritos —no tengo ninguno—*, sino en Aquél que es la Virtud y la misma Santidad. *El solo, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta sí, y colmándome de sus méritos infinitos, me hará Santa*» (IV,32r; subrayados suyos).

A los once años se preparó cuidadosamente a la primera comunión, con la ayuda de María, su hermana: «ella me indicaba el medio para llegar a ser santa por *la fidelidad en las más pequeñas cosas*» (IV,33r). Es el santo camino ya enseñado por San Francisco de Sales, Bossuet, Jean Pierre de Caussade, S.J. y otros maestros espirituales de la escuela francesa.

Por entonces, dice Teresita, *el Señor encendió en su corazón «un gran deseo de sufrir, quedando al mismo tiempo convencida de que Jesús me tenía reservadas un gran número de cruces. Al instante me hallé inundada de tan grandes consolaciones, que las considero como una de las gracias más extraordinarias que he recibido en mi vida...* Experimenté también *el deseo de no amar más que a Dios, de no hallar alegría fuera de él.* Con frecuencia repetía en mis comuniones las palabras de la Imitación [del Kempis]: “¡oh Jesús, dulzura inefable! Cambiadme en amargura todas las consolaciones de la tierra”. Esta oración brotaba de mis labios sin esfuerzo, sin violencia; me parecía repetirla, *no por voluntad propia, sino como una niña que repite las palabras que una persona amiga le inspira*» (IV,36r-v). La gracia de Dios obrando en ella y con ella.

La gracia hace que todo en Teresa, también sus deficiencias, sea para su bien. *Todo es para el bien de quienes aman a Dios* (Rm 8,28). Muy precoz en lecturas y pensamientos, era torpe en labores manuales y en el trato con las otras niñas. Era *muy distinta* de ellas, y aunque quería conseguir su aprecio, no lo conseguía.

«Ahora considero todo aquello como *una gracia de Dios, el cual, queriendo sólo para sí mi corazón, escuchaba ya mi súplica “cambiando en amargura las consolaciones de la tierra”.* Tanta mayor necesidad tenía yo de ello cuanto que, seguramente, no hubiera permanecido insensible a las alabanzas». Carecía, confiesa, «de habilidad para ganarme las simpatías de las criaturas. ¡Dichosa falta de habilidad! ¡Cuántos y cuán grandes males me ha evi-

tado! (IV,37v-38r). «Doy gracias a Jesús por haber permitido que sólo hallase amargura en las amistades de la tierra. Con un corazón como el mío, me hubiera dejado prender y cortar las alas. Y entonces ¿cómo habría podido “volar y descansar” [Sal 54,6]?... Jesús conocía lo débil que yo era, para exponerme a la tentación... Yo sólo encontré amargura donde otras almas más fuertes que la mía encuentran gozo, aunque renuncian a él porque son fieles» (IV,38v).

«*No es, por tanto, mérito mío, ni mucho menos, el haberme visto libre del amor a las criaturas, pues sólo la gran misericordia del Buen Dios me preservó de él.* De faltarme el Señor, reconozco que hubiera podido caer tan bajo como Santa María Magdalena. Sí, ya sé por las palabras de Nuestro Señor a Simón que “aquél a quien menos se le perdona, menos ama” [Lc VII,47]; pero esas profundas palabras resuenan con inmensa dulzura en mi alma, porque sé también que *Jesús me ha perdonado más a mí que a la Magdalena, puesto que me ha perdonado de antemano, impidiéndome caer*». Obró Dios con Santa Teresita como un médico que, más que curar a su hija de una caída, se adelanta a quitar la piedra del camino para que no se caiga (IV,38v).

«Si mi corazón no hubiese sido dirigido hacia Dios desde su primer despertar, si el mundo me hubiera sonreído desde mi entrada en la vida, ¿qué habría sido de mí?... ¡Con cuánta gratitud canto las misericordias del Señor! Cumpliendo las palabras de la Sabiduría, *¿no me “retiró Él del mundo antes de que su malicia corrompiese mi espíritu y sus apariencias engañosas sedujesen mi alma” [Sab 4,11]?*» (IV,40r).

El Señor «quiso llamarme a mí [al Carmelo] antes que a Celina [que era mayor que ella], y ella merecía mejor que yo, ciertamente, este favor. Pero Jesús sabía cuán débil era yo, y por eso me escondió primero en las cavernas de la piedra [Cantar 2,14; Ex 33,22]» (IV,44r). «Si el cielo me colmaba de gracias, no era debido, ciertamente, a mis méritos, pues era aún muy imperfecta» (V,44r).

De la fragilidad sufriente a la fortaleza alegre. Por temperamento, por sí misma, Santa Teresita era muy débil en sus sentimientos, muy frágil y vulnerable. Era *una sufridora*.

«Realmente en todo hallaba motivo de aflicción. Exactamente todo lo contrario de lo que me pasa ahora, pues *Dios me ha concedido la gracia de no apenarme por ninguna cosa pasajera.* Cuando me acuerdo del tiempo pasado, mi gratitud se des-



borda en mi alma viendo los favores que he recibido del cielo. Se ha obrado en mí tal cambio, que ni yo misma me reconozco. Deseaba, es verdad, alcanzar la gracia de “tener un dominio absoluto sobre mis acciones, ser su dueña, no su esclava”. Estas palabras de la Imitación me impresionaban profundamente. Pero sólo con el tiempo y a costa de deseos, por decirlo así, llegaría a obtener esta gracia inestimable. Entonces no era más que una niña que no parecía tener voluntad propia; lo cual hacía pensar a las personas de Alençon que era de carácter débil» (IV,43r-v).

«Verdaderamente, mi extremada sensibilidad me hacía insoportable. Si me acontecía disgustar involuntariamente a alguna persona querida, lloraba como una Magdalena... Y cuando empezaba a consolarme de la falta en sí misma, *lloraba por haber llorado*. Eran inútiles todos los razonamientos; no conseguía corregir tan feo defecto» (V,44v). ¿Cómo iba a entrar ella así en el Carmelo?... Necesitaba un cambio, una gracia especial. Distingue Santo Tomás entre gracia *operante* y gracia *cooperante*: «la primera depende de la gracia sola, mientras que la segunda de la gracia y del libre albedrío» (STh III,86, 4 ad 2m). Pues bien, el Señor concedió entonces a Teresita, según ella misma lo describe, una gracia operante maravillosa:

«Era necesario que Dios obrase un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento. Y el milagro lo realizó el día inolvidable de Navidad... La noche en que Él se hace débil y paciente por mi amor, a mí *me hizo fuerte y valerosa*. Me revistió de sus armas. Desde aquella noche bendita nunca más fui vencida en ningún combate. Por el contrario, marché de victoria en victoria. Comencé, por decirlo así, “una carrera de gigante” [Sal 18,5]... Fue el 25 de diciembre de 1886 [a los 13 años] cuando se me concedió la gracia de salir de mi infancia; en otras palabras, *la gracia de mi completa conversión*... Teresa ya no era la misma. *Jesús había cambiado su corazón*» (V,44v-45r).

Continuará, con el favor de Dios.



de peces. Hizo de mí un pescador de almas. *Sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores*, deseo que nunca hasta entonces había sentido tan fuertemente. Sentí, en una palabra, que *entraba en mi corazón la caridad*, la obligación de olvidarme de mí misma por complacer a los demás. Desde entonces fui dichosa... El mismo grito de Jesús en la cruz, “¡tengo sed!” [Jn 19,28] resonaba continuamente en mi corazón... Yo misma me sentía devorada por la sed de las almas. No eran todavía las almas de *los sacerdotes* las que me atraían, sino la de *los grandes pecadores*. Me abrasaba el deseo de librarlas del fuego eterno» (V,45v).

Jesús mismo va formando a la futura *Doctora de la Iglesia*. Por esos años le vino a Teresita el ansia de saber, sobre todo en temas de historia y de ciencias. Pero pronto le hizo ver el Señor que «aquello no era más que vanidad y aflicción de espíritu [+Eccl 2,11]» (V,46v).

«Me hallaba en la edad más peligrosa para las jóvenes. Pero Dios realizó en mí lo que cuenta Ezequiel en sus profecías [16,8-13]: “pasando a mi lado, Jesús vió que era llegado para mí el tiempo de ser amada... Extendió sobre mí su manto, me lavó con preciosos perfumes, me vistió ropas bordadas... Me alimentó con la más pura harina, con miel y aceite en abundancia... Todo esto me tornó bella a sus ojos, y él hizo de mí una reina poderosa”. Sí, *todo esto hizo Jesús conmigo*...»

«Desde hacía mucho tiempo me alimentaba con “la pura harina” contenida en la Imitación. Fue éste el único libro que aprovechó a mi alma, pues aún no había hallado los tesoros escondidos en el Evangelio... A los catorce años, con mis vivos deseos de saber, Dios creyó oportuno añadir a “la pura harina”, “miel y aceite en abundancia”... Me los proporcionó en las conferencias del señor Abate Arminjon sobre *El fin del mundo presente y los misterios de la vida futura*... Aquella lectura fue también una de las mayores gracias que he recibido en mi vida» (V,47r-v).

Celina y Teresa, con todo esto, se van preparando para su ingreso en el Carmelo. «Sí, seguíamos ligeras las huellas de Jesús. Las centellas de amor que él sembraba a manos llenas en nuestras almas... hacían desaparecer a nuestros ojos las cosas pasajeras, y de nuestros labios bro-

(73)

3. Santa Teresa del Niño Jesús. 2

—Y yo que pensaba que Santa Teresita era una santita para beatas e ignorantes...

—Ahí se ve qué profundo es el pozo de su propia ignorancia.

Seguimos contemplando el misterio de la gracia y la libertad en los *Manuscritos autobiográficos* de Santa Teresa del Niño Jesús.

El Señor le concede la gracia del celo apostólico en aquella misma noche de Navidad, en la que *la llorona fue fortalecida* para siempre. Cuando tenía trece años.

«Aquella noche luminosa comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo. La obra que yo no había conseguido realizar en diez años, Jesús la consumó en un instante, contentándose con mi buena voluntad, que por cierto, nunca me había faltado. Yo podía decirle como los apóstoles: “Señor, he estado pescando toda la noche sin coger nada” [Lc 5,5]. Más misericordioso conmigo que con sus discípulos, Jesús mismo cogió la red, la echó, y la sacó llena

taban aspiraciones de amor inspiradas por él... Creo que recibíamos gracias de un orden tan elevado como las concedidas a los grandes santos... El Amor nos hacía hallar en la tierra a Aquél a quien buscábamos» (V,47v).

«Gracias tan grandes no podían quedar sin frutos... y el renunciamiento se me hizo fácil aun en el instante primero. Jesús dijo: “al que tiene se le dará más, y se hallará en la abundancia” [Mt 13,12]. Por una gracia fielmente recibida, Él me concedía una multitud de gracias nuevas. Se me entregaba Él mismo en la Santa Comunión con mayor frecuencia de la que yo me hubiera atrevido a esperar» (V,48r-v).

Jesús mismo es su director espiritual. «Era mi camino tan recto, tan luminoso, que no necesitaba por guía más que a Jesús. Comparaba a los directores espirituales con los espejos fieles que reflejaban a Jesús en las almas, y pensaba que en mi caso Dios no se servía de intermediarios, sino que obraba directamente... Porque era pequeña y débil, se abajaba hasta mí y me instruía secretamente en las cosas de su amor. ¡Ah! si los sabios que vivieron entregados al estudio me hubieran examinado, ciertamente habrían quedado sorprendidos al ver a una niña de catorce años penetrar los secretos de la perfección, secretos que toda su ciencia no sería capaz de descubrirles nunca, porque para poseerlos es necesario ser pobre de espíritu» (V,48v).

Por pura gracia de Dios entra Teresita en el Carmelo. Todo, comenzando por su edad, quince años, se mostraba en contra. Las gestiones realizadas por quienes apoyaban su intento, todas quedaban en nada. «No hallaba ayuda alguna en la tierra, la cual me parecía un desierto árido y sin agua [Sal 62,2]. Sólo en Dios tenía puesta mi esperanza» (VI,66r). Y esta esperanza no le llevaba a una pasividad inerte —la esperanza es una *virtus*, una fuerza—, sino que, por el contrario, la llenaba de audacia, y superando su timidez, la hacía llegar hasta el mismo Papa León XIII (20-XI-1887).

Finalmente, «a pesar de todos los obstáculos, se realizó lo que Dios quiso. No permitió el Señor a las criaturas hacer lo que ellas querían, sino lo que quería él» (VI,64r). Y aunque la superiora del Carmelo de Lisieux no quería admitirla, para que no se juntasen en comunidad tres hermanas de sangre, «Dios, que tiene en su mano el corazón de las criaturas y lo maneja como quiere, cambió las disposiciones de dicha religiosa» (VIII,82v), y finalmente pudo ingresar en abril de 1888. «Así obró Jesús con su Teresita. Después de haberla probado durante mucho tiempo, colmó todos los deseos de su corazón» (VI,67v).

«¡Las ilusiones! Dios me concedió la gracia de no llevar ninguna [ilusión] al Carmelo. Hallé la vida religiosa tal y como me la había figurado. Ningún sacrificio me extrañó... Jesús me hizo comprender que las almas me las quería dar por medio de la cruz. Y mi anhelo de sufrir creció con el sufrimiento mismo» (VII,69v). La Priora, Madre María de Gonzaga, se mostró desde el principio muy severa con ella. «Y fue ésta una gracia inapreciable. ¡Cómo obraba Dios visiblemente en la que estaba en su lugar! ¿Qué hubiera sido de mí si, como creían las personas del mundo, yo hubiese sido el juguete de la Comunidad?» (VII,70v).

La Hna. Teresa confiesa que todavía estaba algo apegada al uso de las cosas bonitas. Pero «mi Director [Jesús] soportó aquello con paciencia, pues no acostumbra a dirigir a las almas enseñándoles todo a un tiempo. Suele ir concediendo poco a poco sus luces... No tardé en con-

vencerme de que cuanto más adelanta uno en este camino [de la perfección] más lejos se cree del término. Por eso ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría» (VII,74r).

Muy pronto, sin embargo, Jesús quiso librarla de esos pequeños apegos y le dio grandes luces sobre la pobreza, haciéndole entender que ella «consiste no sólo en verse una privada de las cosas agradables, sino también de las indispensables. Así fue como, en medio de las tinieblas exteriores, el Señor me iluminó interiormente» (ib.).

Dios le da la gracia de amar mucho la mortificación. Ella confiesa que cuando vivía en su casa familiar estaba «muy lejos de parecerme a esas hermosas almas que desde su infancia practicaron toda clase de mortificaciones. Yo no sentía por ellas ningún atractivo. Sin duda, aquello era debido a mi cobardía... Mis mortificaciones consistían en quebrantar mi voluntad, siempre dispuesta a salirse con la suya; en callar una palabra de réplica, en prestar pequeños servicios sin hacerlos valer, en no apoyar la espalda cuando estaba sentada, etc. etc.» (VI,68v). Desde niña, como ya vimos, había sido enseñada a buscar la santidad en «la fidelidad en las más pequeñas cosas» (IV,33v).

Ya en el Carmelo, igualmente, «me dedicaba especialmente a la práctica de las pequeñas virtudes, por no serme fácil practicar las grandes. Así, por ejemplo, me gustaba doblar las capas que olvidaban las Hermanas, y prestar a éstas los pequeños servicios que podía. Me fue dado también un gran amor a la mortificación. Y este amor era tanto más grande, cuanto menos era lo que me permitían hacer para satisfacerlo... De haber obtenido permiso para hacer muchas penitencias, de seguro que mi ardor no hubiera durado gran cosa. Las solas que me concedían, sin yo pedir las, era mortificar mi amor propio, lo cual me aprovechaba mucho más que las penitencias corporales» (VII,74v).

Teresa siempre se mueve movida por Jesús. «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Sabemos —es de fe— que la gracia habitual potencia al hombre para actos sobrenaturales, meritorios de vida eterna. Pero también sabemos que las gracias actuales del Señor le activan siempre para el bien. Esta doctrina, como ya lo expuse, es la más conforme con la Escritura, el Magisterio conciliar y la experiencia de los santos: «Dios, cuantas veces obramos bien, para que obremos, obra en nosotros y con nosotros» (Orange II, Denz. 379; cf. Trento ib.1546; STh I-II,109,9). Pues bien, Santa Teresa del Niño Jesús, al dar testimonio de su experiencia espiritual, confirma continuamente en sus escritos esa doctrina.

Por ejemplo, con ocasión de su Profesión religiosa, en septiembre de 1890, ella declara: «he observado con frecuencia que Jesús no quiere darme nunca provisiones. Me alimenta instante por instante con un manjar recién hecho. Lo encuentro en mí sin saber cómo ni de dónde viene. Creo, sencillamente, que es Jesús mismo, escondido en el fondo de mi pobrecito corazón, quien obra en mí, dándome a entender en cada momento lo que quiere que yo haga» (VIII,76r). «Sí, lo sé; cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí» (X,12v). «Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

Ella obra el bien cuando Jesús lo obra en ella y con ella; pero sin Él, no puede nada. Podemos comprobarlo, p.ej., en esta anécdota. Al tomar el velo religioso, se dolió mucho por la ausencia de su padre, recogido en una Casa de Salud. «Aquel día Jesús permitió que no fuese capaz de contener mis lágrimas... De hecho, había yo soportado otras pruebas mucho mayores sin llorar; pero era por haberme hallado asistida de una gracia poderosa. Por el contrario, el día 24, Jesús me dejó abandonada a mis propias fuerzas, y demostré cuán pequeñas eran» (VIII,77r).

Jesús le da santos deseos y le da luego su fuerza para obrarlos. Todo es don de su gracia. «¡Qué misericordioso ha sido el camino por donde Dios me ha llevado siempre. *Nunca me ha hecho desear cosa que luego no me haya concedido*» (VII,71r). Lo repite muchas veces en sus escritos. Dios «no ha querido que tuviese un solo deseo sin verlo inmediatamente satisfecho» (VIII,81r). «El Señor es tan bueno conmigo que me es imposible tenerle miedo. *Siempre me ha dado lo que he querido, o mejor, siempre me ha hecho desear lo que pensaba darme*» (XI,31r).

«¡Ah, cuántos motivos tengo para dar gracias a Jesús por haber tenido a bien colmar todos mis deseos! *Al presente no tengo ya ningún deseo*, si no es el de amar a Jesús con locura... Mis deseos infantiles han desaparecido... Ya no deseo ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos: *el amor es lo único que me atrae*... Al presente, *sólo el abandono me guía*, no tengo otra brújula» (VIII,82v).

Abandono, puro amor y ninguna voluntad propia. Ya Santa Teresita no quiere nada por su propia voluntad. *Quiere* no más, no menos, ni otra cosa, que *aquello* que Dios concretamente quiera obrar en ella. En la navidad de 1887, en una barquita que en su habitación lleva al Niño Jesús dormido, lee una sola palabra: «abandono» (VI, 68r). Ahora, en el Carmelo, con la muerte de *los deseos infantiles*, ya Teresa no quiere nada: «sólo el abandono es mi guía... *Ya no me es posible pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios sobre mi alma*, sin que las criaturas puedan ponerle obstáculos... “Ya sólo en amar es mi ejercicio” [San Juan de la Cruz, *Cántico* 28]» (VIII,83r). Y en este abandono total halla Teresita su paz y su alegría. «Tanto en las cosas pequeñas como en las grandes *Dios da el céntuplo en esta vida* a las almas que todo lo han abandonado por su amor» (VIII,81v).

Jesús quiere lo que quiere Teresa, pues ella ya no quiere sino la voluntad de Jesús. «*Siempre me ha dado lo que he querido, o mejor, siempre me ha hecho desear lo que pensaba darme*» (XI,31r).



(74)

4. Santa Teresa del Niño Jesús. 3

—Esta Santa pequeñita es una Santa pero que muy grande.

—Coincide usted con el Papa San Pío X: es «la santa más grande de los tiempos modernos». Y la más joven de los treinta y tres doctores de la Iglesia, pues murió a los veinticuatro años.

Continuamos contemplando en Santa Teresita la obra maravillosa de la gracia de Dios.

Santificada con mediaciones escasas. Algunas expresiones de Santa Teresita son sumamente audaces, y ella es consciente de ello. «Tal vez juzguéis exageradas mis expresiones... Pero yo os aseguro que *en mi pequeña alma no hay exageración alguna*; todo en ella está tranquilo y sereno. Al escribir, me dirijo a Jesús y le hablo a él; así me resulta más fácil expresar mis pensamientos» (IX,1v).

La gracia de Dios obra en ella maravillas en la Eucaristía, los sacramentos, en su familia, en la observancia fiel de la vida en el Carmelo, etc. Pero aparte de esos medios fundamentales, se sirve de *medios muy escasos*. No tiene director espiritual, tampoco lee muchos libros, fuera de los santos Maestros carmelitas. Tiene una especie de inapetencia crónica para leer diversos libros que la biblioteca del monasterio le ofrece.

«En medio de esta mi impotencia, la Sagrada Escritura y la *Imitación de Cristo* vienen en mi ayuda. En ellos encuentro un alimento sólido y completamente puro. Pero lo que me sustenta en la oración es por encima de todo el Evangelio. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre alma. Siempre descubro en él nuevas luces de sentidos ocultos y misteriosos. Comprendo, y sé por experiencia, que “el reino de Dios está dentro de nosotros” [Lc 17,21]. Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El es el Doctor de los doctores. Enseña sin ruido de palabras. *Nunca le oigo hablar; pero sé que está dentro de mí. Me guía, y me inspira en cada instante lo que debo decir o hacer*. Justamente en el momento que las necesito [no antes, no le da nunca provisiones], me hallo en posesión de luces cuya existencia ni siquiera habría sospechado. Y no es precisamente en la oración donde se me comunican abundantemente tales ilustraciones; las más de las veces es en medio de las ocupaciones del día...» (VIII,83rv).

Privilegiada inmensamente por el amor de Dios misericordioso. A su hermana Paulina, la que más influyó en su educación cristiana de niña y adolescente, y ahora su Priora del Carmelo, M. Inés de Jesús, le confiesa: «¡Oh, Madre mía querida! Después de tantas gracias ¿no podré yo cantar con el salmista: “El Señor es bueno y eterna es su misericordia” [Sal 117,1]?... *Creo que si las demás criaturas gozasen de las mismas gracias que yo*, Dios no sería temido de nadie, sino amado con locura. Y amándolo, no temiéndole, ninguna alma llegaría a ofenderle... Comprendo, sin embargo, que no todas las almas pueden parecerse. Es necesario que haya diferentes modelos, a fin de honrar especialmente cada una de las perfecciones

de Dios. *A mí me ha dado su misericordia infinita*, y a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas. Así, todas se me presentan radiantes de amor. Hasta la Justicia—y tal vez ella más que ninguna otra—me parece revestida de amor» (VIII,83v).

«Vos conocéis los ríos, o mejor, los océanos de gracia que han inundado mi alma... *Siento que el Amor me penetra y me rodea. Me parece que ese Amor Misericordioso renueva y purifica a cada instante mi alma*, no dejando en ella traza de pecado. Por eso, no puedo temer el purgatorio. Sé que por mí misma ni siquiera merecería entrar en ese lugar de expiación, al que sólo tienen acceso las almas santas. Pero sé también que *el fuego del Amor es más santificante que el purgatorio*. Sé que Jesús no puede desearnos sufrimientos inútiles, y que *no me inspiraría los deseos que siento si no estuviese dispuesto a colmarlos*» (VIII,84r).

«Madre mía: Jesús ha concedido a vuestra hija *la gracia de penetrar las misteriosas profundidades de la caridad*. Si me fuese posible expresar todo lo que me es dado a entender, oíríais una melodía celestial» (XI,18v). «¡Oh Jesús mío! Tal vez sea una ilusión, pero *creo que no podéis colmar a un alma de más amor del que habéis colmado la mía. Por eso me atrevo a pedirlos que améis a los que me disteis como me amáis a mí misma*» (XI,35r)... «Pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan estrechamente a sí que sea él quien viva y obre en mí». El Amor divino hará en Teresita y con ella todas las obras que quiera, «porque un alma abrasada de amor no puede permanecer inactiva» (XI,36r). Y sin embargo...

Noche oscura, ausencia habitual de consolaciones sensibles. «*No creáis que nado en medio de las consolaciones. ¡Oh no! Mi consolación es no tenerla en la tierra* [Es la gracia especial que pidió en su primera comunión, haciendo suya una frase de la *Imitación* IV,16,2]». (IX,1r). El Señor «permitió que mi alma se viese invadida por las más densas tinieblas... Y esta prueba no debía durar sólo unos días o unas semanas: no se extinguirá hasta la hora marcada por Dios... y esa hora no ha sonado todavía. Quisiera poder expresar lo que siento, pero, ¡ay!, creo que es imposible. Es preciso haber peregrinado por este negro túnel para comprender su oscuridad» (X,5v). «Madre querida, tal vez os parezca que exagero la congoja de mi alma. De hecho, si me juzgáis por los sentimientos que expreso en las poesías que he compuesto este año, os debo parecer un alma llena de consolaciones, para quien casi se ha rasgado el velo de la fe».

«Y sin embargo, *no es ya un velo, es un muro que se eleva hasta el cielo y me oculta el firmamento estrellado*. Cuando canto la felicidad del cielo, la eterna posesión de Dios, *no experimento alegría alguna, porque canto simplemente lo que deseo creer*. Algunas veces, es verdad, un pequeñito rayo de sol viene a esclarecer mis tinieblas; entonces la prueba cesa por un instante. Pero inmediatamente, el recuerdo que trae consigo este rayo de luz, en lugar de causarme gozo, hace aún más espesas mis tinieblas. *Nunca había experimentado como ahora qué dulce y misericordioso es el Señor*. No me mandó este martirio interior antes, sino en el momento en que me encuentro con fuerzas para soportarlo, pues de haber sido antes, creo que me hubiera hundido en el desaliento. Al presente, este tormento limpia todo lo que de satisfacción natural pudiera haber en el deseo que tengo del cielo. Me parece que ahora ya nada me impide volar, pues *no tengo grandes deseos, excepto el de amar hasta morir de amor* (9 de junio [1895])» (X,7v).

El Señor le muestra su vocación personal: ser el amor en la Iglesia. Santa Teresita, aunque era tan consciente de su pequeñez y debilidad, confiesa con todo atrevimiento: «Ser tu esposa, Jesús, ser *carmelita*, ser por mi unión contigo madre de almas, debería bastarme... Pero no es así... *Yo siento en mí otras vocaciones. Siento la vocación*

de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir... Siento en mí la vocación de sacerdote... ¡Oh, Jesús, amor mío, vida mía! ¿cómo hermanar estos contrastes? ¿Como realizar los deseos de mi alma pobrecita? Tengo vocación de apóstol, quisiera recorrer la tierra, plantar tu cruz gloriosa en tierra infiel. Pero, Amado mío, una sola misión no sería suficiente para mí. Quisiera anunciar el Evangelio al mismo tiempo en las cinco partes del mundo... Quisiera ser misionero, y no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y seguir siéndolo hasta la consumación del mundo» (IX, 10v).

Así escribía en su celda la que sería, con toda razón, Patrona universal de las misiones católicas... «¡Jesús, Jesús! ¿qué responderás a todas mis locuras? ¿Hay acaso un alma más pequeña e impotente que la mía? Y no obstante fue precisamente esta mi debilidad la que te movió siempre, oh Señor, a colmar mis pequeños deseos, y la que te mueve hoy a colmar otros deseos míos más grandes que el universo» (IX,3r). Una vez más, el Señor responde a los deseos que en ella había infundido, mostrándole el himno paulino de la caridad, 1 Corintios, 12-13:

«Por fin había encontrado el descanso para mi alma... Considerando el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo; o mejor dicho, creía reconocermé en todos. *La caridad me dió la clave de mi vocación...* Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor... *Comprendí que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo*, que el amor abarca todos los tiempos y todos los lugares, en una palabra, que el amor es eterno. Entonces, en un transporte de alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, amor mío! Por fin he encontrado mi vocación; mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi lugar en la Iglesia. Dios mío, vos mismo me lo habéis enseñado. En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor. Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado» (IX,3v).

Un caminito humilde santo y santificante para los pequeños. Y para todos. «*Siempre he deseado ser una santa*», confiesa Santa Teresita, al mismo tiempo que declara su pequeñez y debilidad tan grandes. Y el ser consciente de su mínima condición personal, «en vez de desanimarme, siempre que lo he pensado, me ha llevado a esta reflexión: *Dios no puede inspirar deseos irrealizables. Por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad*. Crecer me es imposible. He de soportarme a mí misma tal cual soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hallar el modo de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo (*je veux chercher le moyen d'aller au Ciel par une petite voie bien droite, bien courte, une petite voie toute nouvelle*). Estamos en el siglo de los inventos». Ahora en vez esforzarse subiendo escaleras, basta con tomar *el ascensor*. «Yo quisiera encontrar también un ascensor para llegar hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección. Entonces busqué en los Sagrados Libros... y hallé estas palabras: “el que sea pequeñito que venga a mí” [Prov 9,4]» (X,2v).

«Madre, yo soy demasiado pequeña para sentir vanidad, soy demasiado pequeña también para hacer frases bonitas con el fin de hacerle creer que giento una gran humildad. Prefiero reconocer con toda sencillez que *el Todopoderoso ha obrado grandes cosas en el alma de la hija de su divina Madre; y la más grande de todas es precisamente haberle dado a conocer su pequeñez y su impotencia*» (X,4r).

Santa Teresita habla de su invento con ironía, en broma, pues en realidad de ningún modo lo entiende ella como

un camino nuevo. Ya desde niña, antes de la primera comunión, le han inculcado «el medio para llegar a ser santa por la fidelidad en las más pequeñas cosas» (IV,33r). Y bien sabe ella que todos los santos han llegado a la santidad experimentando y descubriendo la infinita Misericordia divina en la insondable miseria del ser humano. *Todos los santos se reconocen como un niño* analfabeto, que solo puede escribir algo válido si su mano es llevada por la mano de Dios. Pero algunos ha habido que no captaron la broma. Un cierto autor francés, por ejemplo, escribió un libro sobre la espiritualidad de Santa Teresita, dándole por subtitulo flamante *un chemin entièrement nouveaux*, descubrió, por cierto, en Francia. En realidad, Teresita, en el sentido etimológico más preciso, *inventa = encuentra*, en medio de una selva de católicos voluntaristas, pelagianos o semipelagianos, y de luteranos, quietistas, jansenistas, etc., el camino verdadero de la fe católica. No hay otro. *No hay en la Iglesia otro camino de perfección que el de la infancia espiritual*. «Si no os hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3). Está claro.

Amor al prójimo. *Se preguntaba Santa Teresita, ¿cómo amar al prójimo como Jesús le amó?* Parece un mandato imposible de cumplir. El Concilio de Trento afirma que «Dios no manda cosas imposibles», porque Él hace posible por su gracia su cumplimiento (Denz 1536). Y así es como nuestra santa y joven Doctora responde a su pregunta. Los mandamientos son gracias *externas*, por las cuales Cristo nos revela aquello que, asistiéndonos con su gracia *interna*, quiere Él obrar en nosotros y con nosotros.

«¡Ah Señor! Sé que no mandáis nunca nada imposible. Conocéis mejor que yo misma mi debilidad. Sabéis que nunca podría amar a mis Hermanas como vos las amáis, *si vos mismo, oh Jesús, no las amáis también en mí*. Y porque queráis concederme esta gracia, por eso impusistis un mandamiento nuevo. ¡Oh, con qué amor lo acepto, pues me da la certeza de que *es voluntad vuestra amar en mí a todos los que me mandáis amar!* Sí, lo experimento: *cuantas veces yo soy caritativa, es Jesús quien obra en mí*. Y cuanto más unida estoy a él, tanto más amo a mis Hermanas» (X,12r).

«He notado, y es muy natural, que las Hermanas más santas son las más amadas... Por el contrario, a las almas imperfectas no se las busca... se evita su compañía... Pues ved la conclusión que saco de todo esto: En la recreación, en la licencia, *debo buscar la compañía de las Hermanas que me son menos agradables* y cumplir con esas almas heridas el oficio del buen Samaritano. Una palabra, una sonrisa amable, bastan a veces para alegrar un alma triste... Deseo ser amable con todas —particularmente con las Hermanas que me son menos agradables— para complacer a Jesús y seguir el consejo que él nos da en el Evangelio [Lc 14,12-14; Mt 6,4]» (XI,27v-28r).

Seguiremos, Dios mediante.

(75)

5. Santa Teresa del Niño Jesús. 4

—Santa Teresita de Lisieux...

—Diga mejor Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, que es su nombre propio.

Continuamos contemplando la unión misteriosa de gracia y libertad en esta Santa.

La acción apostólica. Hemos comprobado bien cómo Santa Teresita creía en la absoluta necesidad de la gracia para la *santificación personal*, declarando que sin ella no podía nada. Esta misma convicción la tuvo en referencia a la *santificación de los otros* por medio de la acción apostólica. Pudo comprobarla experimentalmente cuando fue nombrada ayudante de la Maestra de novicias.

Ella, confiesa, «desde hace mucho tiempo ha comprendido que *Dios no necesita de nadie*, y menos de ella que de las demás, para hacer el bien en la tierra» (X,3r). Se entrega, pues, a su nuevo oficio en la comunidad con toda esperanza. «Desde que comprendí que *nada podría hacer por mí misma*, la tarea que me confiasteis ya no me pareció difícil. Vi que *lo único que necesitaba era unirme más y más a Jesús*, y que “lo demás se



me daría por añadidura” [Mt 6,33]. En efecto, nunca resultó fallida mi esperanza. Dios se dignó llenar mi mano cuantas veces fue necesario para alimentar el alma de mis Hermanas. Os confieso, Madre muy querida, que si yo me hubiera apoyado lo más mínimo en mis propias fuerzas, muy pronto os hubiera rendido las armas. De lejos parece fácil y de color de rosa el hacer el bien a las almas, el enseñarles a amar más a Dios, el modelarlas según los propios puntos de vista y los pensamientos personales. De cerca es todo lo contrario: el color rosa desaparece...

y se comprueba que *hacer el bien [a las personas] es tan imposible sin la ayuda de Dios como hacer brillar el sol en medio de la noche*. Se comprueba que es absolutamente necesario olvidar los gustos personales, renunciar a las propias ideas y guiar las almas por el camino que Jesús les ha trazado, sin pretender hacerlas ir por el nuestro» (XI,22v).

El reconocimiento de la primacía de la gracia –al contrario de los planteamientos semipelagianos– lleva consigo esta absoluta delicadeza en el servicio de las almas: «¡qué diferentes son los caminos por los que el Señor conduce a las almas!» (X,2r). «Dios me hizo comprender que hay almas a las que su misericordia no se cansa de esperar, a las que *no da su luz sino por grados*. Por eso, me guardaba yo muy bien de *adelantar* la hora de Dios, y esperaba pacientemente a que Jesús tuviese a bien hacerla llegar» (XI,20v-21r).

El Señor actúa en Teresita, y ella obra con absoluta humildad y confianza. «*Yo soy un pincelito que Jesús ha escogido para pintar su imagen en las almas que me habéis confiado*» (XI,20r). Oración y acción apostólica han de ir siempre juntas: «supliqué a Dios que pusiese en mis labios palabras dulces y convicentes, o mejor, que *él mismo hablase por mí*» (XI,21r). «*La oración y el sacrificio* constituyen toda mi fuerza; son las armas invencibles que Jesús me ha dado. Pueden, mucho mejor que las palabras, tocar los corazones. Muchas veces lo he comprobado» (XI,24v). Así confiada en Dios, y sin fiarse en nada de sí misma, hacía Teresita el bien a sus Hermanas, y en ocasiones tenía aciertos inexplicables.

En una ocasión, una Hermana, que estaba sufriendo una gran pena interior, se acerca sonriente a Sor Teresa, y ella le dice con toda seguridad: «“tú tienes una pena”. Si hubiese hecho caer la luna a sus pies, creo que no me hubiera mirado con mayor asombro. Fue tan grande, que una especie de pasmo se apoderó también de mí, y por un instante experimenté como un miedo sobrenatural. Estaba yo segura de no poseer el don de leer en las almas; y por eso me quedé tanto más asombrada cuanto más justamente había dado en el blanco. *Sentí la presencia de Dios muy cerca de mí. Supe que había repetido sin darme cuenta, como un niño, palabras que no salían de mí sino de Dios...* Por otra parte, nada de eso sería capaz ciertamente de inspirarme vanidad, pues *traigo de continuo presente en la memoria el recuerdo de lo que soy*» (XI,26r).

Vencimientos heroicos en cosas mínimas. Santa Teresita siempre *se mueve movida* por la gracia de Dios, lo que da a sus actos una facilidad sobrenatural: «mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,30). Pero de ningún modo esta colaboración con la gracia divina es siempre sin dolor y esfuerzo. Ya dije que la gracia, para la obra buena, auxilia siempre al entendimiento y a la voluntad, pero no siempre al sentimiento. Por eso *la docilidad a la gracia cuesta a veces esfuerzos heroicos*, que la voluntad obra con el auxilio de la gracia. Teresita, con estos *vencimientos*, realiza actos muy intensos de virtud, y consigue grandes crecimientos espirituales. Recuerdo algunos ejemplos. El amor propio, concretamente, al menos como tentación, duró en ella bastantes años.

Estando en el Convento, «*hacía yo grandes esfuerzos por no disculparme*, lo que me resultaba muy difícil... Os referiré mi primera victoria; no fue grande, pero *me costó mucho*. Se encontró rota una vasija que habían dejado detrás de una ventana. Nuestra Madre, creyendo que había sido yo, me la enseñó diciéndome que otra vez pusiese más cuidado. En seguida, sin replicar, besé el suelo, prometiendo ser más cuidadosa en lo futuro. Estas pequeñas prácticas [de humildad] me costaban mucho a causa de mi poca virtud, y me tenía que ayudar pensando que en el Juicio final todo se llegaría a saber» (VII,74v).

Escenas de *vencimientos* como ésta hay muchas en la vida de la Santa. Pero citaré una que me parece especialmente conmovedora. Teresa, la Reinecita, la hermanita menor, la novena, siempre había sido muy amada en su familia, tanto por sus hermanas como por su padre, y en la soledad y el silencio del Carmelo a veces lo pasaba muy mal.

Confiesa en sus escritos a la Madre superiora: «Recuerdo que siendo postulante, me venían a veces tan violentas tentaciones de entrar en vuestra celda para darme gusto, para encontrar algunas gotas de consuelo, que *me veía obligada a pasar rápidamente por delante del despacho y agarrarme al pasamano de la escalera*. Se me representaba una multitud de permisos que pedir, hallaba mil razones para complacer mi naturaleza. ¡Cuánto me alegro ahora de las *renuncias* que me impuse en los principios de la vida religiosa! Al presente gozo ya de la recompensa prometida a los que combaten generosamente» (XI,21v-r).

La caridad fraterna también le costó a veces grandes esfuerzos, siempre realizados con la moción de la gracia del Señor. Una anciana insoportable, la Hermana Saint-Pierre, medio inválida, necesitaba ayuda para todo. «A mí me costaba mucho ofrecerme para prestar aquel servicio... Es increíble lo que me costaba». Pero con la gracia de Dios hacia su servicio, y al terminarlo, «antes de marcharme, le dirigía la más graciosa de mis sonrisas» (XI, 28v-29r). Otras veces, en el coro, lo tocaba estar cerca de una Hermana que hacía un ruidito extraño, semejante al que se haría frotando dos conchas una con otra...

«Imposible me resulta, Madre mía, deciros cuánto me molestaba aquel ruidillo. Sentía grandes deseos de volver la cabeza y mirar a la culpable, que con toda seguridad no se daba cuenta del molesto sonsonete que producía. Mirar atrás hubiera sido el único modo de hacérselo notar. Pero *en el fondo del corazón comprendía que era mejor sufrirlo por amor de Dios y por no causar pena a la Hermana*. Así que permanecía tranquila, pro-



curando unirme a Dios y olvidar el pequeño ruido. Pero todo era inútil; sentía que me inundaba el sudor, y me veía obligada a hacer sencillamente una oración de sufrimiento. Aun entonces, procuraba *sufrir sin irritación, con alegría y paz*, al menos en lo íntimo del alma. Me esforzaba por hallar gusto en aquel soniquete, o bien hacía los posibles por no oírlo. ¡Todo en vano!» (XI,30v).

Algo semejante narra cuando en el lavadero una Hermana poco cuidadosa le salpicaba una y otra vez el rostro con el agua sucia: «Mi primer impulso fue el de echarme atrás y enjugarme el rostro, a fin de hacer ver a la Hermana que me asperjaba el gran favor que me haría obrando con más suavidad. Pero en seguida pensé que *era bien tonta al rehusar unos tesoros que tan generosamente se me daban*, y me guardé muy bien de manifestar mi lucha interior. Meforcé por sentir el deseo de recibir en la cara mucha agua sucia, de suerte que *terminó por gustarme* aquel nuevo género de aspersión» (XI,30v-31r).

Así es como el Señor hizo de Teresita una gran santa. «Cinco panes y dos peces», muy poca cosa, es lo que aquel joven del Evangelio puso en manos de Jesús, pero con su mínima ofrenda vino a dar de comer a una gran multitud. No se hubiera producido el milagro probablemente si hubiera entregado solo cuatro panes y un pez. Pero él, movido por la gracia, hizo al Maestro la ofrenda de todo lo que tenía. De modo semejante, Teresa, dócil a la acción de la gracia, se entrega a Dios entera, sabiéndose muy pequeña, y llega a una altísima santidad personal. Viene a ser además una de las Santas más santificantes para los cristianos de su tiempo, hasta el día de hoy, ayudados por su ejemplo y sus escritos: tres cuadernos escolares.

Perfecta en la humildad. El Señor misericordioso, «porque era pequeña y débil, se abajaba hasta mí y me instruía secretamente en las cosas de su amor» (V,49r). En el camino de la perfección «cuanto más se adelanta, tanto más lejos se cree del término. Por eso, *ahora me resigno a verme siempre imperfecta, y encuentro en ello mi alegría*» (VII,74r). Perfecta en la humildad, ya no hay en ella amor propio que sufra al verse defectuosa:

«No siento pena alguna al ver que soy la debilidad misma; antes al contrario, me glorio de ello [2Cor 12,5], y cuento con descubrir en mí cada día nuevas imperfecciones» (X,15r). «Sé encontrar siempre el modo de estar alegre y de sacar provecho de mis miserias» (VIII,80r). «¡Qué dulce es el camino del amor! Ciertamente, se puede caer, se pueden cometer infidelidades; pero sabiendo el amor sacar provecho de todo, bien pronto consume lo que puede disgustar a Jesús, no dejando más que una humildad y profunda paz en el fondo del corazón» (VIII,83r).

Santa Teresita *guarda la paz en su absoluta humildad*, siempre abierta a la gracia. Y no le perturba demasiado ser a veces mal entendida y juzgada: «digo con San Pablo: “poco me importa ser juzgada por ningún tribunal humano. Yo no me juzgo a mí misma. Quien me juzga es el Señor” [1Cor 4,3-4]» (X,13v). Ella tiene la humildad plena de *un mendigo que pide, pero que no exige nada*, y que se conforma con lo que le dan. Es perfecta en la humildad.

No se avergüenza de *ejercitarse sólo en pequeñas cosas y pequeñas virtudes*, reconociendo que no vale para más. Señor, «no tengo otro medio de probaros mi amor...; es decir, no desperdiciar ningún sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra; aprovecharme de las pequeñas cosas, aun de las más insignificantes, haciéndolas por amor» (IX,4r-v).

No se avergüenza de *confesar sus limitaciones*: «debería darme pena el dormirme, desde hace siete años, durante la oración y la acción de gracias. Y sin embargo, nada de esto me da pena. Pienso que los niños agradan lo mismo a sus padres dormidos que despiertos» (VIII,75v). Declara también sencillamente:



«*Rezar yo sola el rosario* —me da vergüenza decirlo— me cuesta más que ponerme un instrumento de penitencia... ¡Sé que lo rezo tan mal! Por más que me esfuerzo por meditar los misterios del rosario, no consigo fijar la atención» (XI,25v).

No le da vergüenza confesar que *muchas de sus riquezas no son sino miserias suyas llenadas por la misericordia de Dios*. Así, p. ej., cuando explica su oración por su incapacidad de tratar con la gente. En el pensionado de la Abadía no era una niña atractiva ni para profesoras ni para sus compañeras: «nadie se ocupaba de mí. Por eso, subía a la tribuna de la capilla, y allí permanecía delante del Santísimo Sacramento hasta que papá venía a buscarme. Aquel era mi único consuelo. ¿No era, acaso, Jesús mi único amigo? No sabía hablar con nadie más que con él. Las conversaciones con las criaturas, aun las conversaciones piadosas, me ponía cansancio en el alma. Estaba segura de que era preferible hablar con Dios que hablar de Dios, pues es mucho el amor propio que se mezcla en las conversaciones espirituales» (IV,40v).

Ni siquiera se avergüenza en su humildad de *confesar las gracias excepcionales que el Señor le ha dado*. Sabe bien que no son sino dones gratuitos de Dios. Su sabiduría espiritual, p. ej. es tan grande, declara, que los estudiosos «ciertamente habrían quedado sorprendidos al ver una niña de catorce años penetrar los secretos de la perfección, secretos que toda su ciencia no sería capaz de descubrirles nunca» (V,49r).

Doctora de la gracia. Siempre la Iglesia ha sabido que *todos los cristianos están llamados a la santidad*, pues siempre ha inculcado que todos los cristianos cumplan el primer mandamiento, «amar a Dios con todo el corazón»; y en eso justamente consiste la santidad. Pero Santa Teresita *redescubre* esta verdad, mostrando en sus escritos qué sencillo es el camino de la santidad, y qué posible es, con la gracia de Dios, avanzar por el día a día, sea el cristiano religioso o laico, fuerte o débil, culto o iletrado, sano o enfermo, y sea ésta o la otra la circunstancia de familia y de trabajo en que vive.

La espiritualidad de Teresita difiere mucho del voluntarismo vigente en su tiempo. Por eso, aunque la fórmula *Dios me-nos-te pide* era quizá entonces la más frecuente en el lenguaje espiritual sobre la gracia, ella la usa en muy raras ocasiones (I,10v; V,49v. 52r; 53r; VI,64r; IX,4r; Cta 57,1v; 96,2r; 108,1v), y siempre la emplea en el contexto de la gracia: p. ej., «hay que saber reconocer lo que Dios pide a las almas y secundar la acción de su gracia, sin acelerarla ni frenarla nunca» (V,53r).

En los *Manuscritos autobiográficos* es siempre *Jesús* quien, con inmenso amor generoso, fortalece a Santa

Teresita, la guía, le corrige, le muestra, le concede, le da, obra en ella y con ella... –Y señalo, al paso, que en sus escritos habla casi siempre de «Jesús» para referirse a Jesucristo, al Señor, a Dios, a la Santísima Trinidad—. *Ella, pues, entiende toda su vida como un don gratuito del amor de Dios*. Y porque está convencida de que todo es gracia, por eso *espera llegar a ser una gran Santa*, aun viéndose tan miserable y débil. Nada hay en ella, así lo reconoce, que merezca las excelsas gracias con las que Dios ha querido privilegiarla desde niña. Jesús mora en su corazón obrando el bien en ella unas veces Él solo, pero normalmente en ella y con ella. Sin Jesús, que le asiste instante por instante, ella no puede nada por sí misma. Pero con Él todo lo puede.

Al expresar Santa Teresita este camino de *la infancia espiritual*, confiesa en una síntesis preciosa todas las grandes verdades de la Biblia y los Padres, de los Concilios y el Magisterio apostólico sobre el misterio sublime de la gracia divina. Por eso esta joven Doctora de la Iglesia puede ser hoy para los cristianos, como dice Pío XII, «un reencuentro con el Evangelio, con el corazón mismo del Evangelio» (radiom. 11-VII-1954).

Índice

Introducción, 2.

I.–Grandes rebajas del cristianismo

1. Arrianismo y pelagianismo antiguos (56), 3.

–La Iglesia logra en el siglo IV la libertad civil. –Pero es a la vez un tiempo de grandes rebajas del cristianismo. –Arrianismo y pelagianismo surgen entonces como una versión naturalista del cristianismo. –El arrianismo. –La Iglesia, pronto y repetidamente, afirma la fe católica en Cristo contra el arrianismo. –El pelagianismo. –La Iglesia afirma la verdad católica de la gracia muy pronto. –*Lex orandi, lex credendi*. –Arrianismo y pelagianismo van juntos.

2. Schillebeeckx (57), 5.

–El modernismo. –El padre Edward Schillebeeckx, O. P. –El *Catecismo holandés*. –Declaración *Mysterium Fidei*. –La Congregación de la Doctrina de la Fe intervino en cuatro ocasiones acerca de la producción teológica del profesor Schillebeeckx. –1ª. Coloquio de la Congregación con el P. Schillebeeckx. –2ª. Carta. –3ª. Carta. –4ª. Notificación. –La «Misa» holandesa. –«El mejor teólogo católico sin duda del siglo XX».

3. El arrianismo actual (58), 8.

–Siglo IV. –Siglos XX-XXI. –Las nuevas versiones del arrianismo. –1980. El P. Edward Schillebeeckx, O. P. –1998. El P. Anthony De Mello, S. J. –2004. El P. Roger Haight, S. J. –2006. El P. Jon Sobrino, S. J. –El neo-arrianismo actual tiene no pocos apoyos dentro de la Iglesia. –El arrianismo ha logrado, pues, una notable implantación en la Iglesia. –El arrianismo está hoy tan difundido como pudo estarlo en el siglo IV.

4. El pelagianismo actual. 1 (59), 10.

–Pelagianismo. –Arrianismo y pelagianismo. –Pelagianismo silencioso. –Signos actuales del cristianismo pelagiano: –Pecado original. –Adulación del hombre. –Moralismo. –Eticismo naturalista. –Devaluación de la gracia, –de la oración de petición –de la Eucaristía y de los sacramentos. –Sobrevaloración de terapias naturales.

5. El pelagianismo actual. 2 (60), 13.

–El hombre a solas con el hombre. –Fuentes modernas del pelagianismo. –Karl Rahner, S. J. –Hans Küng. –«¿Rehabilitar a Pelagio?» –El pelagianismo actual en sus versiones principales: –roussoniano, –terapias naturales, –sincretista, –liberacionista. –Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*. –San Jerónimo.

II.—El semipelagianismo

1. Los semipelagianos antiguos (61), 15.

—El semipelagianismo. —Rechazo católico inmediato. —Cánones principales del Sínodo II de Orange (529). —Bonifacio II confirma el Sínodo II de Orange (531). —La primacía y la gratuidad total de la gracia de Dios.

2. Los semipelagianos actuales (62), 17.

—La doctrina de la Biblia y del Magisterio apostólico es muy clara. —Doctrina católica. La libertad humana es causa «subordinada», que se mueve movida por la gracia de Dios, la causa principal. —Doctrina semipelagiana. La libertad humana es causa «co-ordinada» con la gracia divina. —El voluntarismo pone, pues, la iniciativa de la vida espiritual en el hombre. Y lo hace por tres causas principales: -1 Una mala instrucción en la fe católica. -2 Un antropocentrismo cultural. -3 Un bajo nivel espiritual de sacerdotes y laicos. —La operatividad caracteriza al voluntarismo semipelagiano. —El voluntarismo es tremendamente insano.

3. Semipelagianismo: síntomas (63), 20.

—Antropocentrismo mediocre, voluntad propia y cambios de ánimo. —Preocupaciones. —Imposibles la paz y la alegría inalterables. —Evitación sistemática del martirio. —Horror a la Cruz, buscando eficacias.

4. Semipelagianismo: más síntomas (64), 22.

—Es cuestión de generosidad. —Dios te pide. —Puede darse una ortodoxia perfecta en la vida de la gracia, que en algunos temas, sin embargo, esté expresada verbalmente en modos deficientes. —Hablen en católico de la gracia divina.

5. Semipelagianismo: aún más síntomas (65), 25.

—Dios no te puede pedir. —Lo que más cuesta es lo más santificante, lo más meritorio. —La obra más santificante y meritoria es la realizada con mayor caridad. —Identificar grado de virtud y posibilidad de su ejercicio. —El menosprecio de los débiles. —Quedarían por describir muchos otros síntomas del voluntarismo.

6. Luteranismo y quietismo (66), 27.

—El luteranismo es Lutero. —El hombre está totalmente corrompido. —El hombre no es libre. —*Sola fides*. —*Sola gratia*. —Una herejía permanente. —Entre Pelagio y Lutero. —El quietismo.

III.—Doctrina católica de la gracia

1. La doctrina católica (67), 30.

—El papá y su niño, entre los dos, escriben una carta. —Antecedentes de esta imagen. —«En Dios vivimos, nos movemos y existimos». —El hombre sólo puede producir el bien con la ayuda de Dios. —Lo que el hombre puede producir él solo es el mal. —La Virgen María. —San Juan Bautista. —Jesucristo, nuestro Señor.

2. Biblia, Concilios y Liturgia (68), 32.

—La Sagrada Escritura. —Los Sagrados Concilios. —La Sagrada Liturgia. —Los Santos Padres.

3. Vida espiritual. 1 (69), 34.

—¿Qué he de hacer, Señor? —Siendo la iniciativa siempre del Señor, hemos de hacer todo y sólo lo que su gracia nos vaya dando hacer. —El discernimiento espiritual cristiano pretende conocer la voluntad concreta de Dios providente, tanto en las obras obligatorias, como en las que no lo son en forma ya determinada. —Las reglas de discernimiento. 1.—La humildad. 2.—La abnegación de la propia voluntad.

4. Vida espiritual. 2 (70), 36.

—La paz. 4.—La conciencia. 5.—Discreción. 6.—Cantidad de acción. 7.—La Cruz. 8.—La obediencia. 9.—La oración de petición.

IV.—Doctrina católica de la gracia

1. Santo Tomás de Aquino (71), 39.

—Santo Tomás de Aquino. —La causalidad universal de Dios. —Dios nos salva con la gracia habitual y nos asiste siempre con sus gracias actuales. —La moción de Dios no suprime la libertad del hombre, sino que la causa y activa. —La gracia es eficaz por sí misma, intrínsecamente. —Solo Dios puede mover y cambiar infaliblemente la libertad humana sin violentarla. —Dios no ama igualmente a todos los hombres. Y si alguien es más santo, es porque ha sido más amado por Dios.

2. Santa Teresa del Niño Jesús. 1 (72), 41.

—Santa Teresa del Niño Jesús. —La distribución desigual que Dios hace de sus gracias. —Toda la vida de Teresita ha sido una obra maravillosa de la gracia de Dios. —Un natural malo y una educación excelente. —La gracia de la vocación. —Santa muy oculta y muy popular. —La gracia hace que todo en Teresa, también sus deficiencias, sea para su bien. —De la fragilidad sufriente a la fortaleza alegre.

3. Santa Teresa del Niño Jesús. 2 (73), 44.

—El Señor le concede la gracia del celo apostólico. —Jesús mismo va formando a la futura Doctora de la Iglesia. —Jesús mismo es su director espiritual. —Por pura gracia de Dios entra Teresita en el Carmelo. —Dios le da la gracia de amar mucho la mortificación. —Teresa siempre se mueve movida por Jesús. —Jesús le da santos deseos y le da luego su fuerza para obrarlos. —Abandono, puro amor y ninguna voluntad propia.

4. Santa Teresa del Niño Jesús. 3 (74), 46.

—Santificada con mediaciones escasas. —Privilegiada inmensamente por el amor de Dios misericordioso. —Noche oscura, ausencia habitual de consolaciones sensibles. —El Señor le muestra su vocación personal: ser el amor en la Iglesia. —Un caminito humilde santo y santificante para los pequeños. —Amor al prójimo.

5. Santa Teresa del Niño Jesús. 4 (75), 48.

—La acción apostólica. —El Señor actúa en Teresita, y ella obra con absoluta humildad y confianza. —Vencimientos heroicos en cosas mínimas. —La caridad fraterna también le costó a veces grandes esfuerzos. —Perfecta en la humildad. —Doctora de la gracia.

Índice, 51.